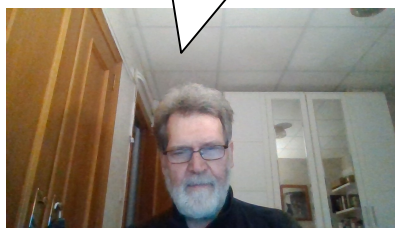


DIOS PUDO HACERLO MEJOR, PERO NO QUISO

– AL ENCUENTRO DEL JESÚS HISTÓRICO –

¡Una visión perturbadora y quizás
provocativa de Jesús de Nazaret,
pero cien por cien auténtica!



Autor: Javier Iraola Galarraga

«Dios pudo hacerlo mejor, pero no quiso»

Fecha terminación: Valencia, julio 2025

Autorizada reproducción total o parcial citando su
fuente de procedencia.

Otras publicaciones del autor en:

[www/ elbazardejavier.es](http://www/elbazardejavier.es)

PRESENTACIÓN

AL ENCUENTRO DEL JESÚS HISTÓRICO

Dios pudo hacerlo mejor, pero no quiso es un libro que busca descubrir quién fue realmente Jesús de Nazaret, dejando de lado la imagen religiosa construida por el cristianismo a lo largo de los siglos.

Para lograrlo, se analizan con valentía los textos del *Nuevo Testamento* desde la perspectiva de técnicas modernas, como la crítica textual y los estudios de autenticidad histórica. Gracias a estos métodos, es posible revisar los pasajes de los evangelios de forma objetiva, dejando fuera errores de copia, de traducción o añadidos teológicos de sus autores.

El resultado de este trabajo revela que muchos de los pasajes atribuidos a Jesús de Nazaret no son auténticos, lo que permite diferenciar claramente al Jesús histórico —un hombre con un mensaje directo, claro y sencillo— del Jesucristo teológico, una figura moldeada por la religión.

El libro se enfoca en rescatar las enseñanzas originales de Jesús, en especial todo lo relativo al «Reino de Dios», y destaca tres claves esenciales para alcanzarlo:

1. Orar desde el corazón.
2. Vivir como una persona justa.
3. Amar a los demás como a uno mismo.

Para facilitar la investigación y la comprensión de su mensaje, la vida de Jesús de Nazaret se organiza en tres etapas: infancia, vida pública y pasión.

Una última etapa posterior muestra cómo el cristianismo modificó su figura original. Concretamente, a lo largo del libro queda en evidencia cómo este complicó, de manera innecesaria, el camino hacia la salvación personal, alejándolo de la sencillez del mensaje original de Jesús.

Pero esta obra no busca ni pretende polémicas o debates teológicos. Es, ante todo, una reflexión personal, una práctica «cuasi espiritual» que invita al lector a elegir:

¿Jesús histórico o Jesús religioso?

En ella se reivindica con pasión a los nazarenos, los primeros seguidores de Jesús, presentados como ejemplo de quienes valoran su mensaje auténtico sin necesidad de seguir las directrices de la Iglesia tradicional.

Para ellos, y para quienes sienten admiración por ese Jesús genuino, este libro ofrece una visión clara, honesta y humana de su posición, así como la confirmación de que están en el camino correcto.

En definitiva, esta obra propone volver al origen: descubrir el verdadero mensaje de Jesús de Nazaret, libre de interpretaciones religiosas, y comprender su importancia con una mirada crítica y profundamente humana.

ÍNDICE TEMÁTICO GENERAL

PRÓLOGO E INTRODUCCIÓN

7

CAPITULO UNO

1.-Un comienzo desalentador

13

1.1.- Me conformaré con llegar al Jesús «posible»

13

1.2.- Cuáles son las fuentes disponibles recomendables

15

1.3.- Los evangelios en cuarentena obligada

20

1.4.- Las dificultades significan siempre más motivación

28

CAPÍTULO DOS

2.-Tiempo anterior a la vida pública

31

2.1.- Cómo estaba el mundo cuando nació Jesús de Nazaret

31

2.2.- Misión que encargó Dios a Jesús de Nazaret

34

2.3.- El Jesús infantil: entre la profecía y la fábula.

39

2.4.- El Jesús histórico versus el Jesús teológico

47

CAPÍTULO TRES

3.-Tiempo de predicación y vida pública

55

3.1.- Las sombras del Jesús histórico

55

3.2.- Modos de comunicación de Jesús según destinatarios

60

3.3.- El Bautismo, primer paso de la vida pública de Jesús

74

3.4.- Buscando los mensajes de sus enseñanzas

78

3.4.1.- El Reino de Dios eje central de su predicación

80

3.4.2.-Normas, méritos e impedimentos para el Reino

85

3.4.3.- Una nueva imagen de Dios

89

3.4.4.-Una nueva visión de la Ley de Moisés

93

3.4.5.-Preparación y misión de los doce apóstoles	98
3.5.- La última cena como último acto de la vida pública	106
CAPÍTULO CUATRO	
4.-Tiempo de muerte, resurrección y ascensión	115
4.1.- Del Jesús fácil al Jesús difícil	115
4.2.- La Pasión sin testigos: Un drama en tres actos	121
4.3.- ¿Muerte brutal de un ser inocente?	127
4.4.- Resurrección y Ascensión: ¿«la única salida»?	132
CAPÍTULO CINCO	
5.-Tiempo posterior a la muerte de Jesús	139
5.1.- ¿Quién fue Jesús de Nazaret?	139
5.2.- El Jesús modificado por el cristianismo	147
5.3.- El rincón de las herejías	151
5.4.- El cristianismo: merecedor de un gran «zasca»	156
5.5.-Qué futuro aguarda a los nazarenos	166
CAPÍTULO FINAL	173
Bibliografía	185

PRÓLOGO E INTRODUCCIÓN

Lo que me hubiera gustado escribir de adolescente

Ojalá hubiera podido escribir estas páginas cuando era un adolescente que iba tan contento al colegio. Seguramente me habrían dado una buena calificación en Literatura y Filosofía —dudo que la hubiera tenido en Religión—, pero me habrían servido mucho en la vida.

Con ese aprendizaje, habría hecho muchas cosas de forma diferente; sobre todo, creo que me habría ayudado a valorar más a las personas que compartieron mi camino, o al menos a verlas de otra manera.

Hoy entiendo con claridad que estas reflexiones no habrían sido posibles en un sistema diseñado para imponer obediencia y sumisión, especialmente dentro del adoctrinamiento religioso. Ahora, con calma y serenidad, puedo recorrer un camino difícil que, en mi juventud, por mi inocencia, me habría sido imposible transitar.

Reconozco que este tema siempre me ha interesado y fascinado: investigar la figura y el significado de la vida y la obra de Jesús de Nazaret. Y con este libro persigo dos objetivos principales.

Primero, compartir las reflexiones que han surgido después de más de un año y medio de estudio y dedicación, usando un lenguaje sencillo que permita seguir el texto incluso en los temas más complejos. Es decir, tengo la pretensión de escribir un libro fácil sobre un tema difícil ¡Qué animoso!

Segundo, transmitir la gran pasión que este estudio me ha despertado, porque cuando se aborda sin estereotipos ni excesiva solemnidad, resulta realmente apasionante.

Cuál es mi objetivo al estudiar a Jesús de Nazaret

Emprendo este camino con el propósito de saldar una deuda interna que siempre he sentido pendiente. Aunque han pasado más de setenta años, permanece muy viva en mi memoria la sensación de rechazo que me provocaron aquellas «mentiras piadosas» y la manipulación religiosa de la que fuimos objeto durante nuestra infancia ingenua.

Desde entonces he sentido la necesidad de encontrar la verdad más cercana posible al mensaje que Jesús de Nazaret transmitió directamente a quienes estuvieron con él, sin intermediarios. Sobre todo, quería saber si ese mensaje sencillo podría satisfacer mi espiritualidad escatológica, es decir, mi búsqueda del sentido sobre lo que sucede después de la muerte.

Esta búsqueda surgió después de vivir muchos años alejado de lo religioso. Durante ese tiempo de ausencia, siempre mantuve interés por las prácticas espirituales, como la meditación, y por la conexión con mi divinidad interior.

También he notado que muchas personas se alejan de la religión al dejar la educación infantil y pasar a la universidad o a la vida adulta. En ese momento, el desarrollo del pensamiento crítico y la autonomía intelectual suelen distanciarlas de una formación religiosa que, en general, resulta pobre y poco inspiradora.

Me he enfocado en descubrir en lo posible cuál fue la misión de Jesús de Nazaret al comenzar su vida pública en el siglo I, y cómo la llevó a cabo. Para ello, me he basado en los datos históricos más fiables sobre lo que Jesús realmente dijo, hizo y sintió. No en lo que «dicen que dijo», sino en lo que verdaderamente expresó y vivió.

La razón de un título y su evolución

Antes que nada, quiero aclarar que el título no pretende ser arrogante, aunque pueda parecerlo al principio. ¡No tengo la más mínima intención de corregirle la plana a Dios! Jamás me atrevería a hacerlo.

Además que ese no fue el título original de esta aventura. En un principio se titulaba: *¿Jesús o Jesucristo? ¿Maestro o Redentor?* Pero con el tiempo y el estudio sentí la necesidad de un título más contundente, que reflejara mejor lo que estaba experimentando y la significación de mis hallazgos —al menos en el plano personal—, aunque vinieran acompañados de la confusión que suele rodear este tema.

Jesús de Nazaret fue clave en el paso del Primer Plan de Dios —basado en una promesa de dominio universal del pueblo judío a cambio de fidelidad y obediencia— hacia un Segundo Plan de Dios, que cambió la esencia de esa alianza. Este nuevo plan introdujo condiciones distintas para que todos los seres humanos, sin importar su origen, pudieran acceder al Reino de Dios.

Un cambio tan trascendental habría requerido una claridad total, de modo que los nuevos términos de la alianza divina se entendieran sin dudas. Pero, pese a la gran importancia

de su vida y su mensaje, Jesús de Nazaret no dejó nada escrito, ni directa ni indirectamente, sobre su misión y sus actividades.

Podría haberlo hecho si alguno de sus discípulos —como Mateo, que fue recaudador de impuestos y posiblemente tenía cierta formación de escriba— hubiera registrado sus actos y discursos. Pero no fue así.

Su mensaje nos llegó a través de relatos orales indirectos: quienes lo escucharon, vieron sus actos, presenciaron su muerte y, tal vez, su resurrección y ascensión al espacio celestial, transmitieron sus historias de boca en boca durante las primeras décadas.

Más tarde, cristianos de la segunda o tercera generación comenzaron a poner por escrito esos relatos, ya muy modificados por el paso del tiempo y las interpretaciones de cada comunidad. Es decir, eran historias ya contadas, y a veces incluso fabuladas, con pocas posibilidades de ser tan auténticas como si las hubiera escrito el propio Jesús o personas de su círculo inmediato.

Lo cierto es que su vida fue tan intensa, dramática e importante que habría requerido una absoluta claridad sobre las razones de su final. Pero esa claridad no existió.

La dureza de su muerte, el aparente fracaso de su misión entre los judíos —a quienes no logró convencer—, las imprecisas predicciones sobre el fin del mundo, su negativa a ser llamado el Mesías esperado e incluso las dudas sobre si realmente abrió las puertas del Reino de Dios a los no judíos, generaron mucha confusión.

Si, además, consideramos que el objetivo principal del Segundo Plan de Dios —extender su Reino a todas las naciones— parece haber fracasado tras veinte siglos, se podría pensar que Dios podía haberlo hecho mejor.

Pero, como los caminos del Señor son, hasta donde sabemos, «inescrutables», no me quedó más remedio que completar el título con un toque de ironía —y poca convicción—, añadiendo la frase clásica: *pero no quiso*.

Los libros que me han acompañado en el viaje

Al estudiar a Jesús, encontré una dificultad: no es posible acceder directamente a sus palabras originales, escritas en arameo, hebreo, griego, copto y latín. Por eso, he confiado en especialistas que hacen accesibles esas fuentes.

Al elegir los libros, descubrí coincidencias curiosas: dos autores que me ayudaron e inspiraron mucho nacieron cerca de mi barrio, en San Sebastián. Algo que me recordó lo pequeño que es el mundo, y cómo las personas influyen en nuestro camino sin que apenas lo notemos.

Al final del libro se encuentran «homenajeados» y listados los autores que me han inspirado y acompañado en mi viaje. A ellos agradezco su esfuerzo y su trabajo para hacer posible que personas que no somos especialistas podamos tener acceso a la luz del conocimiento.

Este no es un libro de demostraciones

Estudiar a Jesús implica enfrentarse a textos especializados y polémicos. Muchos autores presentan argumentos complejos que pueden abrumar a los que somos novatos.

Pero, este libro no busca convencer ni defender posturas teológicas o históricas. Su objetivo es compartir una experiencia personal, nacida del estudio de los textos y de la propia reflexión.

Además, como he sido avisado por mis autores favoritos, lo mejor es no ser fanático en este tema, y dejarse seducir por el glamour y la evidencia de la historia objetiva.

Por eso, evito exceso de citas o demostraciones: la prioridad es la claridad y la comprensión de lo esencial. Sirva el comentario para explicar que no se trata de un olvido, sino de una práctica consciente.

Tampoco es libro aconsejable para cristianos rígidos

El libro no está pensado para quienes tienen una fe inamovible que no admite cuestionamientos. La fe adulta debe construirse activamente, no aceptarse solo por repetición o autoridad.

Comprender esto permite ver que todas las creencias aportan algo a quienes las aceptan: seguridad, consuelo, sentido ante la muerte, guía moral o pertenencia a una comunidad. Y, hay que aceptar que los estudios históricos recientes han cuestionado tantas ideas tradicionales sobre Jesús, que puede impactar de manera muy fuerte en las personas que poseen una fe rígida.

Quienes busquen entender la figura histórica de Jesús con mente abierta encontrarán en estas páginas un aporte valioso para fortalecer su esperanza y visión espiritual.

CAPÍTULO 1

UN COMIENZO DESALENTADOR

- 1.1.- Me conformaré con llegar al Jesús «posible»
 - 1.2.- Cuáles son las fuentes disponibles recomendables
 - 1.3.- Los evangelios en cuarentena obligada
 - 1.4.- Las dificultades significan siempre más motivación
-

1.1. Me conformaré con llegar al Jesús «posible»

Al comenzar este proyecto, y después de los primeros intentos, conocí por sus obras a algunos especialistas extraordinarios que me llenaron la cabeza de ideas, caminos para explorar, explicaciones, opiniones y numerosos detalles sobre la vida de Jesús de Nazaret. Pero, sobre todo, me ayudaron a entender cómo debía evaluar y trabajar con las fuentes disponibles para acercarme al Jesús histórico.

Dejaron claro que, antes de afirmar algo, era necesario realizar un estudio riguroso sobre la autenticidad de las fuentes. En el último siglo se han desarrollado nuevas técnicas de análisis textual, se han descubierto manuscritos arqueológicos inéditos y han surgido teorías científicas sobre la evolución humana que han puesto muchas certezas tradicionales «patas arriba».

Así, ya no es posible aceptar sin cuestionamientos que los cuatro evangelios oficiales sean «santos» ni que hayan sido escritos por discípulos directos de Jesús de Nazaret.

Aunque en las misas católicas aún se proclame: «Lectura del Santo Evangelio según San Lucas, San Juan, San Mateo o San Marcos», la realidad es que los evangelios canónicos fueron redactados por cristianos anónimos de la segunda o tercera generación, que plasmaron lo que habían escuchado de otros.

Tampoco es posible seguir creyendo que estos evangelios narran con total fidelidad su vida, su doctrina y su mensaje. Hoy sabemos que esos textos incluyen materiales añadidos por sus autores, según la escuela o grupo al que pertenecían; tradiciones populares transmitidas oralmente; errores de copia y, claro está, también auténticos dichos y enseñanzas del Jesús histórico, especialmente aquellos breves y fáciles de recordar.

Muy pronto me encontré con comentarios de admirados especialistas que, aunque desafiaron las expectativas con las que comencé este proyecto, también marcaron un punto de inflexión. Influidos por el respeto y la admiración que les profeso, anoté en mi cuaderno algunas de sus reflexiones más contundentes:

- «Es imposible escribir una vida de Jesús en el sentido de una historia real, de una biografía histórica, ya que la mayoría de los datos cronológicos, temporales y otros sobre él son ficticios.» —Antonio Piñero, *Los libros del Nuevo Testamento*.
- «Las diferentes versiones sobre material clave en los evangelios canónicos —Padrenuestro, Bienaventuranzas, Bautismo, Genealogía, Última Cena, etcetera— solo refuerzan la impresión de que, al buscar la enseñanza del

Jesús histórico, debemos contentarnos con un contenido básico, basado en reconstrucciones hipotéticas de la forma más primitiva a la que podamos llegar, se remonte verdaderamente o no a Jesús.» —Bart D. Ehrman, *Dios no dijo eso*.

- «Con todo el material disponible, es imposible conocer con certeza lo que realmente hizo y dijo Jesús de Nazaret, ya que este material, al no ser original —sino copias de copias—, está lleno de adiciones, cambios, interpretaciones y errores que impiden un conocimiento veraz y confiable del Jesús histórico.» —John P. Meier, *Un judío marginal*.

He agradecido profundamente las advertencias que estos «maestros» hicieron en sus libros. Me han ayudado a recorrer un camino de descubrimiento lo más confiable posible, dejando claro que el dogmatismo no es aceptable ni aconsejable en este campo. Por eso, intento exponer mis conclusiones con moderación y respeto, sabiendo que no existe una única forma de interpretar la realidad, especialmente en un tema lleno de lagunas y silencios.

Sé que este trabajo se vuelve más difícil a medida que avanzo, pero si logro componer un retrato que, aunque modesto, sea fiable, me dará por satisfecho.

1.2. Las fuentes disponibles más recomendables

Puesto que Jesús no dejó nada escrito de su propia mano ni encargó esa tarea a discípulos o escribas, solo podemos conocer su historia a través de lo que otros contaron y escribieron sobre él años después de su muerte.

Esto provocó mucha confusión en los primeros tiempos, cuando sus seguidores se reunían en sinagogas o casas particulares para recordar sus enseñanzas. Como la mayoría era analfabeta, dependían de los cristianos más cultos, capaces de leer, escribir y asumir el liderazgo.

En estas condiciones, pronto comenzaron a circular los primeros escritos breves —llamados *Comentarios* y *Hojas Volantes*—, que recogían dichos y hechos importantes de su vida pública y de su predicación, copiados y distribuidos entre las primeras comunidades. Pero esta forma resultó insuficiente, y enseguida surgieron textos más organizados, destinados a evitar distorsiones y pérdidas de información.

Los primeros pasos firmes en este proceso los dio Pablo de Tarso alrededor del año 50, a través de sus conocidas cartas dirigidas a las comunidades que fundó en ciudades como Corinto, Antioquía, Galacia y Éfeso.

También se sumaron cartas atribuidas a otros apóstoles, como Pedro, que buscaban resolver dudas doctrinales o fortalecer espiritualmente a los creyentes. En todo caso, ni unas ni otras aportan datos relevantes sobre Jesús histórico.

Por fin, la creciente demanda de información por parte de las nuevas comunidades de primeros cristianos llevó a la redacción de los primeros evangelios. Entre los siglos I y II se escribieron más de un centenar, aunque solo unos pocos llegaron a difundirse ampliamente. Destacaron en especial los tres evangelios sinópticos —Marcos, Mateo y Lucas—, redactados entre los años 70 y 90. Años más tarde, entre el 100 y el 110, apareció el *Evangelio Juan*, de enfoque más teológico y espiritual.

El primero en escribirse fue el *Evangelio Marcos*, basado en tradiciones orales y textos breves compartidos en las sinagogas. Aunque su autor pudo conocer las cartas de Pablo, estas apenas influyeron en su obra.

A partir del *Evangelio Marcos* surgieron el *Evangelio Mateo* y el *Evangelio Lucas*, que lo utilizaron como fuente principal junto con la llamada *Fuente Q*, una colección hipotética de dichos y hechos de Jesús. Aunque no se conserva ningún manuscrito de esta fuente, su existencia se deduce con certeza por los pasajes similares que aparecen en Mateo y Lucas y que no proceden de Marcos.

Por su parte, el *Evangelio Juan* aporta poco al conocimiento del Jesús histórico. Fue escrito desde una perspectiva mística y gnóstica por autores del llamado «grupo joánico» (discípulos de Juan el Bautista), con un enfoque más espiritual que biográfico. No obstante, incluye algunos detalles valiosos sobre la condena, muerte y resurrección.

Nota sobre el término «Jesús histórico».

Ya que se menciona con frecuencia el término *Jesús histórico*, conviene precisar su significado. Se entiende por tal: «*aquel Jesús que puede ser reconstruido mediante métodos de investigación histórica aplicados a fuentes documentales*». Frente a él se sitúa el *Jesús teológico*, interpretado desde la fe, la doctrina tradicional y los dogmas, que trasciende el ámbito de lo verificable y entra en el terreno de lo indemostrable. Pero, al fin y al cabo, la fe es una decisión de la voluntad que suspende la razón para poder aceptar lo inexplicable.

¿Y qué se puede decir de los evangelios apócrifos?

En cuanto a los evangelios apócrifos —aquellos no reconocidos oficialmente por la Iglesia—, cabe preguntarse si contienen información útil sobre el Jesús histórico. Puesto que existen tantos textos diferentes, para alguien sin formación especializada, resulta imposible analizarlos a fondo, y lo más sensato es seguir las recomendaciones de los especialistas.

Entre los evangelios no canónicos escritos entre los siglos I y II se encuentran, por ejemplo, el *Protoevangelio de Santiago*, el *Evangelio de la infancia de Tomás*, los evangelios judeocristianos (como el de los Nazarenos, los Ebionitas o el de los Hebreos), el *Evangelio secreto de Marcos*, el *Evangelio de la Verdad*, el *Evangelio de Felipe*, el de *Nicodemo*, el de *Bartolomé*, entre muchos otros.

La mayoría de los especialistas coinciden en que estos evangelios apócrifos:

- Fueron desarrollos libres y reelaboraciones de la tradición oficialista surgida tras la aparición de los tres evangelios sinópticos: Marcos, Lucas y Mateo.
- Contienen numerosas narraciones muy imaginativas, que relatan sucesos inverosímiles.
- Abundan en contenidos esotéricos y gnósticos, donde la revelación de secretos ocultos y misteriosos constituye una parte esencial de su atractivo.
- No aportan datos nuevos ni fiables que permitan conocer mejor al Jesús histórico.

En 1945 se descubrió en Nag Hammadi una antigua biblioteca copta que generó grandes expectativas, especialmente en el ámbito esotérico.

Se afirmó inicialmente que los textos encontrados contenían información inédita sobre el Jesús histórico. En particular, tres evangelios atrajeron gran atención: el *Evangelio de María Magdalena*, el *Evangelio de Judas* y el *Evangelio de Tomás*. Aunque, tras un profundo estudio realizado por destacados especialistas, se concluyó que estos textos no aportan material histórico válido ni inédito.

Por ejemplo, el *Evangelio de María Magdalena* es una fuente muy incompleta y difícil de interpretar debido a su contenido gnóstico, con muchos pasajes fragmentados y con amplios espacios vacíos.

El *Evangelio de Judas* presenta a este discípulo como un héroe que, con el consentimiento de su maestro, interpretó un papel necesario para el cumplimiento de las profecías. Desde luego, una visión más especulativa que histórica.

El *Evangelio de Tomás* llamó especialmente la atención al contener 114 dichos breves atribuidos a Jesús —los llamados *logiones*—, lo que parecía aportar información valiosa para contrastar con los evangelios canónicos. No hubo suerte y estudios posteriores demostraron que dos tercios de su contenido proceden directamente de los evangelios sinópticos, en especial de Lucas, y que el resto son pasajes gnósticos oscuros y difíciles de interpretar.

Tras estos estudios se concluye, de manera definitiva, que las fuentes más confiables para conocer al Jesús histórico

son principalmente los tres evangelios sinópticos, junto con algunos pasajes del *Evangelio Juan*, fragmentos del *Libro de los Hechos de los Apóstoles* y ciertas *Cartas de Pablo*.

Eso sí, es imprescindible leerlos con un enfoque crítico, considerando el contexto histórico y comparando las distintas fuentes. Con paciencia y rigor, estas herramientas permiten —aunque no una biografía exacta— reconstruir el mensaje, la misión, la doctrina y los rasgos esenciales de la personalidad de Jesús de Nazaret.

1.3.- Los evangelios en cuarentena obligada

Para quien quiera investigar al Jesús histórico, buscando una versión lo más auténtica posible, es fundamental someter los textos oficiales a un riguroso análisis crítico —una especie de «cuarentena investigadora»— antes de considerar su contenido histórico como fiable. Usarlos tal como aparecen en el *Nuevo Testamento*, sin un examen previo, no es en absoluto recomendable.

Durante siglos, afirmaciones como esta habrían sido consideradas heréticas por la Iglesia cristiana. Pero en los siglos XX y XXI, los avances en el estudio de los textos, el descubrimiento de nuevos manuscritos y el desarrollo de la crítica histórica han obligado a revisar profundamente el contenido de los evangelios.

Quien investigue con seriedad debe preguntarse si lo que narran los evangelios refleja realmente palabras y hechos auténticos de Jesús o si, por el contrario, responde más a la tradición cristiana primitiva, a intereses teológicos, a errores de copia o a añadidos intencionados.

No obstante, aunque hoy disponemos de mejores herramientas que en el pasado, no todo puede resolverse; hay preguntas que siempre seguirán sin respuesta.

En este sentido, John P. Meier, en *Un judío marginal*, advierte: «Los evangelios canónicos requieren un análisis crítico muy cuidadoso antes de usarlos como fuente fiable para cualquier investigación».

A pesar de ello, durante siglos la Iglesia cristiana se ha empeñado en presentar los evangelios como libros sagrados, inspirados por Dios, que relatan con fidelidad la vida de Jesús de Nazaret. Incluso la lectura tradicional ha dado por sentado que pueden consultarse sin más, con total y plena confianza.

Pero...

Lectura crítica de los evangelios: advertencias necesarias

La realidad histórica es mucho más compleja —y menos optimista— de lo que suele creerse. De modo que conviene tener presentes algunas advertencias básicas antes de iniciar cualquier aproximación seria y abierta a los textos evangélicos.

Primera advertencia:

Los evangelios que hoy conocemos nos han llegado a través de un proceso largo y complejo de transmisión: son «copias de copias de copias», y los manuscritos originales no se han conservado. Este hecho explica que, a lo largo de los siglos, los textos hayan sufrido traducciones imprecisas, errores de copia, añadidos, omisiones o interpretaciones ideológicas.

Segunda advertencia:

Ninguno de los evangelios fue escrito por los autores a quienes la tradición cristiana se los atribuyó. En este texto se hará referencia a ellos como *Evangelio Marcos*, *Evangelio Mateo*, *Evangelio Lucas* y *Evangelio Juan*, sin el habitual «de», con el fin de no inducir a pensar, erróneamente, que fueron redactados por sus discípulos directos.

Tercera advertencia:

Los autores de estos textos se enfrentaron a una tradición oral fragmentaria y a la existencia de múltiples escritos menores previos. Su tarea fue ardua: intentaron reconstruir la trayectoria de Jesús combinando fuentes diversas, a través de un gran esfuerzo de recopilación, interpretación y síntesis.

Cuarta advertencia:

El contenido de los evangelios actuales se compone, en gran parte, de tradiciones cristianas primitivas, de ideas teológicas propias de sus redactores, de errores de transmisión o traducción y de elementos propagandísticos de una fe en expansión. Solo una parte reducida de su contenido puede vincularse, con un grado razonable de certeza, a los hechos y palabras del Jesús histórico.

Quinta advertencia:

Las contradicciones entre los evangelistas son numerosas y notorias. Para justificarlas, la Iglesia ha recurrido, a lo largo del tiempo, a explicaciones de corte teológico poco convincentes. Un ejemplo notable es el argumento de

Ireneo de Lyon (año 180): «Las divergencias entre los evangelistas se deben al deseo expreso del Espíritu Santo, que pretendía manifestar la inconcebible riqueza espiritual de Jesús, imposible de expresar en un solo escrito».

Sexta advertencia:

La idea de que los evangelios fueron dictados por revelación divina resulta insostenible desde el punto de vista histórico. Fueron escritos por cristianos anónimos de la primera o segunda generación, vinculados a distintas corrientes ideológicas —helenistas, judeocristianos o gentiles convertidos—, sin disponer de información suficiente para precisar su identidad o el entorno exacto en que trabajaron.

Asumir estas advertencias no implica rechazar los evangelios, sino comprender mejor lo que realmente son: textos religiosos contruidos a partir de tradiciones orales, reelaborados con propósitos teológicos y redactados por autores que vivieron décadas después de los hechos que narran. Su alto valor, tanto espiritual como histórico, debe aprovecharse desde un enfoque crítico y exigente.

Este enfoque —alejado del dogmatismo— no debilita la figura de Jesús, sino que permite distinguir entre el Jesús de la fe y el Jesús de la historia. Solo a través de esta separación es posible acceder a una imagen más realista del personaje histórico que cambió el curso de la humanidad.

Para emprender esta búsqueda rigurosa del Jesús histórico, el análisis de los evangelios es imprescindible, pero debe realizarse mediante una depuración cuidadosa que permita distinguir lo esencial de lo accesorio, «el trigo de la paja».

Este trabajo se apoya principalmente en dos métodos: el análisis comparativo de los evangelios canónicos y la técnica de la crítica textual.

Análisis crítico de los evangelios: dos métodos centrales

1. Análisis comparativo de los evangelios canónicos

Este método consiste en cotejar los evangelios entre sí, no con el propósito de subrayar sus divergencias, sino de identificar un núcleo de coincidencias que pueda considerarse más fiable desde el punto de vista histórico.

Por ejemplo, de los 225 pasajes sobre la vida y predicación de Jesús recogidos en los evangelios canónicos:

- 23 son comunes a los cuatro evangelistas.
- 75 aparecen en los tres evangelios sinópticos.
- 44 están presentes en solo dos evangelistas.
- 83 fueron obra de un único autor.

Este análisis comparativo permite examinar cómo se narran los mismos hechos, detectar variantes significativas y evaluar la autenticidad de cada testimonio.

Fundamentalmente, la lectura crítica intenta responder a diversas preguntas clave:

- Si los cuatro evangelistas relatan un mismo pasaje, ¿coinciden sus versiones o difieren? ¿Qué podría explicar esas diferencias? ¿Afectan aspectos esenciales o son solo cuestiones formales?
- Cuando solo los tres sinópticos coinciden en un episodio, ¿por qué el *Evangelio Juan* lo omite? ¿Qué

variaciones aparecen en las redacciones y qué implicaciones tienen?

- Si el pasaje está presente en dos sinópticos, ¿qué motivó la exclusión del tercero? ¿Se trata de un olvido, de un rechazo deliberado o de una fuente distinta?
- Cuando un solo evangelista menciona un episodio, ¿por qué los demás lo ignoran? ¿Puede deberse a una fuente propia del autor? ¿Responde a una intencionalidad teológica específica.

Para el esclarecimiento de los textos evangélicos, a la eficacia del análisis comparativo se le une la originalidad del método de la crítica textual.

2. La técnica de la crítica textual

Por su parte, la crítica textual, desarrollada desde la primera mitad del siglo XX, permite trabajar con los manuscritos más antiguos y confiables del *Nuevo Testamento*, con el propósito de reconstruir la forma y el contenido más probable de los textos originales.

Esta disciplina ha permitido analizar más de 2.400 manuscritos —incluidos códices unciales y minúsculos— y establecer genealogías textuales que ayudan a rastrear las versiones más próximas a los llamados «textos madre».

Entre sus hallazgos fundamentales destacan:

- La antigüedad de un manuscrito no garantiza su fidelidad textual: un texto posterior puede ser más preciso si presenta una versión inicial mejor copiada.

- El número de copias existentes tampoco es prueba de autenticidad: una lectura muy difundida puede deberse a razones de prestigio o conveniencia teológica.
- La procedencia textual influye en la confiabilidad: los manuscritos de tradición alejandrina suelen considerarse más fiables que los bizantinos o los occidentales.
- La amplitud geográfica de la difusión es positiva: cuanto más extendida esté una variante textual, mayor es la probabilidad de que se remonte a una fuente primitiva.
- La dificultad teológica del pasaje favorece su autenticidad: si un texto resulta incómodo o problemático desde el punto de vista doctrinal, es más probable que sea original, ya que los copistas tendían a suavizar o armonizar los contenidos conflictivos.

El trabajo de los especialistas, tanto mediante el análisis comparativo como a través de la crítica textual, persigue varios objetivos clave:

- Verificar que las copias conocidas se corresponden, en la medida de lo posible, con el contenido de las primeras versiones escritas.
- Determinar que esas primeras copias reflejaron con fidelidad los hechos y las palabras de Jesús.
- Comprender las causas detrás de las variantes textuales.
- Evaluar los pasajes únicos atribuidos a un solo evangelista, para dilucidar si derivan de tradiciones independientes o de la creatividad teológica del autor.

- Explicar por qué se excluyeron los evangelios apócrifos como fuentes históricas válidas.

A través de este enfoque crítico —pero consciente de sus límites— se busca reconstruir, con el mayor rigor posible, una imagen auténtica del Jesús de la historia. Sabemos que este retrato será siempre parcial e incompleto, pero cada paso dado con honestidad intelectual nos acerca más a comprender quién fue aquel hombre que transformó el curso de la humanidad.

Por ejemplo, gracias a la crítica textual ha sido posible esclarecer aspectos muy debatidos de los evangelios, como:

- La interpretación del bautismo en el Jordán.
- La naturaleza de su relación con la divinidad.
- El significado de la Última Cena.
- Su genealogía, nacimiento e infancia.
- La controvertida existencia de hermanos y hermanas.
- Relatos de la pasión, muerte, resurrección y ascensión.
- Su postura frente a la Ley de Moisés.
- La autenticidad de los milagros y parábolas.
- El papel de los discípulos.
- El fracaso de las profecías escatológicas.
- Y muchos otros aspectos fundamentales.

1.4.— Las dificultades significan más motivación

Para facilitar el acceso a la figura de Jesús de Nazaret —y al arduo trabajo que ello implica—, este libro se organiza en torno a una estructura pensada para manejar el abundante material disponible, permitiendo, en sentido figurado,

«digerir un elefante tan grande». Con este propósito, se ha dividido la vida del Jesús histórico en cuatro etapas:

1. Tiempo anterior al inicio de la vida pública.
2. Tiempo de predicación y vida pública.
3. Tiempo de muerte, resurrección y ascensión.
4. Tiempo posterior a su «desaparición física».

1. Tiempo anterior al inicio de la vida pública

Esta etapa aborda tres cuestiones principales.

La primera analiza una realidad con frecuencia ignorada: el contexto histórico existente cuando Jesús llegó al mundo. Para entonces, la humanidad acumulaba milenios de desarrollo, y el planeta albergaba unos doscientos millones de personas, de las cuales solo entre cinco y seis millones habitaban Judea, Samaria y Galilea. El pueblo judío era, por tanto, una ínfima minoría.

En ese contexto religioso y cultural coexistían, desde hacía siglos, tradiciones como el judaísmo, el hinduismo, el budismo, los politeísmos griego y romano, y el mitraísmo.

La segunda cuestión se refiere a la misión que Jesús habría asumido en la Tierra. Esta misión puede entenderse como una respuesta a la insatisfacción divina provocada tanto por el pueblo judío como por la humanidad en general.

Comprenderla resulta esencial para interpretar de manera coherente numerosos pasajes de su vida.

La tercera cuestión aborda los aspectos relevantes —y también polémicos— desde su concepción y nacimiento

hasta el momento en que se presentó ante Juan el Bautista en el Jordán, evento que marcó el inicio de su vida pública.

2. Tiempo de predicación y vida pública

Durante esta etapa se sigue a Jesús en su recorrido por tierras palestinas. Se analizan su predicación, sus enseñanzas y parábolas, así como los hechos extraordinarios que se le atribuyeron —milagros y exorcismos— y su relación con los doce discípulos.

Se presta especial atención a sus disputas con escribas y sacerdotes, al simbolismo del Bautismo y de la Última Cena, e incluso se intenta una aproximación a sus pensamientos y sentimientos.

El objetivo es comprender cómo vivió sus diversos roles: como profeta, maestro, sanador, exorcista y predicador.

3. Tiempo de muerte, resurrección y ascensión

Esta etapa plantea algunas de las cuestiones más complejas desde el punto de vista histórico. No resulta fácil explicar todo lo que vivió Jesús en sus últimos días ni justificar cómo una figura de su relevancia pudo morir de manera tan cruel y dramática.

Aún más difícil resulta aceptar, desde una perspectiva estrictamente histórica, su resurrección al tercer día, sus apariciones posteriores y su ascensión al espacio celestial, elementos que plantean desafíos considerables.

Por ello, en este punto resulta necesario dar paso al Jesús teológico y salir del marco histórico, ya que solo desde esa dimensión es posible abordar tales misterios.

4. Tiempo posterior a su desaparición física

En esta última etapa se analiza cómo, tras su desaparición física, su mensaje, misión y biografía fueron reinterpretados y reelaborados con el propósito de sentar las bases del cristianismo y de su Iglesia.

Para ello fue necesario transformar lo que parecía el fracaso del Jesús histórico en un éxito absoluto. Esta operación implicó una reconstrucción profunda: se pasó del Jesús histórico al Jesús teológico, de Jesús de Nazaret a Jesucristo; de Hijo «adoptivo» de Dios a Hijo «natural» de Dios; y de una misión dirigida al pueblo judío a una misión de salvación universal.

Una pregunta fundamental que surgió entre los primeros seguidores —llamados nazarenos— y que se dirigió a la naciente Iglesia cristiana fue la siguiente:

¿Era necesario modificar de manera tan radical la figura del Jesús histórico para alcanzar la salvación universal? ¿No habría sido suficiente con seguir las enseñanzas que Jesús transmitió durante su vida pública?

O, formulada de otro modo:

¿Necesitó el Jesús histórico al Jesús teológico para enseñar e implementar los principios del Reino de Dios

CAPÍTULO 2

TIEMPO ANTERIOR A LA VIDA PÚBLICA

- 2.1.- Cómo era el mundo cuando nació Jesús de Nazaret
 - 2.2.- Misión que encargó Dios a Jesús de Nazaret
 - 2.3.- El Jesús infantil: entre las profecías y la fábula
 - 2.4.- El Jesús histórico versus el Jesús teológico
-

2.1. Cómo era el mundo cuando nació Jesús de Nazaret

Jesús de Nazaret vivió en una época en la que la humanidad ya contaba con miles de años de historia. Los judíos habitaban una región pequeña, de unos 25.000 kilómetros cuadrados, dividida en tres partes: Galilea, Samaria y Judea. Galilea, al norte, era una mezcla de judíos y extranjeros. Samaria, en el centro, estaba poblada principalmente por no judíos. Judea, al sur, concentraba la mayor parte de la población judía y allí se encontraba Jerusalén, la capital.

En Palestina se practicaba el judaísmo, religión que se consolidó hacia el siglo VI a. C., durante el reinado del rey hebreo Josías. Según la tradición, Josías afirmó haber hallado el *Libro de la Ley de Yahvé* y reunió en su palacio a numerosos sacerdotes, escribas y funcionarios. Durante meses, estos trabajaron con antiguos textos, poemas, leyendas y relatos orales para redactar los primeros libros de la Biblia.

Gracias a ese esfuerzo, el antiguo yahvismo se transformó en el judaísmo, una religión más estructurada y organizada.

De este proceso surgieron libros como *Génesis*, *Éxodo*, *Levítico*, *Números*, *Deuteronomio*, los *Libros Proféticos* y los *Salmos*. Estos textos establecieron las normas religiosas, morales y legales que el pueblo judío seguiría como Ley de Moisés. Jesús de Nazaret, que vivió unos quinientos años después, fue educado en esta tradición y fundamentó en ella sus enseñanzas.

Dos de estos libros son especialmente importantes para comprender a Jesús: el *Éxodo* y los *Libros Proféticos*. El *Éxodo* narra cómo el pueblo judío, elegido por Dios, aprendió a conocerlo durante su camino hacia la Tierra Prometida. En medio de pruebas y dificultades, los judíos llegaron a ver a Dios como un ser único, poderoso y protector. Este Dios les prometió convertirlos en «la luz de las naciones», y ellos aceptaron esa misión con fe.

Esa historia, destinada a fortalecer la identidad de un pueblo pequeño y sin territorio propio, describía con detalle las reglas que definían la pertenencia al pueblo judío. Estas normas incluían costumbres sociales, rituales religiosos, leyes de purificación y comportamientos personales. Eran más de seiscientas, y cumplirlas era una muestra de fidelidad a Dios. Como judío, Jesús fue educado desde niño para respetarlas y observarlas.

El judaísmo mantenía una gran esperanza: la llegada del Mesías, un enviado de Dios que liberaría al pueblo judío, reuniría a las doce tribus de Israel y gobernaría sobre todas las naciones. Los profetas, así como los *Salmos*, hablaron ampliamente de esta figura. Sus palabras servían como guía para discernir si alguien podía ser el Mesías, como ocurrió

con Jesús. El pueblo observaba sus acciones con atención, buscando señales que indicaran el cumplimiento de las profecías y la llegada del tiempo de la liberación.

Pero la realidad era que el judaísmo no era la única religión de la época. Existían otras más antiguas y extendidas: el hinduismo, practicado en la India; el budismo, surgido como una respuesta a aquel; el mazdeísmo en Persia, origen del mitraísmo; y las religiones griegas y romanas, muy comunes en un Imperio con unos 45 millones de habitantes. Además, se practicaban otras religiones llamadas «místicas».

En comparación con este vasto panorama, el judaísmo era una minoría muy pequeña. Por ello, la idea de que un solo Dios judío gobernaría a todas las naciones parecía, desde el principio, una utopía difícil de concebir.

El trabajo de un profeta como Jesús, entonces, estuvo limitado desde el inicio a una región pequeña, con relevancia histórica pero escasa influencia política o demográfica. Esta limitación también afectaba al judaísmo, cuyos libros —como *Génesis* y *Éxodo*— presumían de una influencia universal que no se correspondía con la situación política y geográfica del momento.

Aun así, pese a ser una religión monoteísta que proclamaba la existencia de un solo Dios, el judaísmo convivía en paz con las religiones politeístas grecorromanas. Aunque sus creencias diferían, no existían grandes conflictos.

El Imperio romano no se interesaba por los detalles del judaísmo ni por su historia o rituales; solo deseaba

mantener el orden y evitar rebeliones. Mientras los judíos respetaran la autoridad imperial, podían practicar libremente su religión, y lo cierto es que los evangelios no mencionan obstáculos significativos para la predicación de su doctrina.

Las demás religiones apenas influyeron en Palestina debido a la distancia geográfica y cultural. Una excepción fue el mitraísmo, derivado del mazdeísmo, que más tarde influiría en el cristianismo. En este sentido, existen abundantes similitudes entre Mitra y Jesús; si bien, en el siglo primero esta religión era conocida solo por pequeños grupos, especialmente entre los legionarios romanos.

En resumen, Jesús de Nazaret desarrolló su misión en una tierra dominada por el judaísmo. La población seguía con devoción la Ley de Moisés y esperaba ansiosamente la llegada del Mesías. Pudo predicar con libertad, aunque siempre dentro de un contexto profundamente influido por las normas, creencias y textos sagrados del judaísmo.

2.2. Qué misión encargó Dios a Jesús de Nazaret

En este escenario apareció Jesús de Nazaret.

Su llegada tuvo una razón profunda. Según la tradición judía —la historia de un pueblo pequeño y sin territorio propio—, Dios había diseñado un plan desde antiguo. Con él, deseaba ser reconocido como el único Dios verdadero por toda la humanidad.

Aunque solo un grupo muy reducido lo conocía y lo adoraba, se presentaba como el creador y señor de todo, incluso para quienes lo desconocían.

Si ese plan se hubiera cumplido según lo previsto, no habría sido necesario modificarlo. Pero algo no estaba yendo bien. Por ello, fue preciso tomar nuevas decisiones para que el plan divino siguiera adelante.

¿Por qué Dios no estaba satisfecho?

Es probable que Dios se sintiera decepcionado por la conducta de su pueblo elegido. Tal vez pensaba que no cumplían sus promesas, que no eran fieles o que no seguían las normas dadas en el monte Sinaí.

También podía considerar que la maldad humana seguía causando estragos, o quizás aún recordara el primer error del ser humano —el llamado *pecado original*—, que todavía no se había redimido por completo.

No era la primera vez que Dios mostraba su descontento con la humanidad. Ya lo había hecho siglos antes, cuando envió un gran diluvio que destruyó a casi toda la población, salvando solo a la familia de Noé. Tras ello, Dios prometió no volver a destruir la tierra de esa manera, por lo que tenía que buscar otra forma de intervenir que respetara la promesa realizada.

Hay que reconocer que el relato del diluvio, parece más una narración simbólica que un hecho histórico. Según la Biblia, Noé tenía seiscientos años cuando ocurrió el diluvio, y casualmente, su padre y su abuelo murieron justo entonces, lo que le permitió subir al arca sin dejar familia atrás. También se dice que tuvo solo tres hijos, algo inusual entre los patriarcas que, según los textos, vivían siglos y tenían descendencias muy numerosas. En fin, que todo

encajaba de modo conveniente para dar coherencia al relato.

Respecto al pecado original, la propia Biblia sugiere que ya había sido superado y perdonado. En *Éxodo* se indica que el castigo por los pecados de los padres alcanzaba solo hasta la tercera o cuarta generación:

Éxodo 20: «Porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian.»

Éxodo 34: «El Señor pasó delante de él proclamando: '¡El Señor, el Señor! Dios compasivo y clemente, lento para la ira y grande en amor y fidelidad. Que mantiene su amor a millares y perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero no deja sin castigo: castiga la iniquidad de los padres en los hijos y en los nietos, hasta la tercera y cuarta generación.'»

La tendencia humana hacia el mal tampoco parecía un motivo suficiente para justificar el enfado divino. Aunque persistía esa inclinación, el pueblo de Israel era uno de los más pobres del mundo.

Exceptuando a las clases altas: sumos sacerdotes, escribas, jueces, ancianos, comerciantes, terratenientes y sus familias, la mayoría vivía en la miseria, enferma o abandonada. No tenía mucho sentido pensar que esas personas llevaran una vida de grandes pecados.

Aun así, Dios no estaba satisfecho, y debía existir una causa importante para ello. Y comprenderla resulta esencial para

entender cuál fue realmente la misión de Jesús y poder evaluar entonces si cumplió o no con su tarea.

Quizás Dios no estaba conforme con las limitaciones del pueblo judío para difundir su mensaje. Si deseaba que su palabra alcanzara a toda la humanidad, confiar únicamente en un grupo tan reducido no parecía una estrategia efectiva. La historia así lo ha confirmado: dos mil años después, el pueblo judío sigue siendo una minoría, con unos quince millones de personas. Si el plan original se hubiera limitado a ellos, difícilmente habría prosperado.

Tampoco parecía justo que el pacto con Israel excluyera al resto del mundo del acceso al Reino de Dios. Por ello, era necesario ampliar los términos de dicha alianza.

Además, los líderes religiosos de la época estaban corrompidos: habían distorsionado el verdadero sentido de la Ley de Moisés, convirtiéndola en un conjunto de normas mecánicas, aplicadas con rigor al pueblo pero con indulgencia hacia los poderosos. Esa hipocresía contradecía el mandamiento principal: amar a Dios y al prójimo.

A esta corrupción se sumaba la injusticia social y la desigualdad. La mayoría vivía sin esperanza. Dios quiso advertir a los ricos sobre su soberbia y su falta de compasión, pero también brindar consuelo a los pobres, anunciando que todo estaba por cambiar.

Finalmente, otro motivo del descontento divino fue la imagen equivocada del Mesías: lo esperaban como un guerrero conquistador, cuando Dios deseaba un mensajero de paz, reconciliación y salvación universal.

Todas estas razones justificaron que Dios iniciara un Segundo Plan Divino, y en ese nuevo proyecto, Jesús de Nazaret desempeñó un papel central. Su misión consistió en llevar a cabo esa transformación. Para ello:

- Renovó los términos de la alianza con Israel.
- Proclamó que la Ley de Moisés ya no bastaba para alcanzar la salvación.
- Presentó al Dios de Israel como el Dios de toda la humanidad.
- Rechazó la idea de un Mesías guerrero y estableció la figura de un Mesías de paz.
- Afirmó que Israel sería un pueblo más, sin privilegios de supremacía.

Además:

- Fue un profeta escatológico (porque habló del fin de los tiempos) y apocalíptico (porque anunció la destrucción final), pero también un salvador, que abrió el acceso al Reino de los Cielos a judíos y gentiles por igual.
- Enseñó que la salvación llega por la fe, no por el cumplimiento de la Ley.
- Anunció que el Reino de Dios estaba cerca y que era necesario vivir atentos a sus señales.
- Predicó que el Reino ya había comenzado, aunque se completaría con el Juicio Final.
- Fue reconocido como Hijo de Dios, no por nacimiento físico, sino por elección divina.

- Fue un maestro, que ofreció esperanza a los pobres y lanzó un fuerte mensaje a los ricos: sin conversión, no habría salvación.
- Murió crucificado como sacrificio redentor, reconciliando definitivamente al ser humano con Dios.
- Reveló un Dios cercano, compasivo y generoso, un Padre que perdona.
- Realizó milagros y señales que despertaron asombro y reflexión entre su pueblo.

Comprender con claridad la misión de Jesús en la Palestina del siglo I es esencial para reconocer al Jesús histórico. Ese conocimiento permite interpretar coherentemente sus enseñanzas y actos, y ofrece una brújula segura frente a las muchas dudas que rodean su figura y su obra. Tener claro el «mapa de su misión» es, en definitiva, disponer de una guía fiable para no perderse en el camino de su búsqueda.

2.3. El Jesús infantil: entre las profecías y la invención

Lo que se conoce fuera de toda duda sobre la vida de Jesús de Nazaret se resume en tres hechos esenciales:

1. Que nació poco antes del inicio del siglo I, lo cual confirma su existencia histórica, pese a que algunos aún la cuestionen.
2. Que fue bautizado por Juan el Bautista en el río Jordán, marcando así el comienzo de su vida pública.
3. Que murió crucificado en Jerusalén como un delincuente, antes de cumplir los treinta y cinco años.

En este capítulo nos centraremos en el período que transcurre desde su concepción hasta el día de su bautismo.

Para comenzar, es importante señalar que, desde el punto de vista histórico, no sabemos nada con certeza sobre esa etapa previa a su vida pública. Sería deseable afirmar que sabemos «muy poco», pero la realidad es que las fuentes disponibles son escasas, incompletas y contradictorias. Debemos aceptar esta limitación tal como es.

En principio, los autores de los evangelios canónicos apenas dedicaron unos pocos pasajes a los más de treinta años anteriores a la vida pública de Jesús. Además, lo que narraron —y solo en dos evangelios— no coincide entre sí, generando más dudas que certezas.

Veamos cómo los evangelistas construyeron esas historias sobre los años anteriores al bautismo de Jesús.

El Evangelio Marcos inicia su relato con el bautismo en el Jordán, sin mencionar absolutamente nada sobre su infancia. Lo mas seguro es que el autor no dispusiera de información suficiente y confiable, o bien que considerara innecesario incluirla (lo más probable es lo primero).

El Evangelio Juan, escrito unos cuarenta años después del de Marcos, tampoco ofrece detalles sobre la niñez de Jesús. En su lugar, comienza con un prólogo teológico de profundo contenido doctrinal, pero sin valor histórico o biográfico: «En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios...»

Por tanto, el relato joánico tampoco aporta información concreta sobre la infancia o juventud de Jesús.

Los únicos evangelistas que intentaron describir episodios de esa etapa fueron los autores del *Evangelio Mateo* y del *Evangelio Lucas*. El problema con sus relatos —además de ser breves, fragmentarios y limitados a solamente dos capítulos— es que son discrepantes entre sí y poseen escasa credibilidad histórica.

Además, entre los especialistas existe una sospecha fundada de que los dos primeros capítulos del *Evangelio Lucas* fueron escritos por un autor distinto al del resto del texto.

El protagonismo de personajes secundarios (como Simeón o Ana la profetisa), junto con el uso de himnos y alabanzas, sugiere que se trata de una adición posterior, elaborada con fines catequéticos o litúrgicos, más que con base en datos históricos sobre la infancia de Jesús.

¿No habría sido mejor el silencio?

Seguramente. Dado el grado de contradicción y confusión de estos relatos, casi habría sido preferible que nada se hubiese escrito sobre los primeros años, antes que conservar versiones tan inconsistentes.

Repasemos algunos ejemplos de esas contradicciones:

Genealogías incompatibles

El *Evangelio Mateo* presenta a Jacob como padre de José y a Matán como su abuelo. En cambio, el *Evangelio Lucas* señala que el padre fue Helí y el abuelo Matat. Las listas de ascendientes difieren tanto en nombres como en estructura, lo que hace inviable una justificación coherente de la supuesta descendencia davídica de Jesús.

Relatos inconexos de la concepción

En Mateo, un ángel sin nombre habla en sueños con José para que acepte a María, embarazada por obra del Espíritu Santo. En Lucas, es el ángel Gabriel quien se aparece a María para anunciarle su concepción milagrosa, mientras José no interviene. Ambas versiones son irreconciliables y carecen de valor histórico.

Discrepancias sobre el lugar de nacimiento

En Mateo, Jesús nace en Belén porque allí residían María y José. En Lucas, nace allí de manera circunstancial, debido a un supuesto censo ordenado por Augusto, que no tiene confirmación histórica en esas fechas. Según este último, la pareja vivía originalmente en Nazaret.

Visitantes tras el nacimiento

Mateo habla de magos de Oriente y de la huida a Egipto, mientras que Lucas menciona solo a pastores, omitiendo toda referencia a Herodes y a la matanza de los inocentes.

Los autores del *Evangelio Mateo* y del *Evangelio Lucas* no disponían del *Evangelio Marcos* ni de la llamada *Fuente Q* (Quinto Evangelio) para hablar de este período. Y dado que resulta poco probable que contaran con fuentes inéditas propias, lo más sencillo es admitir que crearon estos relatos por iniciativa propia. Para ello se basaron en las tradiciones orales de las primeras comunidades cristianas, a las que añadieron elementos teológicos propios para vincular su narración con las profecías del *Antiguo Testamento*.

Su intención era demostrar que el nacimiento de Jesús no fue casual, sino que cumplía las profecías mesiánicas, especialmente las de Isaías. Si los detalles de la concepción, el nacimiento y la infancia de Jesús coincidían —o se hacían coincidir— con esas profecías, se confirmaba que Jesús era el Mesías prometido por Dios.

Para alcanzar este propósito, tanto el *Evangelio Mateo* como el *Evangelio Lucas* emplearon recursos literarios y simbólicos como: genealogías adaptadas, concepciones milagrosas, estrellas que guían, ángeles anunciadores y personajes piadosos que exaltan la grandeza del niño Jesús.

El problema es que estas historias se contradicen entre sí y carecen de sustento histórico. Por ejemplo:

- Para cumplir con la profecía de *Miqueas 5*, ambos evangelistas afirmaron que Jesús nació en Belén, inventando viajes y censos sin respaldo histórico. Lo más probable es que naciera en Galilea, quizás en Nazaret, entre tres y cuatro años antes del comienzo del siglo I.
- Para justificar su origen divino, reinterpretaron una profecía de *Isaías 7*, que originalmente decía: «Una joven concebirá», y la tradujeron confusamente como «Una virgen concebirá». Así surgió la idea de la concepción virginal de María, con relatos diferentes y sin base histórica. Además, aunque la profecía mencionaba al niño como «Emmanuel», ambos coinciden en que se le impuso el nombre de Jeshuá (Jesús).

Este tema de la concepción virginal dio origen a la polémica sobre la existencia de hermanos y hermanas de Jesús.

Si María hubiera sido virgen perpetua, la cuestión quedaría resuelta, pero los textos evangélicos mencionan claramente hermanos y hermanas.

Sobre ello, dos reconocidos estudiosos sostienen:

- John P. Meier: «La opinión más plausible, desde un punto de vista filológico e histórico, es que los hermanos y hermanas de Jesús eran realmente tales.»
- Antonio Piñero: «Lo más verosímil históricamente es aceptar que Jesús tuvo hermanos en el pleno sentido de la palabra.»

La Iglesia cristiana nunca ha aceptado esta interpretación, ya que la virginidad perpetua de María fue establecida como un dogma infalible. Por ello ha ofrecido, a lo largo del tiempo diversas explicaciones para justificar la «aparente» existencia de esos hermanos:

- Que eran hijos de otra María, discípula de Jesús.
- Que eran hijos de un matrimonio anterior de José.
- Que en arameo la palabra «hermanos» también se usaba para designar a los primos.
- Que el término «hermanos» se aplicaba en general a todos los seguidores de Jesús.

Siguiendo el método propuesto por Antonio Piñero de analizar los textos evangélicos, versículo por versículo, para determinar su autenticidad histórica, podemos aplicar este criterio a los capítulos 1 y 2 del Evangelio de Lucas, el que más información ofrece sobre la infancia de Jesús, aunque de valor histórico muy limitado.

Análisis del Capítulo 1 del *Evangelio Lucas*:

- Versículos 5-25: Relato legendario sobre el embarazo de Isabel. Típico de las tradiciones sobre Juan el Bautista.
- Versículos 26-38: Anuncio a María. Pertenecce al género de las concepciones milagrosas, frecuente en textos bíblicos y extrabíblicos.
- Versículos 39-45: La visita a Isabel. Posible relato tradicional o creación del autor.
- Versículos 46-56: *El Magnificat*. Probable composición de un salmista de la época.
- Versículos 57-67: Nacimiento de Juan el Bautista. Omitido por el *Evangelio Mateo*, lo que revela intereses narrativos distintos.

Análisis del Capítulo 2 del *Evangelio Lucas*:

- Versículos 1-7: Censo de Augusto. No hay evidencias históricas de un empadronamiento en la época, que implicara el viaje desde Nazaret a Belén.
- Versículos 8-20: Visita de los pastores. Relato legendario.
- Versículos 25-40: Protagonismo de Simeón y Ana. Cumplir el requisito legal judío del doble testimonio, para otorgar credibilidad al relato.
- Versículos 31-33: La frase «Luz para los gentiles» revela influencia paulina directa.
- Versículos 41-52: Jesús perdido y hallado en el templo. Relato ejemplarizante del género hagiográfico infantil, destinado a mostrar su sabiduría precoz.

En resumen, los relatos sobre la infancia de Jesús no fueron escritos como crónicas históricas, sino como narraciones con finalidad religiosa. Su propósito era mostrar que Jesús era el Hijo de Dios, el Mesías prometido, y que desde su niñez manifestaba señales de su identidad y misión.

Los evangelistas escribieron como maestros de fe, no como historiadores, empleando libertad creativa y recursos literarios propios de la tradición bíblica.

Así se fue construyendo una imagen teológica de Jesús: un niño rodeado de milagros, ángeles, cantos y profecías cumplidas. Con el tiempo, esta figura se alejó considerablemente del Jesús histórico, el hombre real que vivió en Galilea en el siglo I, cuya vida intentaremos conocer mejor en los siguientes capítulos.

Lo que podemos afirmar con cierto fundamento histórico:

- Que fue concebido en el seno de una familia rural palestina formada por José y María.
- Que no se sabe con certeza dónde nació, aunque probablemente no en Belén, sino en Nazaret.
- Que las leyendas sobre reyes magos, pastores o matanzas de inocentes no son históricas.
- Que vivió en el anonimato hasta iniciar su vida pública, probablemente en Nazaret o Cafarnaúm.
- Que pertenecía a una familia humilde y trabajadora.
- Que tuvo varios hermanos y hermanas.
- Que no descendía directamente de David.

- Que fue un hombre típico de Palestina: de estatura media, cabello y barba oscuros, ojos oscuros, fuerte físicamente, con una mirada intensa y voz potente.
- Que aprendió a leer y escribir en arameo y hebreo.
- Que no existen evidencias de sucesos extraordinarios antes de su vida pública.
- Que recibió una educación religiosa básica en la sinagoga local, completada con formación autodidacta o comunitaria.
- Que aprendió y ejerció el oficio de constructor junto a su padre.
- Que fue llevado al templo de Jerusalén a los doce años, como era preceptivo, sin que ocurriera ningún hecho notable.
- Que pudo haber hecho algún voto temporal como nazoreo, cumplido antes del inicio de su vida pública.
- Que se mantuvo célibe, en contra de la costumbre judía.
- Que, alrededor de los treinta años, abandonó la casa familiar para comenzar su misión y no regresó jamás.

2.4. El Jesús histórico versus el Jesús teológico

Durante décadas, en los encuentros sabatinos, mientras compartían el pan y el vino, los seguidores de Jesús escuchaban historias sobre su vida, sus enseñanzas y sus milagros. Y fue cuando las primeras tradiciones cristianas empezaron a escribirse, que el verdadero conocimiento de Jesús de Nazaret se hizo accesible.

Quienes redactaron esos primeros relatos —ya fueran escribas profesionales o miembros voluntariosos de las comunidades cristianas primitivas— no tenían forma de comprobar la veracidad de todo lo que transmitían. Es muy probable que muchos de esos relatos ya les llegaran modificados por la imaginación popular, deseosa de ensalzar la figura de su líder espiritual.

A esta «idealización» oral se sumaron los errores propios de la copia manual de los textos y, sobre todo, las modificaciones intencionadas que cada autor introdujo para ajustar las historias a las creencias y necesidades teológicas de su comunidad.

Estos cambios, omisiones y añadidos no fueron detalles menores: tuvieron un papel decisivo en la formación de la teología cristiana, que con el tiempo se consolidaría en una religión organizada.

Parece evidente, desde una perspectiva histórica, que Jesús de Nazaret no tuvo intención de fundar una institución religiosa. Estaba convencido de que el fin del mundo era inminente —como lo demuestran numerosos pasajes de su predicación— y, por tanto, no tenía sentido planificar a largo plazo.

Pablo de Tarso y la transformación del mensaje

Cuando los líderes de las primeras comunidades vieron que el Reino de Dios no llegaba tan pronto como esperaban, comenzaron a estructurar su fe para el futuro.

El cambio decisivo vino de la mano de Pablo de Tarso, quien percibió la necesidad de reformular la figura y el

mensaje de Jesús para que tuvieran un carácter más universal y perdurable.

Pablo insistía en que su enseñanza no era una invención personal, sino una revelación directa de Dios. Para que esta nueva visión tuviera coherencia, fue necesario atribuir a Jesús de Nazaret nuevas funciones, características y objetivos que no estaban presentes en su misión original.

Así nació la figura de «Jesucristo», una construcción teológica que, según Pablo, asumía la misión de llevar el Reino de Dios también a los gentiles (no judíos).

Esto era indispensable, según su visión escatológica, para precipitar la llegada del Juicio Final y, con él, el cumplimiento de las promesas de Israel sobre las demás naciones.

Lo cierto es que Pablo no pretendía crear una religión universal. Su objetivo era lograr la conversión de un número determinado de gentiles —aunque nunca especificó cuántos— para que, con ello, se cumpliera la esperanza del Reino de Dios.

Esta reconstrucción paulina del mensaje original se manifestó en tres frentes principales:

1. Revisión de la Ley de Moisés

Pablo estableció una nueva distinción entre «hijos naturales» (los judíos, que debían seguir cumpliendo la Ley) e «hijos adoptivos» (los gentiles, eximidos de ciertos preceptos como la circuncisión, el descanso sabático o las normas alimentarias y de pureza ritual).

A cambio, a los gentiles se les exigía observar las llamadas «Leyes Universales», de carácter moral y ético.

2. Nacimiento de una estructura eclesial jerárquica

Pablo introdujo conceptos fundamentales que serían adoptados por la Iglesia posterior, como la *Sucesión Apostólica*, como la autoridad exclusiva para interpretar las escrituras —reservada a obispos y presbíteros—, la obediencia doctrinal, la tradición recta (que excluía toda divergencia teológica) o la necesidad de imponer el control económico de las comunidades.

3. Reelaboración del mensaje de Jesús

El núcleo de la enseñanza pasó del amor a Dios y al prójimo a la aceptación de la muerte de Jesús como sacrificio redentor por los pecados de la humanidad. La salvación dejó de depender de la conducta moral y pasó a medirse por la adhesión a los nuevos preceptos doctrinales definidos por la Iglesia.

La nueva visión teológica de Pablo de Tarso fue rápidamente aceptada por los autores de los evangelios, por los primeros líderes eclesiásticos y por las comunidades cristianas. Con el tiempo, la Iglesia consolidó su autoridad mediante los concilios, donde se debatían y definían las verdades que todos los fieles debían aceptar para alcanzar la salvación.

Como resultado, surgieron numerosas normas, creencias obligatorias y dogmas, definidos como «verdades reveladas directamente por Dios». Estos debían ser aceptados bajo

amenaza de condenación, pues rechazar alguno implicaba la excomunión automática y la pérdida de la salvación.

Esto se mantuvo aunque muchos de esos dogmas se basaran en interpretaciones discutibles de los textos bíblicos. Por esa razón, tuvieron en general un carácter impositivo, excluyente y, a menudo, polémico.

Dogmas sobre Jesús de Nazaret

A lo largo de la historia, la Iglesia católica ha declarado cuarenta y cuatro dogmas, de los cuales dieciocho se refieren directa o indirectamente a Jesús de Nazaret.

Estos últimos son los que se detallan :

1. María concibió por obra del Espíritu Santo y es Madre de Dios.
2. María fue siempre virgen: antes, durante y después del parto.
3. Jesucristo es verdadero Dios e Hijo de Dios por esencia.
4. Cristo posee dos naturalezas (divina y humana) sin mezcla ni confusión.
5. Cada naturaleza tiene su propia voluntad y operación.
6. Jesucristo, aun como hombre, es Hijo natural de Dios.
7. Cristo se ofreció como sacrificio verdadero en la cruz.
8. Cristo redimió a la humanidad mediante su muerte.
9. Resucitó gloriosamente al tercer día.
10. Subió al cielo en cuerpo y alma y está sentado a la diestra del Padre.
11. Fundó la Iglesia como Dios-Hombre.
12. Instituyó a Pedro como cabeza visible de la Iglesia.
- 13-18. Instituyó los siete sacramentos oficiales.

Si se observa con atención, estos dogmas ya no mencionan a Jesús de Nazaret por su nombre, sino que emplean los términos «Jesucristo» o «Cristo».

Esto revela cómo la figura histórica de Jesús fue desdibujándose progresivamente, sustituida por una construcción teológica con nuevos atributos y funciones, transformando así el sentido original de su misión.

El desplazamiento del mensaje original

Esta transformación, impuesta y consolidada por la estructura eclesiástica, llevó a que los cristianos tuvieran que aceptar cada vez más creencias y normas, muchas de las cuales estaban desconectadas del mensaje ético y espiritual original de Jesús de Nazaret. De este modo, pertenecer a la Iglesia se convirtió en condición indispensable para la salvación, y su doctrina, en un sistema cerrado de dogmas.

Por el contrario, los nazarenos —denominados así no por el lugar de nacimiento de Jesús, sino porque se le consideraba un *nazoreo*, es decir, una «persona consagrada a Dios»— sostenían que basta con seguir al Jesús histórico para alcanzar la salvación. Por ello, rechazan que la Iglesia exija la aceptación de dogmas añadidos como requisito para pertenecer a la comunidad o entrar en el Reino de Dios.

Frente a la afirmación de la Iglesia católica:

«No pueden salvarse quienes, conociendo la Iglesia como fundada por Cristo y necesaria para la salvación, no entran y no perseveran en ella»,

Los nazarenos responden que la salvación también existe fuera de la Iglesia, y que incluso dentro de ella puede haber condenación, si se traiciona el espíritu original del mensaje de Jesús.

Reflexión final

Podría parecer que esta perspectiva considera a la Iglesia cristiana como el principal obstáculo para comprender el mensaje auténtico de Jesús histórico.

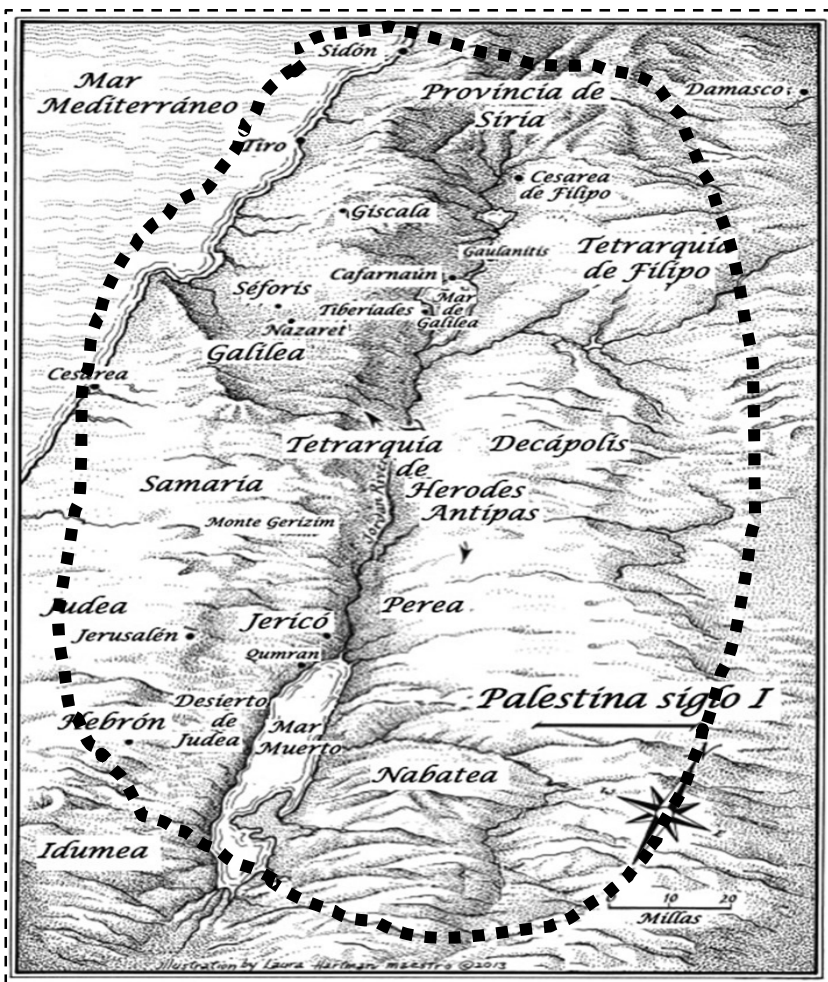
Por el contrario, esta crítica no se dirige contra el cristianismo por ser cristianismo, sino contra el proceso de reconstrucción doctrinal e institucional que reinterpretó la figura de Jesús de Nazaret conforme a intereses teológicos y de poder. La misma observación se aplicaría a cualquier otra religión —como el budismo o el islam— que hubiera realizado una apropiación similar de la figura de su fundador.

A continuación se expone el Capítulo 3 que se ha dividido en dos partes para facilidad de lectura. En la parte primera, denominada como *Antecedentes a la vida pública de Jesús*, se exponen los condicionantes generales que marcaron la vida y la labor de Jesús de Nazaret. En la segunda parte, *Vida pública de Jesús de Nazaret*, se expone lo que fue propiamente su actividad de predicación y evangelización.

ANEXO: MAPA DE LA ZONA HABITUAL DE JESÚS DE NAZARET

(tomado de la cronología seguida por Jesús en el Evangelio Marcos)

Rio Jordán/ Galilea/ Lago/ Cafarnaúm/ Casa Simón y Andrés Galilea/ Cafarnaúm/ Orilla lago/ Tiro y Sidón/ Monte Cafarnaúm/ Orilla lago/ Región gerasenos/ Otra orilla del lago Nazaret/ Aldeas varias/ Lugar tranquilo/ Betsaida/ Genesaret Aldeas, ciudades y caseríos/ Tiro y Sidón/ Decápolis hacia Galilea/ Betsaida/ Cesarea de Filipo/ Monte alto/ Galilea Cafarnaúm/ Judea/ Otro lado Jordán/ Camino Jerusalén Jericó/ Jerusalén/ Monte Olivos/ Betania/Templo/Getsemaní



CAPÍTULO 3 (PARTE PRIMERA)

ANTECEDENTES A LA VIDA PUBLICA DE JESÚS

3.1.- Las sombras del Jesús histórico

3.2.- Modos de comunicación de Jesús según destinatarios

3.1. Las sombras del Jesús histórico

Al parecer, cuando inició su vida pública, ni siquiera Jesús tenía plenamente definido el sentido y la importancia de su misión. Fue con el tiempo —a medida que vivía los distintos episodios de su predicación— cuando fue tomando conciencia de ella.

Decir que no sabía exactamente qué iba a suceder puede parecer una idea extraña o difícil de aceptar. No obstante, varios indicios apuntan en esa dirección. A lo largo de su vida —breve, pero intensa—, esas dudas se hicieron evidentes, y no todas llegaron a tener una explicación clara.

Para empezar, no se sabe con certeza cuánto duró su vida pública. Según los evangelios sinópticos, apenas un año; según el *Evangelio Juan*, unos tres. Debe recordarse que, una vez que abandonó su hogar para predicar, ya nunca regresó a él, y no es lo mismo dedicar solo un año que tres a esa tarea, sobre todo si se considera que él y sus discípulos vivían de la ayuda del pueblo y del apoyo de sus seguidores.

En este sentido, llama la atención que ni él ni sus discípulos establecieran un lugar fijo donde reunirse, descansar o planificar sus actividades. Esto habría sido lógico, ya que el

territorio por el que se desplazaban era pequeño y relativamente fácil de recorrer. Pero su forma de predicar fue siempre itinerante, directa y sencilla, desplazándose de aldea en aldea por toda Palestina.

Los autores de los evangelios sinópticos intentaron construir un orden cronológico del itinerario de Jesús y de los principales acontecimientos de su vida pública. Pero lo único que lograron fue situar el bautismo al inicio y la última cena al final, sin conseguir establecer una secuencia clara y definida de los hechos.

¿Fueron suficientes uno o tres años para cumplir su misión en el territorio donde predicaba?

Es difícil saberlo.

En cualquier caso, existe una paradoja notable: si realmente ocurrieron los hechos extraordinarios que se le atribuyen, es lógico pensar que hubiera alcanzado en su tiempo una fama considerable. Lo bastante importante como para aparecer de forma destacada en los registros históricos de cronistas reconocidos. De esa manera, habríamos tenido acceso a una mayor cantidad de información. Por desgracia, su vida pública pasó, en general, casi inadvertida para los historiadores contemporáneos independientes.

Aun así, resulta llamativa la facilidad con la que reunió a sus primeros doce discípulos al comienzo de su predicación. Esto es aún más sorprendente si se considera que seguirlo implicaba abandonar a sus familias, algo muy serio en la sociedad palestina de la época. Esta respuesta inmediata puede interpretarse como una muestra de la

gran fuerza de su personalidad y de su capacidad para inspirar y convencer a quienes lo rodeaban.

Con todo, lo más razonable es pensar que, en un territorio tan reducido, sus discípulos lo acompañaran de forma intermitente, regresando a sus hogares cuando las circunstancias lo permitían.

El mensaje y su forma

Jesús de Nazaret comenzó a predicar movido por el deseo de comunicar algo esencial a sus compatriotas. Al principio, para captar su atención, realizó —según los relatos— numerosos hechos extraordinarios, lo cual sirvió para atraer el interés inicial de un pueblo sencillo y rural.

Pero no bastaba solo con sorprender: era necesario transmitir un mensaje claro, sostenido y comprensible, sobre todo porque la mayoría de la población era analfabeta. Ese mensaje no podía estar cargado de ideas teológicas complejas.

Como dijo Jorge Luis Borges, «La teología es la rama más frondosa de la literatura fantástica». Por ello, el mensaje de Jesús debía centrarse en temas concretos y cercanos, expresados en un lenguaje cotidiano, como el arameo popular de la región. Además, debía concentrarse en pocos temas esenciales, para evitar confusiones.

En este aspecto, el retrato que ofrece el *Evangelio Juan* no parece coincidir del todo con el personaje histórico. Tanto es así que hubo muchas dudas en los primeros siglos sobre si ese evangelio debía ser incluido entre los libros oficiales de la Iglesia, debido a la complejidad de los discursos

atribuidos a Jesús. Es sabido que empleaba un lenguaje más elaborado cuando discutía con escribas o sacerdotes, pero frente al pueblo, sin duda usaba parábolas sencillas, frases breves y dichos fáciles de recordar y compartir. Ese estilo, además, era muy común entre sus paisanos.

Por eso, quienes buscan ideas teológicas complejas en su mensaje original suelen olvidar su rasgo más esencial: la sencillez y la claridad. Esta idea es clave para entender los cambios y añadidos introducidos en los evangelios por autores cultos y letrados. En tales casos, puede resultar revelador ponerse en el lugar —y en las sandalias— de un campesino palestino del siglo I, con sus costumbres, su idioma y su modo de vida. Solo así se comprende mejor el verdadero sentido de su mensaje.

Dudas, preguntas y consecuencias

De su vida pública quedaron muchos temas abiertos, y durante su predicación surgieron igualmente numerosas cuestiones sin respuesta clara. El pueblo se hacía preguntas fundamentales:

¿Quién era realmente?

¿Era el Mesías esperado o solo un gran profeta?

¿Era un simple ser humano o tenía naturaleza divina?

¿Venía a ayudar al pueblo judío o su mensaje era universal?

¿Se acercaba verdaderamente el fin del mundo?

La gente sencilla se preguntaba cómo prepararse para un final inminente, anunciado como algo muy próximo. Ante esa inminencia, no parecía haber tiempo suficiente ni

siquiera para restaurar el Reino de las doce tribus de Israel, lo cual generaba gran confusión entre la población.

Aun así, mientras la gente común no tuvo grandes dificultades para aceptar las nuevas enseñanzas, no sorprende que las élites religiosas del judaísmo las rechazaran, negándose a reconocer en Jesús al auténtico Mesías y manteniendo viva la esperanza en la llegada del verdadero.

Este rechazo provocó que los sectores del judaísmo que no aceptaban las nuevas ideas quedaran excluidos del Reino de Dios, lo que puede considerarse un fracaso parcial en la misión de Jesús, ya que no logró convencer a todos.

Además, esta situación generó dudas sobre la justicia divina, pues muchos comenzaron a sentir que Dios no estaba cumpliendo su parte del Pacto con el pueblo de Israel, sentimiento que ha perdurado en la memoria colectiva del judaísmo hasta nuestros días.

El final del judaísmo sacerdotal

De manera paradójica, la destrucción total del Templo de Jerusalén en el año 70, junto con la persecución romana contra los líderes del movimiento cristiano, marcó el fin del judaísmo sacerdotal. A partir de entonces, el judaísmo se reorganizó en torno a las sinagogas y al estudio de las Escrituras, abandonando la estructura centrada en los sacerdotes y en los sacrificios del Templo.

Este cambio significó también que el judaísmo dejara de ser un obstáculo práctico para el cristianismo, que empezaba a expandirse como una nueva religión. A partir de ese

momento, se hizo evidente la separación definitiva entre judaísmo y cristianismo. Cada uno siguió su propio camino, aunque a un precio muy alto: el surgimiento de un resentimiento mutuo que perduraría durante siglos.

Un ejemplo de ello es que, hasta hoy, en algunas sinagogas se recita tres veces al día una oración que dice: «Dios maldice a los nazaríes» (nombre con el que se conocía a los primeros cristianos).

3.2. Modos de comunicación de Jesús de Nazaret según los destinatarios

Con sus discípulos

A lo largo de su vida, Jesús de Nazaret se comunicó tanto por medio de sus palabras como a través del ejemplo de sus acciones. Siempre fue consciente de con quién estaba hablando y adaptó su manera de expresarse según el tipo de interlocutor.

Por ejemplo, es muy probable que con sus discípulos mantuviera conversaciones íntimas durante las largas caminatas o en las cenas compartidas junto al fuego. En esos momentos tranquilos, con frases sencillas y mucha paciencia, trataba de explicarles el sentido de lo que hacía y lo que estaba por venir.

Debido a que convivió con ellos de forma intensa durante un tiempo prolongado, tuvo innumerables oportunidades de hablar tanto de asuntos cotidianos como de temas más profundos. Pero, sobre todo, sabía que sus discípulos eran los únicos que habían tenido el privilegio de observar de cerca su forma de vivir y de enseñar, aprendiendo de su

ejemplo día a día. Ellos serían, después, quienes transmitirían su mensaje al resto del pueblo judío —y, finalmente, al mundo entero—.

Está claro que, para el Jesús histórico, formar adecuadamente a sus discípulos fue una de sus principales prioridades, aunque esa formación se desarrolló en un contexto difícil, lleno de incertidumbre. ¿Por qué?

Porque la idea de que el fin del mundo estaba próximo impregnaba toda su predicación, y esto debió influir profundamente en las enseñanzas que transmitió a sus seguidores más cercanos. Lo más lógico es pensar que se centrara en enseñanzas elementales sobre la llegada del Reino de Dios y la salvación, pues no había tiempo para una formación más extensa.

Aun así, es de lamentar que los evangelios que conocemos reflejen tan escasamente la enorme cantidad de horas de conversación, reflexión y consejo que compartió con ellos.

Con los sacerdotes y escribas

Con los sacerdotes y los escribas, su relación fue muy distinta. Jesús sabía que hablar con ellos significaba entrar en discusiones constantes sobre las Escrituras, en un ambiente de confrontación. Es evidente que los líderes religiosos de la época buscaban el conflicto con él, tanto por sus afirmaciones personales como por su particular modo de interpretar la Ley de Moisés. Además, se sintieron atacados por las duras críticas que les dirigió: denunció su falta de ética, su abuso de poder, el desprecio hacia el pueblo y su arrogancia al interpretar la Ley.

El conflicto alcanzó tal punto que Jesús declaró públicamente que jamás entrarían en el Reino de Dios. Esto generó un odio profundo en la casta sacerdotal: sacerdotes, escribas y ancianos, que acabaría siendo la causa principal de su condena y ejecución pública.

Con las autoridades romanas

En cambio, apenas tuvo contacto con las autoridades romanas, y el poco que tuvo se debió a las acusaciones que los líderes religiosos presentaron en su contra. Fueron ellos quienes lo llevaron ante los tribunales romanos para que fuera juzgado y condenado a la crucifixión.

Ante ellos, Jesús guardó un silencio enigmático y significativo, una forma de comunicación no verbal o «comunicación muda», con la que expresaba su rechazo total al poder y la autoridad de Roma. Solo respondió cuando Pilato le preguntó si era el rey de los judíos. Su respuesta fue breve: «Tú lo dices».

Así lo recogieron los tres evangelios sinópticos, mientras que el *Evangelio Juan* ofrece una versión distinta, en la que le responde con otra pregunta: «¿Dices esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?»

Este tipo de respuesta sugiere que, o bien ignoraba deliberadamente la autoridad romana porque no la reconocía, o bien no tenía completamente claro si él mismo era el «Rey de los judíos» anunciado por las Escrituras... o quizá ambas cosas.

Con las multitudes

Donde Jesús mostró mayor esfuerzo comunicativo fue en su trato con las multitudes que lo seguían durante sus predicaciones. Sabía que, para que su mensaje fuera comprendido por un pueblo en su mayoría analfabeto, debía ser claro, sencillo y directo.

Por ello empleó una combinación de breves discursos, frases concisas y parábolas, acompañadas de actos extraordinarios. Algunos de estos milagros servían como introducción o refuerzo de sus enseñanzas; otros, como medio para despertar admiración y atención hacia su persona y su mensaje.

Si bien es cierto que no usaba las parábolas exclusivamente con las multitudes. Por ejemplo, de las 44 parábolas registradas en los evangelios sinópticos, 16 fueron dirigidas a sus discípulos, 8 en discusiones con los sacerdotes, y 20 ante grupos numerosos de seguidores.

Lo que está claro es que, mediante sus discursos y parábolas, buscaba que el pueblo judío, sus seguidores y sus líderes religiosos transformaran su forma de verse a sí mismos, a los demás y al mismo Dios. En este contexto, las parábolas resultaron una herramienta ideal para provocar una reflexión interior profunda y continua, casi sin que los oyentes fueran plenamente conscientes de ello.

Los especialistas coinciden en que dominaba con gran habilidad el arte narrativo de la parábola, con una estructura clara de introducción, desarrollo y desenlace. Estas parábolas fueron una de sus herramientas preferidas

para enseñar, aunque no puede afirmarse con certeza que todas las incluidas en los evangelios canónicos provengan directamente del Jesús histórico. Tampoco es posible determinar cuántas parábolas utilizó realmente, pues seguramente repitió muchos mensajes en distintas ocasiones, y no todos quedaron registrados.

Según los criterios de autenticidad histórica aceptados por los especialistas, solo cinco de las cuarenta y cuatro parábolas que aparecen en los evangelios oficiales pueden atribuirse con seguridad a Jesús de Nazaret. Esto es relevante, porque indica que no se deben considerar las parábolas como la fuente más fiable para conocer su predicación.

(Ver Nota 1 al final del capítulo, página 112).

Que muchas parábolas no sean auténticas no solo priva al investigador de una herramienta clave para comprender su enseñanza, sino que también advierte sobre el riesgo de las múltiples interpretaciones —a veces contradictorias— que se han hecho de ellas.

Ejemplos de atribución de parábolas según los estudiosos

A modo de ejemplo, se presenta la posible autoría —según la investigación moderna— de doce parábolas populares:

- *El buen pastor que cuida a sus ovejas* (tradicción joánica)
- *El buen samaritano* (autor del *Evangelio Lucas*)
- *Las diez vírgenes* (autor del *Evangelio Mateo*)
- *El hijo pródigo* (tradicción cristiana primitiva)
- *El trigo y la cizaña* (tradicción cristiana primitiva)

- *El rico y Lázaro* (autor del *Evangelio Lucas*)
- *Tesoro escondido en el campo* (autor *Evangelio Mateo*)
- *El grano de mostaza* (Jesús histórico)
- *Los talentos* (Jesús histórico)
- *Los viñadores perversos* (Jesús histórico)
- *El sembrador* (Jesús histórico)
- *La gran cena* (Jesús histórico)

A pesar de estas limitaciones de autoría, conviene recordar que las primeras comunidades cristianas, al adaptar las parábolas, conservaron probablemente un núcleo auténtico de sus enseñanzas, aunque luego las ampliaran o modificaran con el tiempo.

Por ello, al interpretar una parábola, es fundamental preguntarse si su mensaje encaja con el estilo del Jesús histórico o si, por el contrario, refleja el estilo literario y teológico de alguno de los evangelistas, como el *Estilo Lucas* o el *Estilo Mateo*.

(Ver Nota 1 al final de este capítulo pág. 112).

Mensajes recurrentes en las parábolas más genuinas

Algunos de los temas esenciales que se repiten en las parábolas más auténticas de Jesús son:

- Hay que renunciar a todo para ser su discípulo.
- Lo realmente valioso es recuperar un alma perdida.
- Orar sin desfallecer y con el corazón.
- Confiar en que lo pedido en la oración será concedido.
- Estar siempre alerta y vigilante.

- Amar más a quien más se le ha perdonado.
- La salvación depende de cumplir la voluntad de Dios.
- Los últimos serán los primeros.
- No todos logran acoger la palabra de Dios.
- Cada uno será juzgado según sus talentos.
- Perdonar para ser perdonado.
- Amar para ser amado.
- Acumular riquezas impide entrar en el Reino de Dios.

Conclusiones sobre las parábolas

- Jesús de Nazaret fue un maestro excepcional en el arte de las parábolas narrativas y enseñó a sus discípulos a comprenderlas y utilizarlas.
- Solo dos parábolas fueron explicadas directamente por él a sus discípulos: *El sembrador* y *El trigo y la cizaña*; pero, puesto que la autenticidad de la segunda es discutida, también resulta dudosa, lógicamente, su explicación.
- Las dieciséis parábolas exclusivas del *Evangelio Lucas* no se consideran genuinas, ya que presentan estructuras, ideas y vocabulario propios del autor (*Estilo Lucas*).
- Las catorce parábolas únicas del *Evangelio Mateo* no se consideran genuinas por iguales razones (*Estilo Mateo*).
- Jesús empleó al menos dieciséis parábolas solo para instruir a sus discípulos y otras doce únicamente para debatir cuestiones complejas de la Ley con escribas y sacerdotes.

- Las cinco parábolas consideradas auténticamente históricas son: *El grano de mostaza*, *Los viñadores perversos*, *Los talentos*, *El sembrador* y *La gran cena*.
- Con el tiempo, la diversidad de interpretaciones de las parábolas ha generado gran confusión sobre su verdadero significado.
- Por todo ello, debemos aceptar —aunque con cierto desencanto— que las parábolas de los evangelios no constituyen una fuente plenamente fiable para conocer la predicación del Jesús histórico, y es necesario acercarse a ellas con cautela crítica.

Explicación de la parábola del sembrador

Para concluir el tema de las parábolas, se presenta a continuación la explicación que el propio maestro dio a sus discípulos sobre la Parábola del Sembrador:

«Escuchad vosotros lo que significa la parábola del sembrador: Si uno oye la palabra del Reino y no la entiende, viene el maligno y le arrebató lo sembrado en el corazón. Este es lo sembrado junto al camino. Lo caído en el pedregal es el que oye la palabra y la acepta con alegría, pero no tiene raíz, es inconstante, y cuando llega la prueba o la persecución a causa de la palabra, inmediatamente se viene abajo. Lo sembrado entre zarzas es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de esta vida y la seducción de la riqueza ahogan la palabra y queda sin fruto. Lo sembrado en tierra buena es el que escucha la palabra con corazón bueno y generoso, y da fruto: ciento, sesenta y treinta por uno.»

Los milagros atribuidos a Jesús de Nazaret

Es bien sabido que Jesús de Nazaret acompañó sus parábolas con actos extraordinarios que sus seguidores denominaron *milagros*. En ocasiones, estos milagros iban acompañados de una enseñanza breve; en otras, su principal objetivo parecía ser captar la atención del público y facilitar la aceptación de su mensaje.

Según los evangelios, los milagros constituyeron una parte fundamental de su predicación y se repitieron en distintas regiones por donde pasó. En cualquier caso, la historia no puede confirmar si estos hechos fueron realmente milagros, ya que no existen pruebas técnicas suficientes para afirmarlo. Lo que sí puede investigarse es si esos actos fueron genuinos del Jesús histórico.

Un milagro se define como:

«Hecho extraordinario que no tiene explicación racional, realizado por una persona, pero que no puede ser explicado por sus habilidades naturales ni por fuerzas conocidas, y que se atribuye a Dios».

Hoy en día, para que un hecho se considere milagroso tiene que someterse a un proceso muy riguroso de análisis y comprobación. Desafortunadamente en el siglo primero no existían tales protocolos, ni tan siquiera era posible recolectar información suficiente que permitiera hacer una clasificación técnica de aquellos hechos extraordinarios.

Además, la imaginación de las primeras comunidades cristianas contribuyó a crear relatos extraordinarios, no exentos de fantasía, para resaltar y mitificar la figura de

Jesús como profeta y mesías. Por ello, el estudio de los milagros atribuidos a Jesús resulta un desafío complejo.

Desde el punto de vista teológico, es fácil afirmar que todos los milagros fueron reales; pero desde la perspectiva histórica, la cuestión es mucho más espinosa y genera un amplio debate entre los especialistas.

El reconocimiento histórico de los milagros

Históricamente, existe un respaldo casi unánime para afirmar que Jesús de Nazaret fue percibido en su tiempo como un profeta capaz de realizar actos extraordinarios o sobrenaturales. Esta percepción se basa en la abundancia de relatos sorprendentes que se le atribuyen durante su vida pública.

Hasta el punto de que los milagros son los eventos con mayor apoyo histórico dentro de su biografía. Diversas fuentes —los evangelios sinópticos, el *Evangelio Juan* y la llamada *Fuente Q*— coinciden en describir estos hechos.

Incluso un historiador independiente, Flavio Josefo, escribió al respecto: «En aquel tiempo apareció Jesús, hombre sabio, autor de hechos asombrosos y maestro de gente que recibe con gusto la verdad».

No obstante, al analizar los treinta y cuatro milagros mencionados en los evangelios, los expertos estiman que solo once podrían tener posibilidades razonables de ser genuinos, según los criterios históricos de autenticidad. Esta aparente contradicción —afirmar que realizó milagros, pero dudar de la autenticidad de muchos de ellos— requiere una explicación más detallada.

Tipología de los milagros

Los evangelios narran que realizó cuatro tipos de milagros:

1. Exorcismos (7 casos)
2. Curaciones (19 casos)
3. Resurrecciones (3 casos)
4. Control sobre la naturaleza (5 casos)

Además, existen referencias generales que afirman que en distintas ocasiones curó a multitudes con diversas enfermedades, y que hubo otros milagros que ni siquiera se llegaron a registrar.

Milagros con mayor probabilidad histórica

Según los estudios actuales, los hechos extraordinarios con mayor probabilidad de haber sido realizados por el Jesús histórico son los siguientes:

- Curación del hijo del centurión
- Curación de un sordomudo
- Resurrección de la hija de Jairo
- Curación del endemoniado de Gerasa
- Curación del muchacho poseído por un espíritu maligno
- Liberación de los demonios de María Magdalena
- Curación del paralítico bajado por el techo
- Curación del enfermo del estanque de Betesda
- Recuperación de la vista de Bartimeo
- Curación del ciego en Betsaida
- Curación de un ciego de nacimiento
- Relatos de días en los que realizó múltiples curaciones

Opinión de los especialistas sobre los milagros

Está bien documentado que Jesús fue considerado autor de actos extraordinarios, pero cuando se analizan los casos concretos surgen numerosas dudas técnicas e históricas. Para comprender mejor esta paradoja, se resumen a continuación las principales conclusiones de los especialistas:

- Curaciones de ciegos: Son las mejor respaldadas históricamente, ya que varias fuentes independientes las mencionan y confirman.
- Sanaciones de enfermedades y corrección defectos físicos: Cuentan con un buen soporte documental y coherencia narrativa.
- Exorcismos: Tienen respaldo histórico débil. Muchas tratan de presentar a Jesús como vencedor del demonio, aunque probablemente algunas se basen en trastornos mentales o relatos legendarios.
- Curaciones de leprosos: Es probable que curara a varios enfermos de lepra, una dolencia común en su época. No obstante, los dos casos específicos relatados en los evangelios no se consideran seguros. Además, tocar a un leproso implicaba violar la Ley de Moisés, lo que habría complicado seriamente su situación.
- Milagros sobre la naturaleza (calmar tempestades, multiplicar panes y peces, secar la higuera, convertir el agua en vino): Son considerados creaciones de la Iglesia primitiva. Por ejemplo, la multiplicación de los panes podría haberse originado en un banquete al aire libre

compartido con sus seguidores, al que posteriormente se añadieron elementos teológicos.

- Resurrecciones: Diversos testimonios afirman que Jesús devolvió la vida a personas muertas y que sus discípulos lo creyeron sinceramente. Por el contrario, los tres casos específicos narrados en los evangelios no se consideran auténticos desde el punto de vista histórico.

La paradoja de los milagros

Llegados a este punto, surge una pregunta esencial: ¿Le hacía realmente falta a Jesús de Nazaret realizar tantos actos extraordinarios para cumplir su misión?

Es evidente que los milagros ayudaron a atraer la atención hacia su persona y su mensaje. No obstante, comprobar cómo Juan el Bautista, quien no realizó milagros conocidos, alcanzó tan gran prestigio como predicador, no hace sino demostrar que la fuerza de la palabra podía bastar para ganar seguidores.

Incluso, algunos especialistas sugieren que la fama de Jesús como «milagrero» pudo perjudicarlo, generando celos y envidia entre la élite sacerdotal, que se sintió amenazada por su carisma y popularidad.

Pero aquí aparece la gran contradicción ya comentada en apartados anteriores:

- Un hombre que, según los evangelios, curó a tantos habitantes de Galilea y Judea durante más de dos años, debería haber dejado una huella más profunda y reconocible en la región.

- Tampoco resulta fácil entender por qué la gente, que le tenía que estar sumamente agradecida, no lo defendiera con mayor fervor cuando fue juzgado y condenado.
- Y, desde luego, cuesta creer que sus actos de bondad y caridad se volvieran en su contra durante su juicio ante las autoridades judías y romanas.

Reflexión final

En última instancia, quizá no importe tanto si cada milagro puede verificarse históricamente, si podemos estar razonablemente seguros de que Jesús de Nazaret fue un profeta que realizó hechos extraordinarios.

Curó a ciegos, paralíticos, enfermos mentales, leprosos y personas consideradas poseídas por demonios; e incluso, según sus discípulos, devolvió la vida a los muertos. Aunque no podamos precisar históricamente con exactitud *cómo, dónde, cuándo* ni *cuántos* fueron estos milagros, su actividad sanadora formó parte esencial de su predicación.

Y así debe entenderse: no como una colección de prodigios aislados a justificar, sino como expresión profunda de su mensaje de compasión, fe y esperanza.

CAPÍTULO 3.- (PARTE SEGUNDA)

VIDA PÚBLICA DE JESÚS DE NAZARET

3.3.- Bautismo: primer paso de la vida pública de Jesús

3.4.- Buscando los mensajes de sus enseñanzas

3.5.- La última cena: último acto de la vida pública

3.3. Bautismo: primer paso de la vida pública de Jesús

Es común que quien se inicia en una religión —sea cual sea— comience su camino con un ritual o ceremonia dotada de dos significados fundamentales. Por un lado, suele ser un acto de purificación, que marca la separación de una vida anterior vivida al margen de esa fe. Por otro, implica asumir un compromiso: seguir las normas de la nueva doctrina y respetar su historia y propósito.

En definitiva, se trata de que la persona acceda purificada a un «nuevo estado» y dispuesta a integrarse en una «nueva comunidad», celebrando el comienzo de una «nueva vida».

También es habitual que en estas ceremonias se utilicen elementos naturales comunes, como el agua, el fuego, la sangre, la música o incluso la ingestión de sustancias rituales. A veces se busca, además, simbolizar la adquisición de algún poder especial, como el conocimiento, la percepción o ciertas cualidades que antes no se poseían.

Ahora bien, cuando Jesús de Nazaret se acercó a Juan el Bautista en el río Jordán para ser bautizado, ya era miembro del judaísmo, religión en la que había sido iniciado

mediante la circuncisión, cumpliendo así el requisito impuesto por su Dios para formar parte del pueblo elegido.

Lo que Juan ofrecía con su bautismo de agua era, además, un rito de perdón de los pecados y de preparación para la conversión. Prometía a quien lo recibiera la inclusión en un proceso trascendental aún por venir, proceso que el recién ungido sería encargado de liderar en los meses siguientes.

Debe reconocerse que, a priori, esta situación resulta compleja y ambigua, lo que dificulta una comprensión clara del sentido del ritual. Máxime si se considera que, hasta donde se sabe, Jesús de Nazaret jamás bautizó a nadie durante el ejercicio de su vida pública.

Entonces, pudiera ser que el bautismo de Jesús tuviera un valor simbólico o ejemplar, pero surge la pregunta: ¿para quién? Se sabe que le gustaba participar en las costumbres de su pueblo, pero recibir el bautismo de Juan fue una acción inusual, realizada ante un profeta muy carismático —aunque conocido como un «loco del desierto»— cuyas propuestas no formaban parte de ninguna tradición propiamente judía.

Además, al analizar el episodio del bautismo según las narraciones de los evangelios canónicos, las dudas todavía se acrecientan un poco más.

Efectivamente, quienes escribieron sobre Jesús en el último tercio del siglo I ya estaban profundamente influidos por las reinterpretaciones teológicas de Pablo de Tarso, quien subrayaba su divinidad por encima de su condición humana excepcional.

Esa influencia quedó reflejada en los textos evangélicos que, aunque proceden de épocas, escuelas y fuentes distintas, coinciden en la estructura general del pasaje del bautismo en el Jordán, aunque es verdad que también difieren en algunos detalles significativos.

Está claro que Jesús no necesitaba el perdón de los pecados, ya que, siendo elegido por Dios, no podía tener pecado alguno. La mera idea de que fuera un «presunto pecador» habría constituido un obstáculo fundamental para su misión evangelizadora. Por ello, los evangelistas se esforzaron en minimizar esta posible interpretación en la primera parte del relato, hasta el momento en que ya había sido bautizado.

Así, el *Evangelio Marcos* afirma: «Jesús se presentó directamente a ser bautizado». Mateo y Lucas, siguiendo la *Fuente Q*, narran que: «Un día en que se bautizaba mucha gente, apareció Jesús y fue bautizado». El *Evangelio Juan*, en cambio, no describe el bautismo, sino que recoge el testimonio de Juan Bautista: «Aquel sobre quien veas descender y posarse el Espíritu, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo».

Pero una vez que Jesús está bautizado, los evangelios coinciden en resaltar, mediante una versión casi unánime, su naturaleza divina a través de sucesos extraordinarios: «los cielos se abrieron, el Espíritu descendió en forma de paloma y se oyó una voz desde lo alto que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco»».

Pero estos relatos no constituyen hechos verificables del Jesús histórico, sino interpretaciones teológicas elaboradas

por seguidores que no fueron testigos directos de los acontecimientos. Ellos se limitaron a transmitir una versión comúnmente aceptada en las primitivas comunidades.

Por el contrario, está comprobado que Jesús nunca practicó el bautismo como rito durante su vida pública. Si hubiera sido un elemento esencial de su doctrina, lo habría promovido de manera explícita, pero no fue así.

Además, la idea de que instituyó el bautismo como un sacramento no se apoya en hechos históricos, sino en elaboraciones teológicas posteriores, que no resisten un análisis crítico riguroso. Por ejemplo:

- En el *Evangelio Mateo*, la fórmula trinitaria de «bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» proviene de las comunidades paulinas de Siria en el último tercio del siglo I, no del Jesús histórico.
- El pasaje final del *Evangelio Marcos*: «Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva», no aparece en los manuscritos más antiguos (el Vaticano y el Sinaítico), y se considera un añadido del siglo II tomado de un catecismo pascual.
- En el *Evangelio Lucas*, el discurso final a los discípulos es una composición del propio autor.

Juan el Bautista había dicho: «Yo os bautizo con agua, pero viene uno que os bautizará con fuego y Espíritu». Esta afirmación fue entendida, en los primeros años del cristianismo, como la promesa de que el bautismo otorgaba a quien lo recibía poderes especiales, como la revelación, la capacidad profética o el don innato de lenguas.

Esta interpretación propició la aparición de numerosos profetas espontáneos, que terminaron generando una considerable confusión doctrinal. Hasta que Pablo de Tarso prohibió todo tipo de manifestaciones que no provinieran de obispos o presbíteros «autorizados».

Los fieles debían centrarse en la obediencia, la disciplina y el orden, lo que se conoció como la «gracia de estado». Este concepto, tan ambiguo, acabó por «descafeinar» el sentido original del ritual bautismal.

Lo que sí parece muy plausible es que, tras su bautismo en el Jordán, Jesús se retirara al desierto para un tiempo de oración y reflexión sobre el camino que debía emprender. Poco importa si ese retiro duró tres o cuarenta días, o si fue tentado o no por el demonio —los especialistas discrepan al respecto—, ya que esos momentos los vivió en soledad, sin testigos, y no acostumbraba a compartir con sus discípulos el contenido de sus experiencias más íntimas de oración.

En cualquier caso, resulta coherente pensar que necesitó ese tiempo para comprender —o, al menos, comenzar a comprender— cuál era su misión. Tras más de treinta años de vida en el anonimato, su retiro al desierto fue una forma poderosa de iniciar su vida pública y su predicación.

3.4. Buscando los mensajes de sus enseñanzas

Jesús de Nazaret dedicó su actividad de predicación pública —durante dos o quizá tres años— a explicar a sus paisanos una serie de conceptos inéditos para ellos.

Los temas principales de su enseñanza fueron:

- Predicar en qué consistía el Reino de Dios y explicar las implicaciones de conocerlo y aceptarlo.
- Recomendar normas de conducta y comportamiento individual para asegurar la pertenencia a ese Reino.
- Advertir sobre ciertos impedimentos concretos que dificultaban o impedían el acceso al Reino de Dios, especialmente para ricos, poderosos y miembros de las castas sacerdotales.
- Afirmar que el Reino de Dios representaba la esperanza y el destino natural para marginados y gente que sufría.
- Explicar cómo debía evolucionar el judaísmo, en el cumplimiento de la Ley de Moisés, para renovar su alianza con Dios.
- Describir con detalle cómo se produciría la resurrección de los hombres en el Día del Juicio Final, cuestión que generaba gran inquietud entre el pueblo ante la aparente inminencia del acontecimiento.
- Profetizar sobre la cercanía del Fin de los Tiempos y la consecuente llegada del Juicio Final de Dios (aunque esta predicción resultara finalmente errónea).
- Presentar una nueva imagen de Dios como Padre y Señor, y enseñar a comunicarse con Él.
- Preparar a sus discípulos para que supieran qué hacer tras su desaparición del mundo terrenal.
- Disponer al pueblo para que pudiera comprender, llegado el momento, el significado de su muerte en la cruz como presunto delincuente sedicioso y peligroso.

Estas dos últimas misiones resultan discutibles, pues Jesús de Nazaret probablemente no tuvo la premonición de que sería ejecutado ni advino la proximidad de su muerte. Además, su pensamiento y su doctrina estaban basados en la creencia de un Fin del Mundo inminente, por lo que no se planteaba hacer planes a medio o largo plazo.

- **3.4.1. El Reino de Dios, eje central de su predicación**

El pueblo palestino, mayoritariamente judío, creía de manera natural e histórica en la existencia de un Dios único, superior a todos los demás dioses. Este Dios era concebido como el creador, desde la nada, de todo lo manifestado y no manifestado, de lo visible y lo invisible.

La raíz de esta fe tan arraigada residía en la herencia religiosa transmitida por los antepasados, centrada en la necesidad de manifestar la sumisión a Dios mediante el cumplimiento de las obligaciones derivadas de la Alianza.

Al mismo tiempo, esta creencia ofrecía una explicación «racional» de la grandeza del universo, entendido como obra del Dios único en beneficio del ser humano.

En este contexto, resulta comprensible que el pueblo judío mostrara una actitud muy receptiva hacia cualquier enseñanza que afirmara la existencia de un reino real perteneciente a ese Dios, pues la idea del Reino estaba profundamente arraigada en su imaginario colectivo.

Como pueblo elegido, soñaban con la llegada de su Dios con todo su poder, imponiéndose sobre las demás naciones bajo el dominio de las doce tribus de Israel, inaugurando así el reinado definitivo de Dios sobre la humanidad.

Jesús de Nazaret asumió una tarea fundamental: transformar por completo esa concepción tradicional. Quiso enseñar que el Reino de Dios no sería un poder terrenal ni un gobierno fuerte que dominara el mundo, sino un destino espiritual que cada persona alcanzaría después de la muerte, tras su resurrección.

Para acceder a él, cada individuo debía vivir con justicia, pues sería Dios quien evaluaría su vida al final de su existencia. Quienes fueran hallados justos compartirían para siempre la gloria divina. Quienes no fueran hallados justos, tendrían que esperar nuevas oportunidades. Esta propuesta era mucho más profunda que la idea de un reino material y poderoso en la Tierra.

El Jesús histórico insistió, además, en que los más desfavorecidos y marginados serían quienes, con mayor seguridad, accederían a ese Reino espiritual: «Mi Reino no es de este mundo», les decía. Esta afirmación convirtió el Reino de Dios en un poderoso aliciente para un pueblo pobre y oprimido. Hasta el punto de que la única ocasión en la que aseguró la pertenencia directa al Reino fue al afirmar: «Dichosos los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios».

Asimismo, fue tajante al señalar quiénes nunca accederían a ese Reino de los Cielos: los ricos, los escribas, los sacerdotes, los fariseos y quienes no escucharan sus palabras ni las pusieran en práctica.

De este modo, estableció que ese acceso dependería de la calidad de las obras y acciones individuales. Esta visión suponía un principio de justicia muy valorado por el

pueblo, que era testigo de la vida demasiado acomodada de las élites religiosas y políticas.

Para aumentar el atractivo de su mensaje, Jesús afirmó que la llegada del Reino era inminente, lo que despertó una enorme expectativa y esperanza entre el pueblo.

La centralidad del «Reino de Dios» en su predicación está atestiguada por su frecuencia en los evangelios sinópticos, donde aparece hasta cincuenta y tres veces. A pesar de ello, nunca explicó de forma clara y directa su significado, lo que generó confusión e interpretaciones diversas.

Sus seguidores se hacían preguntas constantes:

- ¿El Reino sería terrenal o celestial?
- ¿Material o espiritual?
- ¿Estaba ya presente o llegaría en el futuro?
- ¿Sería solo para los judíos o para toda la humanidad?
- ¿Qué se necesitaba para formar parte de él?
- ¿Qué obstáculos había que superar?
- ¿Sería necesario morir antes de entrar?

Aunque Jesús no definió el Reino de Dios explícitamente, recurrió a numerosas parábolas para ilustrarlo, pues este concepto era el eje de su mensaje. Algunas de las más conocidas fueron: *El tesoro escondido*, *La perla preciosa*, *El grano de mostaza*, *La semilla que crece*, *La cizaña*, *La levadura*, *El banquete*, *Las minas*, *La gran cena* y *La red con la pesca*.

Aunque no todas pueden atribuirse con certeza al Jesús histórico, todas reflejan la esencia de su pensamiento. En

conjunto, transmiten la idea de que el Reino de Dios es un proceso que comienza como una semilla plantada por el sembrador: crece por sí misma, gracias a la acción libre de la naturaleza, hasta alcanzar su plenitud. Entonces se convierte en un refugio para quienes buscan cobijo. En sentido espiritual, significa que el Reino llegará a su plenitud y será el hogar eterno de quienes lo acepten.

A través de estas enseñanzas, mostró que el Reino de Dios:

- No es material, sino espiritual.
- No existe aún plenamente, sino que está por venir.
- No tiene origen terrenal, sino celestial.
- Llegará después de la muerte, tras un juicio individual.
- Está muy próximo, por lo que hay que estar vigilantes.

Esto no significa que concibiera el Reino como una utopía lejana. Por el contrario, durante su predicación afirmó que ya existían señales de su presencia, especialmente a través de los exorcismos, entendidos como la victoria del Reino de Dios —representado por Jesús— sobre el Reino de Satán —representado por el demonio—.

El signo definitivo de la llegada del Reino sería, pues, la completa eliminación del mal en todas sus formas.

El gran problema posterior fue que la predicción no se cumplió, y su mensaje quedó inconcluso. La consecuencia fue la confusión y desorientación entre las primeras generaciones cristianas, que esperaban con urgencia la llegada del Reino prometido.

La Iglesia primitiva intentó resolver esta situación:

1. Separó las ideas del Juicio Final y del Reino de Dios. Se enseñó que el Reino seguía formándose sin una fecha fija, y que mientras tanto las personas justas entrarían en él tras un juicio personal inmediato.
2. Cambiaron directamente el tiempo previsto para su llegada, condicionando su cumplimiento a ciertos hitos, como la predicación del Evangelio a todas las naciones.

Pero muchos especialistas sostienen que estas condiciones no fueron establecidas por el propio Jesús, sino que fueron desarrolladas después de su muerte, ya sea por la Iglesia primitiva o por los redactores de los evangelios. Algo similar ocurrió con las narraciones sobre el Final de los Tiempos y el Juicio Final, que tampoco aclaran el sentido original del mensaje.

Los seguidores de Jesús de Nazaret —los nazarenos— estaban convencidos de que, cuando su maestro les hablaba del Reino de Dios, se refería a un acontecimiento inminente. Así lo reflejan frases como: «Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin haber visto al Hijo del hombre llegar en su Reino» o «No pasará esta generación hasta que todo esto suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán».

Como los nazarenos creían que el Reino llegaría pronto, se preguntaban qué ocurriría con quienes estuvieran vivos en ese momento. Si, como parecía, era necesario morir y resucitar para entrar en él, surgían dudas.

¿Morirían todos juntos? ¿Cómo sería esa resurrección? ¿Y qué pasaría con quienes ya habían muerto?

También se debatía la naturaleza de esa resurrección: ¿sería física o espiritual? La idea de volver a la vida con el mismo cuerpo causaba inquietud, especialmente en el caso de enfermos, discapacitados o ancianos.

El único indicio que dejó Jesús al respecto aparece en su diálogo con los saduceos: «Los resucitados no toman mujer ni los resucitados toman marido; antes bien, son como los ángeles del cielo». Esta respuesta fue entendida como una afirmación de una resurrección espiritual, y no corporal.

En cualquier caso, ¿cómo afrontaron sus seguidores el hecho de que las predicciones sobre el Reino y el Juicio Final no se cumplieran? La respuesta es que no tuvieron mucho tiempo para reflexionar. Hacia el año 50, Pablo de Tarso reinterpretó el mensaje de Jesús, dándole un sentido más teológico y universal. Propuso convertir al mayor número posible de gentiles (no judíos) para acelerar la llegada del Reino y del Juicio Final, aunque nunca precisó cuál sería ese número.

Con el paso del tiempo, los seguidores de Pablo —cada vez más numerosos— fueron desplazando a los discípulos más fieles a Jesús, imponiendo así sus propias doctrinas.

- **3.4.2. Normas, méritos e impedimentos para entrar en el Reino de los Cielos o Reino de Dios**

Para comprender mejor el concepto del Reino de Dios, conviene conocer el de «justificación», que significa: las condiciones que una persona debe cumplir para ser considerada justa ante Dios y poder entrar en su Reino. Aunque no todos los cristianos primitivos entendían este

concepto del mismo modo, y coexistían diversas interpretaciones.

Para los judíos estrictos:

Creían que la justificación se alcanzaba cumpliendo al pie de la letra la Ley de Moisés, entregada en el monte Sinaí. Quien observaba todas sus normas podía ser considerado justo y, por tanto, salvarse. Para ellos no era necesario aceptar a Jesús, ni el bautismo, ni al Mesías, pues la salvación dependía exclusivamente del cumplimiento fiel de la Ley.

Para los primeros cristianos seguidores de Pablo:

Consideraban que la justificación provenía de la fe en Jesucristo, quien murió para redimir a la humanidad del pecado original. Esa fe se confirmaba mediante el bautismo, al que Pablo de Tarso llamó «la circuncisión espiritual». No obstante, esta condición de persona justa podía perderse si la fe no se vivía conforme a las enseñanzas de Jesús.

Para los seguidores de Jesús (los nazarenos):

Pensaban que la justificación era un regalo gratuito de Dios para quienes aceptaban las enseñanzas de Jesús y el mensaje del Reino de Dios. Para conservar esa condición de persona justa, era necesario cumplir los mandamientos fundamentales y practicar las buenas obras.

Los nazarenos, seguidores directos de Jesús, solían preguntar a su maestro: «¿Qué debemos hacer para ganar el

Reino de Dios?». Jesús les remitía entonces a las enseñanzas que ya les había transmitido:

- *Amar a Dios y al prójimo como a uno mismo.* Estas dos leyes eran las más importantes para entrar en el Reino, porque en ellas «se resumían la Ley y los Profetas».
- *Cumplir los Diez Mandamientos.* Jesús insistió en que seguir los mandamientos dados a Moisés seguía siendo esencial.
- *Grupos con ventaja para entrar en el Reino.* Afirmó que cuatro grupos gozaban de prioridad: los pobres, los hambrientos, los perseguidos y los que lloran, lo cual ofrecía esperanza a muchos que sufrían.
- *Advertencias sobre impedimentos.* Para entrar en el Reino, advirtió que la riqueza era un gran obstáculo de acceso, por lo que recomendaba desprenderse de los bienes y compartirlos con los pobres o con la comunidad. También alertó contra «los que están hartos», «los que viven despreocupados y entre risas» y «los que buscan constantemente halagos y alabanzas».
- *Consejos para mantener la condición de persona justa.* Aunque muchas enseñanzas del *Sermón de la Montaña* fueron redactadas posteriormente por la Iglesia primitiva, reflejan fielmente las ideas de Jesús sobre cómo llevar una vida justa y recta.

(Ver Nota 2 al final del capítulo, página 113).

- *Críticas a la casta sacerdotal.* Reprendió a escribas, fariseos y sacerdotes por imponer obstáculos que

impedían al pueblo acceder al Reino de Dios. Aunque estas críticas se dirigían principalmente a los líderes religiosos, algunas advertencias también afectaban a todos, como cuando Jesús insistía en que la oración debía hacerse con humildad y sin ostentación, para ser aceptada por Dios.

Nota: Muchas de las críticas atribuidas a Jesús contra los fariseos fueron probablemente añadidas por los autores de los evangelios. Es reconocido que Jesús compartía varias ideas fariseas y era muy riguroso en su interpretación de la Ley. Lo que irritaba al pueblo era la rigidez con que los fariseos imponían sus reglas.

- *Aceptar las enseñanzas de Jesús.* Jesús insistió en que para entrar en el Reino era necesario aceptar y vivir conforme a sus enseñanzas. No obstante, reconocía que la fe era un don de Dios y no solo una decisión humana.
(Ver Nota 2 al final del capítulo 5, página 169).

- *Dudas sin resolver.* Los nazarenos se preguntaban si los judíos que aceptaban la nueva enseñanza debían seguir cumpliendo todas las antiguas leyes o solo las nuevas. Estas dudas surgían de las aparentes contradicciones de su maestro: por un lado, defendía la Ley «sin cambiar ni una coma»; pero, por otro, en temas como la circuncisión, el ayuno o el sábado, se apartaba de su aplicación estricta.

En cualquier caso, gracias a la labor paciente de Jesús como maestro y guía doctrinal, las gentes rurales de las aldeas y pueblos de Palestina —su público principal— lograron formarse una idea clara de las implicaciones que asumían al aceptar la doctrina del Reino de Dios. Además, como

personas pobres, entendían que gozaban de una posición privilegiada para acceder a ese «reino feliz».

- **3.4.3. Una nueva imagen de Dios**

Lo habitual era que las personas asistieran a las predicaciones de Jesús solo cuando se realizaban cerca de sus aldeas. Las comunidades rurales judías se organizaban en torno al concepto de «familia de campo», donde todos los miembros convivían y colaboraban en tareas agrícolas y ganaderas. Por ello, viajar largas distancias o seguir a Jesús de manera constante resultaba difícil.

Eran gentes sencillas, ocupadas en sus quehaceres diarios, acostumbradas a pensar en un Dios único pero severo: un Dios que imponía normas estrictas, exigía obediencia total y castigaba duramente el incumplimiento. Un Dios invisible, desconocido en su aspecto, lejano, al que se temía más de lo que se amaba, y que debía ser aplacado mediante sacrificios frecuentes.

Jesús quiso transformar radicalmente esa imagen.

En lugar de un juez distante y castigador, presentó a Dios como un ser cercano, compasivo y paternal. Para ayudar a transmitir ese cambio, en sus enseñanzas utilizó con asiduidad dos nuevos términos. Primero, se refirió directamente a Dios como *Padre*, y segundo, explicó el significado del *Espíritu* como presencia viva de Dios que inspiraba el devenir cotidiano de la vida humana.

El empleo del término «Padre»

Jesús habló de Dios como *Padre* de dos formas distintas:

1. «Vuestro Padre» o «El Padre».

Con esta expresión enseñaba que Dios era cercano, amoroso, protector y siempre presente. Era un Padre que todo lo sabía, incluso los pensamientos más íntimos. Jesús mostraba que se podía confiar en Él como en un buen padre que guía, cuida, ayuda, corrige, provee y ama. Esta imagen aparece reiteradamente en el *Evangelio Mateo* y el *Evangelio Lucas*, probablemente procedente de la *Fuente Q*. Era una idea comprensible para el pueblo y les ofrecía consuelo y esperanza.

2.«Mi Padre».

Cuando Jesús usaba esta fórmula, el mensaje adquiría una dimensión más profunda y generó varias interpretaciones. Algunos creyeron que se consideraba el hijo natural de Dios, pero conviene recordar que en aquella época era común atribuir divinidad a personas excepcionales, y también era habitual referirse a Dios de modo familiar y coloquial como «Padre».

El *Evangelio Juan* y el *Evangelio Lucas* insistieron, más tarde, en la idea de Jesús como Hijo verdadero de Dios, siguiendo la teología desarrollada por la Iglesia primitiva tras su muerte.

No obstante, la mayoría de los especialistas coinciden en que Jesús no se consideró a sí mismo hijo natural de Dios, aunque sí se sintió elegido de manera especial y dotado de dones extraordinarios.

Así lo reconoció el *Evangelio Marcos*, que describe cómo Jesús fue «adoptado» como Hijo de Dios durante su

bautismo en el Jordán. Tampoco se identificó como el Mesías libertador prometido en las Escrituras, aunque asumió la responsabilidad de reformar la práctica religiosa popular del judaísmo y renovar los términos de la Alianza.

Asimismo, no se consideró el «Hijo del Hombre» apocalíptico que, según las visiones, acompañaría a Dios en el Fin de los Tiempos.

El empleo del término «Espíritu»

Jesús utilizó el término *Espíritu* —a veces «Espíritu Santo»— como herramienta fundamental para acercar a las personas a una nueva comprensión de Dios.

Para él, ambos términos se referían al modo en que Dios actuaba directamente en la vida humana cotidiana, sin hacerse visible. A través de su Espíritu, Dios ofrecía energía, ánimo, inspiración y conocimiento, mostrando así su constante presencia y cuidado. Nadie debía sentirse solo ni abandonado.

Este sentido aparece reflejado en las setenta y una veces que el término se menciona en los evangelios canónicos. En cambio, en las cuarenta y cinco ocasiones en que aparece en los *Hechos de los Apóstoles*, el mensaje es distinto: se utiliza para resaltar el origen divino de la inspiración que acompañaba a los apóstoles en su misión evangelizadora.

Esto anticipa el concepto de la Trinidad —de la cual el Espíritu Santo formaría parte—, aunque el Jesús histórico nunca propuso tal idea. Para él, el Espíritu no era una persona distinta del Padre, sino la forma concreta en que Dios actuaba en la vida cotidiana de las personas.

En ocasiones, Jesús usó el término *espíritu* para referirse a la parte divina que habita en el ser humano y lo distingue de los demás seres vivos. Decir que el ser humano fue creado «a imagen y semejanza de Dios» resultaba difícil de entender, pues nadie había visto a Dios y, siendo único, no podía haber otro igual. Se interpretó entonces que lo que hace al ser humano semejante a Dios es su alma inmortal, en la que reside ese espíritu divino, formado de la misma esencia de Dios.

De esta manera, Dios dejó de ser percibido como una entidad lejana y externa, para pasar a estar dentro de cada persona creyente. Jesús enseñó que el espíritu de Dios habita en el alma humana, y que la semejanza con Él no es física, sino espiritual.

Esta nueva visión proponía una experiencia íntima y profunda: Dios ya no era un ser poderoso y temido, sino un Padre cercano, presente en cada decisión, emoción y momento de la vida. Conocía las necesidades y hasta los secretos más profundos de cada ser humano.

Propuesta de una nueva forma de oración

Para consolidar este cambio de imagen, enseñó una nueva manera de dirigirse en oración al «Dios-Padre»:

- Puesto que Dios conocía todos los secretos del corazón humano, el creyente debía recogerse en su habitación, cerrar la puerta y orar en silencio, conectando con su interior y hablándole con palabras sencillas.
- Podía también recitar la oración que Jesús enseñó en arameo: «Padre, santificado sea tu nombre, venga tu

reino, hágase tu voluntad. El pan de cada día dámelo hoy y perdóname mis deudas, así como yo perdono a mis deudores, y líbrame de la prueba».

- Jesús advirtió, además, contra las oraciones arrogantes, realizadas en voz alta, buscando la aprobación de otros o con desprecio hacia los demás. La verdadera oración debía ser humilde y fiel a los mandamientos esenciales: *amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo*.

El mensaje final

El mensaje de Jesús de Nazaret fue claro y profundamente transformador:

Dios ya no era el Dios lejano y temido del *Antiguo Testamento*, sino un Padre cercano, compasivo y siempre dispuesto a acoger a quien acudiera a Él con fe y confianza.

Con esta renovación espiritual, ofreció consuelo, dignidad y esperanza a un pueblo sencillo, que aprendió a ver a Dios no como un juez distante, sino como un Padre que los conocía, los amaba y nunca los abandonaría.

3.4.4. Una nueva visión de la Ley de Moisés

Jesús de Nazaret asumió un gran desafío al presentarse como mediador entre Dios y el pueblo judío, con la intención de renovar algunos aspectos de la Alianza.

Era consciente de que esta renovación provocaría tensiones con la jerarquía religiosa —escribas, sacerdotes y fariseos—, que se consideraban los celosos y exclusivos guardianes de la Ley de Moisés.

Del mismo modo también sabía que el pueblo llano no se opondría a sus propuestas, pues estas ofrecían alivio, esperanza y dignidad a los marginados, enfermos y desamparados. Además, aliviaban las rígidas exigencias religiosas impuestas por el Templo, centro del culto judío.

De manera que los evangelios canónicos reflejan con claridad los continuos conflictos entre Jesús y los líderes religiosos. Aunque podría parecer que aquellos enfrentamientos se debían a cuestiones normativas —como el sábado, la circuncisión, el divorcio, el ayuno, los juramentos o las normas de pureza—, sus propuestas no fueron tan radicales como para justificar el profundo rechazo que provocó en la casta sacerdotal.

El propio Jesús afirmó: «No he venido a abolir la Ley, sino a darle cumplimiento». Entonces, ¿en qué consistía ese *mejor cumplimiento* de la Ley de Moisés?

Revisión de algunos puntos clave de la Ley

1. Sobre la circuncisión

Jesús de Nazaret no se pronunció de manera explícita a favor o en contra de la circuncisión. En una ocasión, al discutir con los fariseos acerca del sábado, puso como ejemplo una acción «permitida» en ese día: realizar la circuncisión. Esto podría interpretarse como señal de que no se oponía a dicha práctica.

Por ello, resulta difícil entender por qué Pablo de Tarso afirmó con tanta contundencia: «Si os circuncidáis, de nada os aprovechará el Cristo». Esa declaración parece más bien

una interpretación teológica posterior, algo alejada del pensamiento original de Jesús.

Ahora bien, facilitar la incorporación de adultos al cristianismo era otra cuestión. En ese contexto, eliminar la obligación de la circuncisión resultaba muy razonable, especialmente por tratarse de un rito doloroso y complejo para los conversos adultos.

La práctica, además, había recibido críticas generalizadas por diversos motivos:

- Porque solo se aplicaba a los hombres, lo que algunos veían como una muestra de desigualdad.
- Por su carácter sangriento y doloroso, sobre todo para las personas adultas.
- Porque convertía al varón judío en una especie de «propiedad» de Dios, algo difícil de aceptar fuera del ámbito cultural hebreo.

2. Sobre el ayuno

Jesús relativizó el valor del ayuno como práctica religiosa. Su mensaje fue claro: si existía una necesidad, no debía negarse el alimento bajo pretexto de una norma estricta. Los alimentos habían sido puestos por Dios en la tierra para el sustento del ser humano.

Cuando dijo: «No os preocupéis por lo que habéis de comer», enseñaba que la verdadera fe consistía en confiar en la providencia divina.

Por tanto, el ayuno riguroso no debía imponerse por encima de las necesidades básicas.

3. Sobre el divorcio y el repudio de la mujer

En una sociedad marcadamente patriarcal, donde los hombres podían repudiar a sus esposas por motivos triviales, Jesús defendió la dignidad e igualdad de la mujer y se opuso al repudio.

Consideró que el matrimonio unía al hombre y a la mujer para siempre, lo que suponía una crítica directa a una práctica legalmente aceptada, pero injusta.

4. Sobre el sábado

Uno de los conflictos más notorios con los fariseos fue el relativo al sábado. Jesús resumió su postura en una frase que se volvió emblemática: «El sábado es para el hombre, y no el hombre para el sábado».

Con ello desactivaba el excesivo legalismo, proponiendo el sentido común y la misericordia como criterio de acción. Hacer el bien, sanar o ayudar nunca debía quedar subordinado a una norma ritual.

5. Sobre las normas de pureza

Cuestionó la obsesión por la pureza ritual y lo resumió con una frase magistral: «La verdadera pureza reside en el interior del hombre; lo que sale del corazón puede hacerlo puro o impuro, pero nada de lo que entra desde fuera puede mancharlo».

Así, la impureza moral —la calumnia, el odio o el juicio injusto— tenía más peso que cualquier impureza ritual. Por eso tocó a leprosos, se acercó a marginados y antepuso la compasión a la norma.

6. Sobre los juramentos

Para Jesús de Nazaret, los juramentos eran innecesarios. Lo importante era la honestidad cotidiana: bastaba con la palabra dada. La integridad debía ser tan firme que un simple «sí» o «no» tuviera el mismo valor que un juramento solemne.

Un reformador sin violencia

A pesar de sus discrepancias con ciertos aspectos de la Ley, no fue un revolucionario violento ni un transgresor radical. Sus diferencias doctrinales, por sí solas, no justifican el odio que despertó entre los líderes religiosos.

Tampoco lo justificaban:

- Su supuesta profecía sobre la destrucción del Templo y su reconstrucción en tres días, una «profecía *ex eventu*», es decir, formulada después de ocurridos los hechos.
- Su ambigüedad sobre el alcance de su misión: el mismo Jesús histórico no tuvo plena claridad sobre si debía dirigirse solo al pueblo judío o también a los gentiles.
- Ni el hecho de que la casta sacerdotal no lo reconociera como Mesías. La idea de un Mesías pacífico no encajaba con las expectativas de un libertador político que expulsara a los romanos.

¿Qué enfadó entonces tanto a los dirigentes religiosos?

Entre los hechos históricamente constatados destacan:

- Que muchas veces los desacreditó públicamente.
- Que cuestionó la centralidad del Templo.

- Que los calificó de legalistas extremos.
- Que criticó abiertamente su forma de aplicar la Ley.
- Que les exigió aceptarle bajo amenaza de condena.
- Que los excluyó explícitamente del Reino de Dios.

Entre los hechos no constatados históricamente figuran:

- Que se autoproclamara Mesías.
- Que se autoproclamara Rey de los Judíos.
- Que profetizara la caída y reconstrucción del Templo de Jerusalén en tres días.

Todo indica que fue, sobre todo, la constante crítica pública de Jesús a la jerarquía sacerdotal —por su falta de moral, su hipocresía, su modo de vida corrupto y su manipulación interesada de las normas— lo que encendió el odio que culminó en su procesamiento y crucifixión.

En definitiva, ¿qué cambios legales propuso Jesús?

- Jesús de Nazaret no abolió la Ley de Moisés, pero la reinterpretó desde el amor, la justicia, la misericordia y el sentido común.
- Propuso una práctica centrada en la persona antes que en el rito, en la compasión antes que en el legalismo, y en el corazón antes que en la obediencia ciega.
- Eso fue, precisamente, lo que más molestó a las autoridades religiosas: no que discutiera las leyes, sino que denunciara el modo injusto en que las aplicaban. Y no se lo perdonaron.

- **3.4.5. Preparación y misión de los doce apóstoles**

Era raro ver a Jesús caminando solo durante su tiempo de predicación. Casi siempre estuvo acompañado por las mismas personas, que decidieron seguirlo en cuanto se lo pidió. Quienes los veían se hacían unas preguntas muy naturales: ¿quiénes eran estos hombres?, ¿a qué se dedicaban?, ¿por qué los había elegido?

El detalle de que fueran doce los hombres escogidos se entendió, con el tiempo, como un símbolo de las doce tribus de Israel. Esto reforzaba la idea de que Jesús era el Mesías esperado. Pero, puesto que estos doce hombres provenían de familias muy humildes —la mayoría eran pescadores y analfabetos—, parecía que era muy poco lo que podían aportar a su misión, más allá de ofrecerle su compañía y su amistad.

Lo cierto es que pasó muchas horas con estos hombres sencillos. Vivió con ellos durante semanas y meses: les explicó con calma quién era, qué debía hacer y las partes más difíciles de su enseñanza. Compartieron caminos llenos de polvo, comidas sencillas e incluso momentos en los que los corrigió y reprendió. Aun así, siempre les hizo saber que eran muy valiosos para él.

Estaba convencido de que el fin del mundo se acercaba, porque el Reino de Dios también estaba próximo. Esto es algo compartido por la inmensa mayoría de los estudiosos del Jesús histórico. Por eso, resulta difícil entender por qué dedicó tanto tiempo a enseñar a sus discípulos. Si todo iba a terminar (o a comenzar, según cómo se vea) muy pronto, ¿para qué prepararlos con tanto cuidado? Esa dedicación

solo tendría sentido si hubiera planeado crear una nueva religión, pensando en que sus discípulos la difundieran después de su partida.

Pero eso implicaría que Jesús sabía que iba a morir pronto, y al menos en las primeras etapas de su predicación no parece que tuviera claro cuál sería su destino. Incluso muchos especialistas creen que los pasajes de los evangelios en los que anuncia a sus discípulos su muerte y resurrección —que aparecen hasta tres veces— no fueron originales. Según esta teoría, habrían sido añadidos más tarde por el autor del *Evangelio Marcos*, y después copiados por los autores del *Evangelio Mateo* y del *Evangelio Lucas*.

Por otra parte, en los evangelios se dice que los animó a no preocuparse por no saber lo suficiente, porque cuando llegara el momento, el Espíritu Santo los guiaría y les mostraría qué decir y qué hacer. Por eso, parece que tampoco intentaba prepararlos para una tarea específica, ya que el conocimiento les llegaría después, como un regalo divino «por añadidura».

Entonces, ¿cuál fue su papel?

Durante el tiempo en que Jesús predicaba, los discípulos cumplieron una función sencilla, pero muy importante: fueron sus mensajeros, compañeros y amigos, pero sobre todo, testigos directos de lo que él dijo e hizo.

Al rechazar la idea de que los evangelios fueron escritos por inspiración divina —debido a la clara «intención humana» que tuvieron en su elaboración—, los discípulos, después de la muerte del maestro, se convirtieron en piezas clave de

la historia. Solo quienes vivieron con Jesús podían hablar de él con autoridad y conocimiento.

Más adelante, otros tomaron sus relatos y los adaptaron o ampliaron, llegando incluso a modificar profundamente el papel que les habría asignado a los discípulos para el futuro. Pero ellos se limitaron a contar lo que vivieron.

Resulta interesante destacar que el único momento en que se les reconoció un papel activo propio está relacionado con un pasaje de veracidad histórica muy dudosa. Ocurrió cuando, según los relatos, Jesús los envió de dos en dos por distintos pueblos y aldeas, por delante de él, para anticipar y preparar su visita. Para ello, les dio instrucciones concretas, poderes milagrosos y el apoyo del Espíritu Santo. No sorprende que volvieran emocionados: habían pasado de ser pescadores toscos e ignorantes a realizar milagros, expulsar demonios y ofrecer discursos inspirados.

Pero, dejando de lado la fantasía, lo más probable es que, en algún momento, simplemente enviara a sus discípulos —o quizá a algunos fieles seguidores— en pequeños grupos a las aldeas vecinas para que fueran ensayando la predicación de manera sencilla.

Más tarde, los evangelistas adornaron estos hechos para darles más importancia de la que realmente tuvieron, con el propósito de presentar a los discípulos como los primeros pilares de la futura Iglesia cristiana.

Esto ya muestra una intención más manipuladora. Desde luego, al escribir los evangelios, ya se estaban construyendo los fundamentos de una nueva institución: la Iglesia. El

tiempo del Jesús histórico había quedado atrás, y era muy tentador reinterpretar los hechos para darles un significado teológico fundacional distinto.

Lo que es irrefutable es que, sin los discípulos, no se habría podido conocer la vida de Jesús de Nazaret. Esta afirmación no admite duda, aunque la casi total ausencia de información sobre ellos se convierte en una laguna muy difícil de justificar. Hay discípulos de los que no se conoce absolutamente nada: apenas su nombre, y eso con reservas. Incluso la mayoría no es mencionada ni una sola vez en el *Libro de los Hechos de los Apóstoles*.

¿Tiene esto algún significado?

Desde luego. No se puede pasar de ese anonimato individual y colectivo a ser las figuras centrales en la propagación de una nueva religión. No resulta un planteamiento convincente, máxime si se tiene en cuenta que Pablo de Tarso los apartó de la escena, quedando como protagonista único del nuevo cristianismo. Años más tarde, los autores evangélicos quisieron hacer justicia con ellos, adornándolos con una serie de atributos y funciones inventadas, pero que no fueron reales.

Por eso, se entiende perfectamente que los pasajes donde se otorga a los discípulos un papel clave como fundadores del cristianismo no tuvieron su origen en las palabras de Jesús, sino que fueron añadidos posteriores.

Un ejemplo claro se encuentra en el *Evangelio Mateo*, el único que dice que Jesús prometió a Pedro: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» y le dio las llaves del Reino de

los Cielos. En ese mismo evangelio, también concede poder al resto de los discípulos al decir: «Donde estén reunidos dos o tres en mi nombre, allí estaré en medio de ellos».

Por el contrario, el *Evangelio Marcos*, el *Evangelio Lucas* y el *Evangelio Juan* no mencionan en ningún momento que Jesús hubiera fundado una Iglesia. ¿Por qué? La explicación más probable es que el autor del *Evangelio Mateo* apoyaba firmemente a Pedro y la tradición judía, y creó esos pasajes con un propósito claro: reforzar el liderazgo de Pedro y legitimar la organización que estaba naciendo, la Iglesia.

Otro ejemplo importante de improvisación acerca del papel de los discípulos aparece en el *Evangelio Juan*, donde se cuenta que Jesús, después de resucitar, se les apareció y dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengáis, les serán retenidos».

Esta frase, que otorgaba a los discípulos el poder de perdonar pecados, también es recogida en el *Evangelio Mateo*. Solo hay un problema: en uno de los evangelios esto sucede después de la resurrección, y en el otro, mucho antes de la pasión, lo que genera dudas sobre su autenticidad. Además, se sabe que el pasaje del *Evangelio Juan* fue escrito con enfoque más teológico que histórico.

Respecto al presunto mandato de ir por todo el mundo a extender el Reino de Dios, en el apéndice final del *Evangelio Marcos* se dice que Jesús, antes de subir al cielo, encargó a sus discípulos: «Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Noticia a toda la creación». Pero la mayoría de especialistas considera que este pasaje fue

agregado años más tarde por otro autor distinto. También, en el *Evangelio Mateo*, les dice: «Vayan y enseñen a todas las naciones», pero este pasaje refleja más bien el interés particular del autor por justificar la evangelización prioritaria de los no judíos.

En cuanto al privilegio de juzgar a las doce tribus de Israel en el Reino de los Cielos, este testimonio aparece tanto en el *Evangelio Mateo* como en el *Evangelio Lucas*. Ambos lo tomaron de la *Fuente Q* y coinciden en repetir la frase:

«Ustedes son los que han estado conmigo en mis pruebas, y yo les concedo un reino [...] para que coman y beban a mi mesa en mi reino, y se sienten en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel».

Aunque este pasaje reflejaba con bastante precisión lo que pensaba el Jesús histórico —quien creía que el fin del mundo estaba cerca y quería dar a sus seguidores un papel importante en ese momento final—, fue una promesa sin fecha concreta, que quedó —y quedará— pendiente hasta el «fin de los tiempos».

Efectivamente, más de dos mil años después, todavía esa promesa no se ha cumplido, y hoy resulta incluso más incierta que en los primeros tiempos del cristianismo.

Por último, sobre el bautismo, el *Evangelio Marcos* —en su apéndice añadido— menciona que encargó a sus discípulos administrarlo como un sacramento. Pero no hay certeza alguna de que Jesús quisiera que el bautismo fuera un rito sagrado. Durante su vida pública no lo practicó ni le dio un significado especial en sus enseñanzas.

Seguramente que, al principio, el bautismo se viera solo como un rito sencillo de iniciación de los nuevos creyentes, sin que tuviera un valor espiritual profundo. Con el tiempo, se le quiso dar un sentido más importante, aunque finalmente fue Pablo de Tarso quien puso límites a esas interpretaciones más «espirituales» o exageradas.

Cuando se habla de los discípulos, resulta imposible no mencionar el *Libro de los Hechos de los Apóstoles*, puesto que relata lo que hicieron algunos de ellos después de la muerte del maestro.

En la práctica, este libro presenta muchos problemas para los estudiosos. Para empezar, la tradición cristiana sostenía que fue escrito por el mismo autor del *Evangelio Lucas*, pero los estudios muestran que fue redactado por otra persona, al menos treinta años después. Es cierto que pertenecía a la misma escuela teológica, pero no se trataba del mismo autor. Además, el texto contiene una gran cantidad de imprecisiones, especialmente sobre los viajes de Pablo de Tarso.

Lo cierto es que el libro fue escrito con fines teológicos y políticos, para:

- Culpar a los judíos por la muerte de Jesús.
- Mostrar a los romanos como inocentes o neutrales.
- Promover la paz entre cristianos y romanos.
- Disminuir las tensiones entre Pedro y Pablo.
- Afirmar que Pedro apoyaba evangelizar a los no judíos.
- Presentar a Pablo como el gran líder de la Iglesia.

- Proclamar a la Iglesia como el nuevo pueblo de Dios.
- Decir que la Iglesia heredaba la antigua Alianza.
- Resaltar que el Espíritu Santo guiaba a los apóstoles.

En la práctica, el *Libro de los Hechos de los Apóstoles* no ha servido de mucho para entender al Jesús histórico. Incluso, a menudo, entra en conflicto con lo que dicen los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), lo que genera aún más confusión. Un ejemplo de esto es el pasaje sobre quién descendió el cuerpo de Jesús de la cruz: en vez de aclararlo, los relatos ofrecen versiones contradictorias.

En síntesis, los discípulos fueron esenciales para comprender la vida pública de Jesús de Nazaret, y sin ellos no se conocería nada de su obra. Pero su papel en la fundación del cristianismo fue reinterpretado y amplificado por la Iglesia primitiva, sin ajustarse a la realidad de lo acontecido y a las intenciones auténticas del propio Jesús.

3.5. Última Cena: el último acto de la vida pública

Este epígrafe podría titularse «Un largo fin de semana en Jerusalén», porque la Última Cena fue parte de varios eventos ocurridos a lo largo de cuatro o cinco días.

Durante ese tiempo, Jesús de Nazaret hizo muchas cosas, pero, aunque fue una situación muy oportuna y propicia para ello, no realizó, que se sepa, ningún milagro.

Primero entró en la ciudad de manera triunfal, luego expulsó a los mercaderes y cambistas del Templo, y después pasó varios días hablando con sus discípulos y seguidores. Les ofreció discursos, parábolas y consejos sobre diversos

temas; de entre sus intervenciones destacó como una de las más importantes el llamado «discurso apocalíptico».

Finalmente, concluyó con la preparación y la celebración de la Última Cena con sus discípulos.

Estas historias son muy conocidas, y ahora toca descubrir al Jesús histórico entre todos esos relatos. En principio, los cuatro evangelios que narran estos eventos fueron escritos con una intención religiosa. Sus autores añadieron pasajes propios o tomaron ideas de otros textos de la época, especialmente en lo referente al discurso apocalíptico.

Por ejemplo, el *Evangelio Juan* fue diferente: apenas habló de la Última Cena y, en lugar de ello, describió cómo Jesús lavó los pies a sus discípulos. Además, situó la expulsión de los mercaderes del Templo en otro momento muy anterior de su vida pública e incorporó largos discursos teológicos que ni los discípulos entendían, quejándose de que Jesús «hablaba cerradamente».

Parece difícil creer que sus palabras se recordaran con tanta exactitud después de setenta años para ser escritas tal cual.

Por su parte, los tres evangelios sinópticos —Mateo, Marcos y Lucas— trataron de mostrar la Última Cena como el inicio del sacramento de la Eucaristía.

¿La verdad?

Para reconocerla, hay que analizar cuidadosamente los textos. Y, como Jesús no dejó nada escrito, es necesario leer con atención cada pasaje evangélico para obtener algunas conclusiones sólidas.

La entrada en Jerusalén

La entrada de Jesús en Jerusalén fue uno de los hechos más documentados de su vida. Pero no fue tan espectacular ni tan multitudinaria como narran los evangelios. Lo que debió ocurrir fue que un pequeño grupo de seguidores de Galilea lo acompañó hasta una de las entradas de la ciudad, quizá la principal, entre ánimos, cánticos y aclamaciones.

Pero una vez dentro de Jerusalén, era un perfecto desconocido. Para los evangelios sinópticos, esta era su primera vez en la ciudad; pero, para el *Evangelio Juan*, ya había estado tres o cuatro veces. Es imposible saber quién tenía razón.

También es seguro que Jesús entró caminando, sin montar en ningún animal, aunque los evangelistas añadieron ese detalle para cumplimiento de una profecía.

La expulsión del Templo

La llamada «purificación del Templo» fue un episodio contado con mucha imaginación. Jesús expulsó él solo a mercaderes, cambistas y comerciantes de un recinto «demasiado» grande, de unos 150.000 metros cuadrados. Por eso, lo más probable es que todo ocurriera en una pequeña zona, concretamente en la de los cambistas.

Es difícil imaginar que, entre tanto alboroto, se escucharan bien sus palabras. Incluso se desconoce si sus discípulos colaboraron o no en ese momento, información que habría sido muy valiosa. Lo más probable es que Jesús realizara un gesto simbólico de protesta, pero sin intención profética, ya que no sabía lo que pasaría años después.

Los días de predicación posteriores

Después del incidente en el Templo, pasó dos o tres días dando discursos y parábolas fáciles de entender, aunque cada evangelio narra cosas diferentes. Por ejemplo, el *Evangelio Mateo* incluye hasta ocho parábolas en esos días, mientras que los de Lucas y Marcos solo dos. El *Evangelio Juan*, presenta largos discursos teológicos sin parábolas.

Durante esos días, Jesús no realizó ningún milagro.

El discurso apocalíptico

El llamado discurso de «La Gran Tribulación» fue el último que dio durante aquel fin de semana. Los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) narran versiones similares, basadas principalmente en la versión de Marcos, ya que la *Fuente Q* no incluía nada sobre este tema. El *Evangelio Juan*, como es habitual, ofreció su propia versión con discursos extensos y difíciles de entender.

Como curiosidad, el *Evangelio Marcos* relata que este mensaje, en principio tan importante, fue dirigido solo a cuatro discípulos: Pedro, Jacobo, Juan y Andrés.

En cualquier caso, muchos especialistas creen que este discurso fue elaborado mezclando algunas frases genuinas de Jesús con ideas de la literatura apocalíptica judía, aportes de las primeras comunidades cristianas y añadidos de los propios evangelistas. Estos últimos usaron el miedo apocalíptico del pueblo para hacer la historia más dramática, aunque Jesús de Nazaret no hubiera dicho eso. La historia ha demostrado, además, que las predicciones del discurso nunca se cumplieron.

La Última Cena

Luego llegó la Última Cena, donde Jesús y sus discípulos compartieron pan y vino. Pero la Iglesia primitiva transformó este momento en un evento de enorme relevancia teológica. De modo que, según Pablo de Tarso y los evangelios, ese día quedó instituido «oficialmente» el sacramento de la Eucaristía.

Por el contrario, muchos estudiosos piensan que solo fue una cena comunitaria de despedida.

El punto central —y origen de toda la controversia— fueron las palabras con las que, al final de la cena, Jesús bendijo el pan y el vino y los compartió con sus discípulos.

La controversia la inició Pablo de Tarso, quien, en su primera carta a los Corintios, afirmó haber recibido por revelación directa de Dios «el conocimiento» de lo ocurrido en aquella cena. Según él, Jesús ordenó a sus discípulos repetir la bendición del pan y del vino «en memoria suya».

Pero más que una revelación, Pablo lo que hizo fue reinterpretar una tradición antigua según sus propias creencias. Luego, más tarde, los evangelistas adoptaron o matizaron esa primera versión paulina.

Por ejemplo, los autores de los *Evangelios Marcos* y el *Evangelio Mateo* no copiaron las palabras exactas de Pablo, pero añadieron ideas propias, como que el rito era «para todos los hombres» y «para el perdón de los pecados».

Por su parte, el *Evangelio Lucas*, en sus primeras versiones, no incluía la frase: «que se entrega por vosotros; haced esto

en memoria mía». Esta expresión fue añadida con posterioridad por escribas que lo copiaron, para ajustarse a la fórmula dominante paulina, y las versiones originales se olvidaron rápidamente.

La pregunta crucial es: ¿qué dijo y qué hizo realmente Jesús en esa cena antes de morir?

No es fácil responder. Hay dudas sobre dónde, cuándo y cómo fue esa cena, y también sospechas de que los relatos fueron modificados. En efecto, entre la muerte de Jesús y las primeras cartas de Pablo pasaron unos 20 o 25 años. Durante ese tiempo, las primeras comunidades cristianas comenzaron a celebrar una ceremonia llamada «fracción del pan», una cena con pan y vino en su memoria, para sentir su espíritu presente.

Pero esta ceremonia no se entendía como un sacramento, ni se creía, en absoluto, que el pan y el vino se convirtieran literalmente en el cuerpo y la sangre de Jesús. Además, resulta muy difícil aceptar que un judío tomara vino pensando que era la sangre de un sacrificio, pues para sus creencias eso era algo inaceptable e impuro.

En resumen, buscar al Jesús histórico sigue siendo complicado. No hay pruebas suficientes para afirmar que la Última Cena fue una cena de Pascua ni que tuviera un carácter «sacramental».

Como en muchos otros aspectos de su vida, la historia nos obliga a leer con cuidado y a entender que los textos contienen múltiples capas y matices de interpretación, de

tradición y de teología que han transformado la imagen y los actos de Jesús.

Nota 1: Sobre autenticidad de parábolas y milagros (pág. 64)

Determinar si ciertas parábolas o milagros son atribuibles al Jesús histórico es posible gracias a la aplicación de cinco criterios que los especialistas utilizan para evaluar la autenticidad de un evento concreto.

Estos cinco criterios son:

1. *Testimonio múltiple de fuentes independientes*: si el evento aparece en más de una fuente independiente o en más de una forma o género.
2. *Dificultad o problema generado*: cuando la aceptación del evento crea un gran problema y, aun así, es incluido, se considera auténtico.
3. *Discontinuidad*: si el evento procede de una fuente diferente del judaísmo o de la Iglesia primitiva, tiene muchas posibilidades de ser original.
4. *Rechazo y ejecución*: existen razones objetivas para descartar un evento que no se ajusta a la realidad posible.
5. *Coherencia global*: los eventos que superan los criterios anteriores y encajan con el conjunto coherente de informaciones de la época apoyan la autenticidad.

Tras amplios estudios, los especialistas pueden afirmar:

- Que el evento no fue del Jesús histórico.
- Que el evento sí fue del Jesús histórico.
- Que no puede calificarse ni a favor ni en contra.

¿Qué hacer en este último caso? ¿Cerrar los ojos y aceptar? ¿Negar y rechazar? La tradición cristiana se ha inclinado por considerar que, cuando no se puede negar, lo mejor es aceptar. Pero no se puede construir una religión sobre bases tan endebles.

Este dilema afecta especialmente a las parábolas, ya que los milagros, aunque presenten dificultades de autenticidad individual, gozan de una aceptación global: Jesús hizo muchos milagros, lo que reduce la discusión particular.

Por el contrario, cada parábola transmite un mensaje, y es muy diferente que ese mensaje proceda de la tradición cristiana primitiva, de los autores evangélicos o del propio Jesús de Nazaret.

En este caso, se cuenta con la ventaja de que los mensajes de las parábolas son «positivos» —con la posible excepción del *Administrador infiel*—, y lo que procede es analizarlas de manera individual, observando si encajan en el mensaje general del Jesús histórico o mejor en el estilo y las ideas de los autores de los evangelios: como por ejemplo, el *Estilo Lucas* o el *Estilo Mateo*.

Estilo Lucas:

Dos deudores – El buen samaritano – Rico insensato – Higuera estéril – Moneda perdida – El rico y Lázaro – El juez inicuo y la viuda – El fariseo y el recaudador de impuestos.

Estilo Mateo:

El trigo y la cizaña – El tesoro escondido – La perla valiosa – La red – El siervo malvado – Los trabajadores de la viña – Dos hijos – El invitado sin traje – Las diez vírgenes.

Nota 2: Adquirir la condición de hombre justo (pág. 88)

Aunque las condiciones para ser considerado una persona justa —que en el Evangelio de Mateo figuran como dichas por Jesús en

el Sermón de la Montaña— no sean auténticas, al observar el listado no cabe duda de que cualquier «persona de bien» las firmaría con plena convicción. El hombre justo es:

Aquel que pone sabor y luz en la vida.

Aquel que se entrega generosamente.

Aquel que sabe perdonar.

Aquel que respeta a las personas.

Aquel que habla con franqueza.

Aquel que devuelve bien por mal.

Aquel que crece en el amor.

Aquel que ora y obra con sencillez.

Aquel que habla con su Padre.

Aquel que huye de las apariencias.

Aquel que conoce la verdadera riqueza.

Aquel que no se hace esclavo del dinero.

Aquel que sabe buscar sus prioridades.

Aquel que evita juzgar.

Aquel que no profana las cosas santas.

Aquel que sabe confiar.

Aquel que practica la regla de oro.

Aquel que sabe discernir.

Aquel que cumple la voluntad de Dios.

No importa que no sea cierto que estas palabras fueran auténticas, pero encajan plenamente con el mensaje y el espíritu general de su predicación. De modo que resulta muy acertado el comentario final de este pasaje:

«Cuando acabó Jesús este discurso, la gente se quedó admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como los maestros de la Ley».

CAPÍTULO 4

MUERTE, RESURRECCIÓN Y ASCENSION

- 4.1.- Del Jesús fácil al Jesús difícil
 - 4.2.- La Pasión sin testigos: un drama en tres actos
 - 4.3.- ¿Muerte brutal de un ser inocente?
 - 4.4.-Resurrección y Ascensión: ¿la única salida?
-

4.1. Del Jesús fácil al Jesús difícil

Hasta ahora, la vida, las enseñanzas y las acciones de Jesús de Nazaret han sido relativamente fáciles de entender. Aunque los autores de los evangelios modificaron en ocasiones los hechos —ya fuera por error, desconocimiento o intereses personales y religiosos—, ha sido posible reconocerlo como profeta, maestro, sanador compasivo, predicador del Reino de Dios, defensor de los marginados, servidor y mensajero de una nueva alianza.

Todo esto ha sido posible gracias a un exhaustivo trabajo de investigación y a los avances en el estudio de antiguos manuscritos y nuevos descubrimientos. El resultado ha sido el acceso a una imagen más auténtica del Jesús histórico, desde su nacimiento hasta el final de su vida pública.

Este trabajo también ha permitido identificar aquellos pasajes de los evangelios que presentan una imagen más teológica que histórica. En ellos se describe a un Jesús que no existió y se le atribuyen palabras que no dijo, pero que sirvieron para asentar las bases del cristianismo.

Por todo ello, puede aceptarse que, hasta este momento, hemos alcanzado un alto nivel de claridad. Decimos «hasta este momento» porque, a partir de ahora, comienza una etapa mucho más difícil de entender, investigar y explicar. Aunque fue breve, este periodo representa un gran desafío tanto para la razón como para la fe.

En efecto, resulta muy difícil comprender cómo un personaje tan admirado por su compasión y sabiduría pudo ser tratado en tan pocos días como un criminal condenado a la forma más cruel de ejecución del Imperio romano.

Es cierto que, en su tiempo, ser un profeta que atraía multitudes y hablaba de un reino venidero —ya fuera en este mundo o en otro— podía ser peligroso. No era la primera vez que un líder religioso moría de forma violenta. Un claro ejemplo fue Juan el Bautista, decapitado por orden de una mujer influyente. Pero lo de Jesús fue diferente. O al menos eso es lo que nos han hecho creer los autores de los evangelios y de los libros oficiales del *Nuevo Testamento*.

Y es que, a partir de su arresto, todo se volvió muy confuso. Desde ese momento hasta su supuesta ascensión al espacio celestial, es casi imposible reconstruir con fiabilidad lo que realmente ocurrió durante su Pasión. Lo único claro es que murió en la cruz por aceptar —o, al menos, no rechazar— ser llamado Rey de los Judíos.

Esta situación dejó tan desconcertados a sus seguidores que fue necesario que los líderes cristianos —con Pablo de Tarso a la cabeza— crearan una historia que diera sentido a todos aquellos sucesos, aunque no fuera creíble desde el punto de vista histórico.

Así nació una narrativa que incluía la resurrección, varias apariciones después de muerto e incluso una ascensión física al espacio celestial. De no haberse inventado esta explicación teológica, el nuevo movimiento cristiano podría haber desaparecido rápidamente.

Por eso se prefirió presentar una historia difícil de creer, pero aceptable «con fe», como parte del plan de Dios, antes que contar los hechos tal como sucedieron, lo que habría implicado reconocer un final trágico —y quizás innecesario—, aunque coherente con el mensaje de Jesús.

En ese contexto, la gente de la época podía haber entendido muy bien que los líderes religiosos —criticados de manera continua por Jesús— quisieran quitárselo de en medio, acusándolo ante los romanos de proclamarse rey o mesías liberador de Israel. Eso habría tenido sentido.

Lo que no pudieron comprender fue por qué, durante los juicios ante las autoridades judías y romanas, apenas se defendió. Aceptó las acusaciones de ser el Hijo de Dios, el Rey de los Judíos y el Mesías sin oponer mucha resistencia, respondiendo con silencios o con frases ambiguas.

Esto dejó a sus seguidores haciéndose preguntas difíciles:

- ¿Eran ciertos aquellos «títulos» que le atribuyeron?
- ¿Quién era, entonces, aquel personaje que conocieron?
- ¿Por qué no les habló de ello durante su predicación?
- ¿Cómo fue posible que, siendo quien era, muriera así?
- ¿Cómo encajaba eso con su mensaje y doctrina?
- Y, sobre todo, ¿qué iba a pasar a partir de entonces?

Durante su vida pública, Jesús prometió a sus seguidores una salvación personal. Les habló de participar en el Reino de Dios —que, según él, estaba muy cerca— mediante la aceptación de su mensaje y el cumplimiento de unos sencillos principios.

Y, puesto que, desde antes de su crucifixión, sus seguidores ya conocían su propuesta de salvación, cuando ocurrió su muerte surgieron nuevas e incómodas dudas:

- ¿Todo seguiría igual o había que cambiar el enfoque?
- ¿Cómo salir de esa crisis sin recurrir a explicaciones teológicas difíciles de aceptar?

Había una gran inquietud, representada fielmente en una frase provocadora recogida en los pasajes evangélicos sobre los acontecimientos ocurridos durante la Pasión:

«Si no eres capaz de salvarte a ti mismo, ¿cómo vas a salvar a los demás?»

Sabiendo el impacto que la muerte de Jesús tuvo en sus seguidores —y recordando que los evangelios se escribieron décadas después—, sus autores intentaron dar respuesta a esas preguntas que se hacían las primeras comunidades cristianas. Lo hicieron construyendo los relatos de la Pasión: con el objetivo de tranquilizar y fortalecer la fe.

Ocurrió que estas narraciones no fueron crónicas objetivas, sino reconstrucciones elaboradas años después, basadas en recuerdos y creencias de los primeros seguidores, redactadas para dar sentido a lo ocurrido y establecer las bases de una nueva religión.

Así se transformó la figura de Jesús de Nazaret en Jesucristo, el Hijo de Dios. El problema fue que esta historia se construyó sobre información poco precisa y manipulada, aunque presentada de forma creativa y convincente.

La primera parte de la historia —desde su arresto hasta la crucifixión— se basó en un núcleo de sucesos reales, pero fue ampliada con elementos añadidos para darle un sentido teológico: el Hijo de Dios muere para salvar a la humanidad del pecado original.

Además, se introdujo un fuerte tono de acusación contra el pueblo judío y sus dirigentes, a quienes se responsabilizaba directamente de su muerte.

La segunda parte —desde la muerte hasta la ascensión— se adentró en el terreno de la teología pura, con elementos muy difíciles (o imposibles) de entender desde una mirada histórica. La resurrección, las apariciones y la ascensión al espacio celestial se convirtieron en temas de fe que requerían dejar completamente de lado la razón.

Por eso, no todos pudieron aceptarlos con facilidad.

A los nazarenos —los primeros seguidores de Jesús— les quedó la gran duda de si la propuesta de la versión oficial: «Muerte redentora → Resurrección → Apariciones → Ascensión» fue la única salida posible.

En aquellos tiempos, las teorías sobre la naturaleza de Jesús eran diversas, y no fue hasta finales del siglo III cuando se impusieron las tesis paulinas. Entonces quedaron definidos los textos que eran válidos y los que no, reconociéndose una única verdad oficial. Pero, como luego veremos,

muchos grupos cristianos primitivos sostuvieron durante años versiones muy diferentes a las oficiales.

Incluso entre los sucesos narrados en los libros oficiales hubo serias contradicciones. Por ejemplo, en el texto canónico del *Libro de los Hechos de los Apóstoles* aparece una versión inquietante del entierro de Jesús: «Los habitantes de Jerusalén y sus jefes, aunque no hallaron causa de muerte, pidieron a Pilato que lo eliminara. Cuando cumplieron todo lo escrito acerca de él, lo bajaron del madero y lo pusieron en un sepulcro».

Esto sugiere que pudo haber sido enterrado en una fosa común, como era costumbre con los ajusticiados.

De haber prevalecido otra versión —quizás más cercana a la realidad—, no habría sido necesario construir una solución teológica tan inverosímil.

Si se hubiera creído, por ejemplo, que la parte divina de Jesús lo abandonó antes de su muerte, su resurrección espiritual no habría requerido una resurrección física, ni apariciones, ni una difícil ascensión al espacio celestial. Jesús, «el hombre», podría haber sido sepultado, mientras que su esencia divina —la que recibió en el Jordán— habría regresado al Padre.

Esto, además, habría encajado bien con sus enseñanzas, en las que nunca prometió ser juez al final de los días ni planteó una resurrección corporal, sino espiritual.

Ahora se comprende por qué este periodo —proceso, muerte, resurrección, apariciones y ascensión— sea considerado de tan difícil comprensión.

4.2. La Pasión sin testigos: un drama en tres actos

Una de las características más importantes del proceso de la Pasión de Jesús fue la falta de testigos presenciales. Durante su vida pública, casi siempre estuvo acompañado por sus discípulos, quienes contaron lo que vieron y escucharon. Pero en el proceso de su juicio y su posterior muerte, la situación fue muy distinta.

En efecto, en el proceso ante el Sanedrín —el tribunal judío— no se permitía la presencia de observadores externos. Lo mismo ocurría durante el juicio ante las autoridades romanas, donde tampoco se admitían personas ajenas, salvo cuando el juicio era público y se realizaba ante la multitud, lo cual no fue el caso.

Por su parte, en el momento de la crucifixión, la ley obligaba a que los asistentes se mantuvieran a distancia del lugar de la ejecución. Esto era controlado con rigor por los soldados romanos, quienes repetían siempre el mismo procedimiento.

Por lo tanto, los eventos de esta etapa final de su vida no pudieron ser presenciados directamente por sus seguidores, lo que hace muy difícil saber con certeza qué ocurrió, especialmente en lo que respecta a los diálogos y frases atribuidos a los personajes.

Mucho menos fue posible narrarlos con precisión.

Lo único que puede reconstruirse con cierto grado de fiabilidad es el desarrollo general de los acontecimientos —el juicio, la condena y la crucifixión— en base al conocimiento histórico sobre los procedimientos judiciales

judíos y romanos, así como sobre los protocolos de las crucifixiones, pues el método era igual en todo el Imperio. Por ello, desde una perspectiva histórica, poco puede afirmarse con seguridad sobre la Pasión de Jesús.

Episodio que puede dividirse en tres momentos clave:

Primer acto

Jesús de Nazaret fue arrestado de forma violenta y de noche en Jerusalén, mientras celebraba la Pascua con sus discípulos. No está claro si su detención fue obra de las autoridades judías, romanas o el resultado de una acción coordinada entre ambas.

Tras el arresto, fue llevado a un lugar no identificado y sometido rápidamente a un juicio ante el Sanedrín, el consejo religioso judío. Como este no tenía autoridad para aplicar la pena de muerte por crucifixión, lo entregaron a los romanos con la esperanza de que lo condenaran a morir en la cruz.

Para lograrlo, presentaron un cargo político muy grave —el más grave que pudieron formular—: que se había autoproclamado «Rey de los Judíos» y «Mesías libertador de Israel». Jesús no confirmó ni negó claramente esa acusación, manteniendo ante las autoridades judías y romanas respuestas ambiguas.

Esta actitud fue interpretada como una forma de aceptación, lo que llevó a las autoridades romanas a condenarlo a morir crucificado y a recibir treinta y nueve latigazos de flagelos romanos, conocidos por su brutalidad.

Segundo acto

Jesús fue flagelado y obligado a cargar con el travesaño horizontal de la cruz, el *patibulum*, hasta el monte Gólgota, donde los romanos realizaban las ejecuciones públicas como advertencia a la población.

Allí se siguió el protocolo completo de una crucifixión, lo que incluía ser despojado de sus ropas, lo que indica que muy probablemente fue crucificado desnudo. Este detalle, no obstante, ha sido siempre suavizado por la tradición cristiana «por razones de pudor».

En la parte superior de la cruz se colocó un cartel con la causa de su condena: «Rey de los Judíos». Durante el proceso, la multitud se mantuvo a distancia, bajo el estricto control de los soldados romanos.

Cuando se confirmó su muerte —ayudada mediante una lanzada en el costado, visible desde la distancia de observación—, el cuerpo fue bajado rápidamente de la cruz, aunque no se sabe con certeza por quién, para su sepultura.

Tercer acto

Desde el punto de vista histórico, este acto es el más difícil de comprobar. Según los evangelios, tres días después de su muerte el sepulcro apareció vacío. (No está claro si el sepulcro estuvo o no custodiado por soldados romanos).

En los días siguientes —tres según algunos evangelios, cuarenta según otros—, Jesús habría aparecido físicamente a varias personas: primero a algunas mujeres, luego a los

discípulos y, finalmente, habría ascendido al espacio celestial ante los ojos de varios seguidores.

Análisis de base histórica sobre los tres actos

Aunque al primer y segundo acto se les puede atribuir cierta base histórica —gracias al conocimiento que se tiene sobre los juicios y crucifixiones de la época—, el tercer acto pertenece por completo al ámbito de la especulación teológica y no guarda relación con la historia comprobable.

En general, no existen fuentes fiables que verifiquen estos eventos. Y, al no haber testigos presenciales directos, es imposible comprobar la autenticidad de los diálogos entre Jesús y los jueces, o de sus palabras durante la crucifixión.

Aparte de que escenas como el encuentro con Herodes o el diálogo entre Pilato y la multitud carecen de pruebas de que siquiera llegaran a producirse. Lo mismo ocurre con los supuestos discursos de Jesús después de su resurrección.

Es ampliamente aceptado entre los especialistas y estudiosos que muchos de estos relatos fueron creaciones literarias de los evangelistas. Las diferencias entre los evangelios en los detalles de las apariciones son considerables, y la falta de pruebas históricas hace que prácticamente todo lo narrado en esta fase carezca de autenticidad contrastada.

Esto nos conduce a la inevitable conclusión de que muchos de los momentos más conocidos de la Pasión —incluidas frases célebres atribuidas a Jesús— no fueron históricos, como reflejan los siguientes ejemplos:

Frases creadas por los evangelistas

- «¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito? —Yo lo soy.»
- «¿Eres tú el Rey de los Judíos? —¿Y tú qué dices?»
- «El Hijo del Hombre se sentará a la diestra de Dios.»

Situaciones que no corresponden con la realidad histórica

- Que arrestaran a Jesús seiscientos soldados romanos.
- La supuesta admiración de Pilato hacia Jesús.
- La reiterada intención de Pilato de liberarlo.
- El gesto simbólico de Pilato de lavarse las manos.
- Que Jesús compareciera ante Herodes.
- La costumbre romana de liberar a un preso por Pascua.
- Los diálogos entre los tres ajusticiados en la cruz.
- Que los ladrones insultaran también a Jesús.
- Que los seres queridos estuvieran al pie de la cruz.
- Que ocurrieran fenómenos extraordinarios al morir.

Ejemplo de literatura fantástica del momento de la muerte

«Los otros decían: «Deja, a ver si viene Elías a salvarlo. Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; la tierra tembló, las piedras se resquebrajaron, se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos santos que estaban muertos resucitaron. Y, saliendo de los sepulcros después de la resurrección de Jesús, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos.» (*Evangelio de Mateo*)

Frases finales no auténticas de Jesús

- «Mujer, he ahí a tu hijo. Hijo, he ahí a tu madre.»

- «Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios.»
- «Hoy estarás conmigo en el paraíso.»
- «Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo.»
- «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»
- «Padre, ¿por qué me has abandonado?»

Por lo descrito, muchas frases y escenas atribuidas oficialmente a Jesús durante su Pasión no provienen del Jesús histórico, sino que fueron añadidas por copistas o creadas por los propios evangelistas.

Al no haber testigos directos en muchos momentos clave, los autores de los evangelios escribieron con libertad sus propias versiones de los hechos. Es muy probable que partieran de relatos orales simples, contados por los primeros cristianos, los cuales fueron modificados y ampliados según sus creencias e intereses religiosos. Esto dio lugar a narraciones que no reflejan con fidelidad lo que realmente ocurrió.

Por eso, al tratar de reconstruir la figura del Jesús histórico, el relato de la Pasión —que incluye su detención, juicios, condena, flagelación, crucifixión, sepultura, resurrección, apariciones y ascensión— debe tomarse solo como una guía general y siempre con cautela, sabiendo que se trata de fuentes poco confiables desde el punto de vista histórico.

Lo más sensato es centrarse en lo que *probablemente* ocurrió, basándose en el conocimiento disponible sobre la justicia y las costumbres de la época, y no en los relatos religiosos que surgieron después, los cuales reflejan más las

creencias de las primeras comunidades cristianas que los hechos reales.

4.3. ¿Muerte brutal de un ser inocente?

Jesús murió crucificado por tres motivos principales.

El primero fue la enorme presión ejercida por las autoridades judías sobre Poncio Pilato, el gobernador romano en Jerusalén, para que le condenara a la pena de crucifixión. Según la ley judía, el Sanedrín no podía aplicar ese tipo de castigo: podían quemar, ahorcar, decapitar o lapidar, pero no crucificar. Pero como su odio hacia Jesús era tan grande desearon para él la muerte más cruel y humillante.

El segundo factor fue la obligación, por parte de las autoridades romanas, de aplicar la pena capital ante la sospecha de un delito de sedición. Jesús, en apariencia, se había autoproclamado «Rey de los Judíos» y libertador de Israel. Esta declaración se interpretaba como un ataque directo al emperador y al orden imperial: el delito más grave que alguien podía cometer.

El tercer factor fue la propia ambigüedad de las respuestas de Jesús y su falta de defensa durante el juicio. En ningún momento negó los cargos, y sus respuestas, evasivas y crípticas —como «Mi reino no es de este mundo»— debieron resultar incomprensibles para las autoridades romanas. Esta actitud facilitó que se le considerara culpable.

No cabe duda de que estos tres factores fueron claves para que al Jesús histórico se le impusiera la pena de crucifixión,

una forma de ejecución que Cicerón llegó a calificar como *crudelissima, infamissima, taeterrima* (la más cruel, infamante y horrorosa).

Pero, ¿quién murió en la cruz?

Una de las preguntas más inquietantes para los primeros cristianos de los siglos I, II y III fue: ¿quién murió realmente crucificado? Si, como afirmaban los primeros Padres de la Iglesia, Jesús de Nazaret era «plenamente humano y plenamente divino», ¿murió solo su naturaleza humana? ¿O murieron ambas naturalezas en la cruz?

Esta última opción parecía imposible, ya que se aceptaba universalmente que Dios no podía morir. Pero si solo murió la naturaleza humana, ¿significaba eso que sus dos naturalezas eran divisibles?

Durante los siglos II y III —antes de que se impusieran oficialmente las tesis del grupo paulino— la visión ortodoxa de la doble naturaleza (humana y divina, unidas en una sola persona) no era la única. Existieron varias interpretaciones entre los primeros cristianos, cada una con implicaciones muy distintas respecto a quién murió realmente en la cruz.

- *Los adopcionistas* afirmaban que Jesús fue un ser humano «especialísimo» adoptado por Dios como su Hijo predilecto en el momento del bautismo en el Jordán. Según ellos, murió en la cruz una persona física humana, muy especial para Dios, pero un ser humano al fin y al cabo.
- *Los docetistas* sostenían que Jesús era un ser divino que solo adoptó una apariencia humana. Todo lo ocurrido en

la tierra, incluida la muerte, fue solo una «apariencia de realidad»; por tanto, en la cruz no murió Jesús, sino su apariencia humana.

- *Los separacionistas* defendían que Jesús tenía dos naturalezas completamente separadas, una divina y otra humana. En esta visión, la naturaleza divina abandonó a la humana justo un instante antes de la muerte, por lo que solo murió la parte humana.
- *Los ortodoxos tradicionales* afirmaron que, como Dios no podía morir, fue Jesús —plenamente hombre y plenamente Dios— quien murió en la cruz como sacrificio redentor.

Lo llamativo es que cualquiera de estas tesis pudo haber sido la versión oficial del cristianismo. Finalmente, al imponerse con total mayoría el grupo de Pablo de Tarso, todas las demás fueron declaradas heréticas y rechazadas. Así es la lógica del vencedor: lo que triunfa se convierte en «verdad» absoluta, y todo lo demás queda excluido del relato oficial.

Pero, ¿por qué murió? ¿Cuál fue el sentido de su muerte?

Una inquietante y atormentadora reflexión conduce a considerar que Jesús de Nazaret murió «porque quiso». Le habría bastado con decir la verdad, y aclarar que él no era el Rey de los Judíos para salvar su vida.

¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué no dijo la verdad?

Las distintas posturas ideológicas sobre la naturaleza de Jesús también influyeron en la explicación de su muerte. Es

decir, no solo se trataba de entender las causas históricas visibles de su crucifixión —presión política, delito de sedición y ausencia de defensa—, sino de comprender el «para qué» de un hecho tan dramático e incomprensible.

- *Los ortodoxos* vieron la muerte de Jesús como el sacrificio voluntario del Hijo de Dios para aplacar la ira divina y redimir a toda la humanidad del pecado original (lo quisieran o no, lo supieran o no).
- *Los adopcionistas* entendieron que Jesús murió como sacrificio expiatorio por los pecados de todos los hombres, tanto judíos como gentiles, aunque no por el pecado original, que ya estaba perdonado.
- *Los docetistas* interpretaron su muerte como un acto simbólico destinado a liberar a los judíos de sus pecados.
- *Los separacionistas* creían que Jesús murió para provocar en los hombres un sentimiento de culpa por su injusta muerte, culpa que los llevaría al arrepentimiento y, de ahí, al perdón divino.

De nuevo, la versión ortodoxa acabó imponiéndose y declarando erróneas las demás. Una vez más, la historia la escribieron los vencedores.

¿Fue un Mesías pacífico... o hubo algo más?

Una pregunta abierta que la historia no ha resuelto del todo, y que ha sido motivo de debate entre los especialistas, es si Jesús de Nazaret fue realmente un Mesías tan pacífico como relatan los evangelios o si hubo algo más que se prefirió no contar.

Algunos detalles de los propios evangelios siembran dudas sobre ese carácter pacífico:

- En ocasiones, se mostró airado de forma inesperada, como cuando reprendió con dureza a un leproso que acababa de curar.
- Actuó con gran violencia en el episodio del Templo.
- Secó una higuera porque no le dio fruto, aunque no era temporada.
- Se mostró muy beligerante con la casta sacerdotal.
- Adoptó actitudes tensas y poco amables hacia sus propios hermanos.
- Resulta sospechoso que, para su detención en el huerto de Getsemaní, se enviaran más de seiscientas personas armadas, lo que sugiere que se esperaba una resistencia violenta.

No obstante, desde una perspectiva histórica, no parece que el movimiento de Jesús fuera violento, al menos no al estilo de otras revueltas judías posteriores, como la del año 66, que culminó en el 70 con la destrucción total del Templo de Jerusalén. De haber existido un movimiento sedicioso de esa magnitud liderado por Jesús, cronistas independientes —como Flavio Josefo o Tácito— lo habrían mencionado con seguridad, pero no fue así.

En definitiva, Jesús de Nazaret fue ejecutado de forma brutal, pero las razones teológicas, políticas y doctrinales que giraron en torno a su muerte variaron con el tiempo y según la corriente que logró imponerse.

Por todo ello, para acercarse al Jesús histórico conviene mirar más allá de la estricta posición dogmática y atender con atención crítica las fuentes, reconociendo las huellas de los vencedores... y los obligatorios silencios de los vencidos.

4.4. Resurrección y Ascensión: ¿la única salida?

¡Por fin se está terminando este capítulo!

Recordar lo ocurrido con la crucifixión de Jesús de Nazaret provoca una mezcla de tristeza, rabia e incredulidad.

Tristeza, por el enorme sufrimiento físico y emocional que tuvo que soportar: dolor, humillación y una muerte demasiado cruel;

Incredulidad, porque, aunque muchas veces se ha dicho que los «judíos puros» fueron los responsables, eso no basta para explicar un final tan difícil de comprender;

Rabia, porque fue un hombre bueno e inocente, y su muerte tan injusta y dolorosa, que genera una gran indignación.

Explicaciones de la Iglesia primitiva ante tanto desconcierto

Después de su muerte, los primeros cristianos intentaron dar sentido a algo que parecía completamente absurdo. Las ideas que surgieron en la Iglesia primitiva para ofrecer una explicación a estos hechos tuvieron dos objetivos.

Primer objetivo:

Aliviar el dolor y la confusión de los seguidores de Jesús, que se enfrentaban a una muerte tan injusta e incomprensible. Muchos se sintieron perdidos y

necesitaban una explicación «con sentido» que les ofreciera consuelo.

Segundo objetivo:

Desviar la atención del sufrimiento humano de Jesús y centrarse en la explicación teológica del acontecimiento. Es decir, la Iglesia quiso que los creyentes no se detuvieran en el dolor, sino en el «para qué» de aquel acto grandioso: su valor como sacrificio universal y expiatorio.

Un ejemplo claro de esta manera de pensar es la frase que se pronuncia al inicio de la Vigilia Pascual: «¡Feliz culpa, que mereció tan grande Redentor!»

Esta idea presentaba la muerte de Jesús como algo necesario y positivo. Según esta interpretación, Jesús murió para salvar a la humanidad y calmar la ira de Dios por el pecado original de Adán y Eva.

Aunque esta explicación fue muy influyente en la teología cristiana, planteó un gran dilema: ¿cómo convertir una muerte cruel e injusta en una necesidad divina? Desde un punto de vista lógico y humano, resulta difícil de aceptar.

En cualquier caso, estas explicaciones no bastaron. Para los líderes cristianos de los primeros siglos era inaceptable pensar que Jesús —el Hijo de Dios— pudiera tener una tumba visible en la Tierra, en señal de su aparente fracaso.

No obstante, los dogmas cristológicos posteriores —como los definidos en el Concilio de Calcedonia, en el año 451— establecieron que Jesús poseía dos naturalezas, una humana y otra divina, unidas en una sola persona, sin

mezcla ni confusión, y con voluntades distintas. Esto habría permitido pensar que su naturaleza humana fue la que realmente murió.

Pero si las naturalezas no podían mezclarse, ¿significaba eso que existían separadas? ¿Podía morir su parte física sin que también muriera su parte divina? ¿Es compatible eso con afirmar que era plenamente humano y plenamente divino?

Para resolver este enigma, la Iglesia primitiva elaboró una solución doctrinal completa e imaginativa:

1. Jesús resucitó físicamente.
2. Se apareció a sus seguidores —mujeres y discípulos— para mostrar que estaba vivo y resucitado.
3. Se descartó la idea de que su cuerpo hubiera sido robado del sepulcro o depositado en una fosa común.
4. Se narró una ascensión visible al espacio, como prueba de su regreso al Reino del Padre.

Es interesante notar que, según los propios evangelios, incluso los discípulos tuvieron dificultades para creer en la resurrección, a pesar de conocer bien a Jesús. Él mismo tuvo que convencerlos de que realmente había resucitado. Si incluso ellos dudaron, podemos imaginar el gran esfuerzo que la Iglesia exigió a los creyentes comunes para aceptar una historia tan extraordinaria.

Si hubieran triunfado otras ideas teológicas...

Si hubieran prevalecido doctrinas distintas a la ortodoxa, todo habría sido más simple. Habría bastado con aceptar

que Jesús fue un hombre sabio y justo, dotado por Dios de un carisma y unos dones extraordinarios, que se ofreció como sacrificio expiatorio por los pecados del pueblo, como ocurría con los sacrificios sangrientos del Templo judío.

Nada más.

No habría sido necesario crear una doctrina tan compleja ni un relato tan fantástico. Pero los nazarenos —los primeros seguidores judíos de Jesús— tuvieron que contemplar con asombro cómo el relato original que ellos conocieron fue transformado y apropiado por otros.

El Jesús real, al que escucharon y siguieron, se convirtió, de la noche a la mañana, en una figura distinta, moldeada por una nueva teología y un nuevo plan de salvación. Lo peor fue que este nuevo modelo, más amplio y universal, reemplazó el mensaje original de Jesús.

Era, desde luego, más útil para el cristianismo en incipiente formación, pero no era el sencillo mensaje que Jesús había predicado.

¿Y todo para qué?

A los líderes religiosos de los primeros tiempos, el Jesús histórico les parecía demasiado «corriente». Fue un profeta judío que hablaba del fin del mundo, pero que se equivocó en sus predicciones y fracasó al intentar convencer a los judíos más ortodoxos de reinterpretar la Alianza.

Fue rechazado como Mesías, cuestionó la Ley de Moisés y creyó —quizás con ingenuidad— que el Reino de Dios llegaría de forma inminente. Se dirigió solo a los judíos, sin

intención de fundar una Iglesia ni una nueva religión, porque pensaba que el final estaba cerca. Para colmo, terminó ejecutado como un delincuente, junto a otros dos reos comunes.

Con ese perfil, Jesús no parecía tener el carisma ni la fuerza simbólica necesarios para convertirse en el líder de una religión universal. Por eso, con el tiempo, fue necesario otorgarle un carácter más épico y trascendente, capaz de inspirar fe y transformar el mundo espiritual.

¡Pobre Jesús histórico!

Después de todo lo que se ha dicho y escrito sobre él, cabe preguntarse: ¿qué imagen real de Jesús de Nazaret podemos reconstruir hoy, aplicando los métodos de la historia moderna a las fuentes disponibles sobre su detención, juicios, castigo, muerte, sepultura, resurrección, apariciones y ascensión al espacio?

La respuesta es clara y, quizá, algo decepcionante: una figura débil, limitada y difícil de precisar.

Las fuentes disponibles —los *Evangelios Canónicos*, los *Hechos de los Apóstoles* y las *Cartas Paulinas*— fueron todas escritas a posteriori, bajo fuerte influencia teológica y con la intención de ofrecer una narrativa salvadora y consoladora para los primeros cristianos.

Incluso antes de fijarse el canon bíblico, ya circulaban versiones impregnadas del enfoque paulino, que ofrecían explicaciones doctrinales que comenzaban a consolidarse:

- Que Jesús era el Hijo de Dios y, por tanto, Dios mismo (según el misterio de la Trinidad).
- Que era el Mesías esperado y que no vendría otro.
- Que se ofreció como sacrificio voluntario para eliminar las secuelas del pecado original de toda la humanidad, no solo de los judíos.
- Que sufrió la muerte más cruenta y dramática, pues cuanto más sangriento el sacrificio, era más expiatorio.
- Que fue sepultado en un sepulcro «digno» —nada de fosas comunes—.
- Que resucitó, se apareció a sus discípulos y allegados, y ascendió al espacio.

A pesar de tan cuidada elaboración, no lograron responder de modo satisfactorio a una pregunta fundamental: ¿estuvo muerto Dios durante esos tres días hasta que resucitó Jesús?

La Iglesia, como sabemos, respondió pronto a esta cuestión.

Los dogmas cuarto y quinto —a los que ya hemos aludido— señalan que Cristo posee las dos naturalezas «sin mezcla ni confusión» y que «cada naturaleza tiene su propia voluntad y operación», siendo Jesús «plenamente divino y plenamente humano».

¿Comprendido?

A veces se piensa que hablar del Jesús histórico es contraponerlo al Jesús teológico, como si fueran polos opuestos. Pero no es así. El Jesús histórico pudo haber

dicho o hecho cosas con contenido teológico. Por ejemplo, si hubiera afirmado: «Yo soy el Hijo de Dios» o «He venido a borrar el pecado del mundo», esos enunciados teológicos también pertenecerían al ámbito del Jesús histórico, siempre que su autenticidad pudiera demostrarse.

En este sentido, los análisis históricos muestran que Jesús de Nazaret se movió, sobre todo, en terrenos verificables dentro de la realidad de su tiempo. Aunque también es cierto que el eje central de su predicación fue el Reino de Dios, un concepto profundamente teológico y escatológico.

CAPÍTULO 5

TIEMPO POSTERIOR A LA MUERTE DE JESÚS

- 5.1.- ¿Quién fue Jesús de Nazaret?
- 5.2.- El Jesús modificado por el cristianismo
- 5.3.- El rincón de las herejías
- 5.4.- El cristianismo: merecedor de un gran «zasca»
- 5.5.- Qué futuro aguarda a los nazarenos

5.1.- ¿Quién fue Jesús de Nazaret?

En los capítulos anteriores hemos tratado de conocer al Jesús histórico, al hombre real que vivió en su tiempo. Para hacerlo, ha sido necesario dejar atrás lo que durante siglos se aceptó como verdad incuestionable: que las narraciones del *Nuevo Testamento* presentan su vida de manera verídica.

Cuestionar esos textos no ha sido sencillo. Para muchas personas, son revelaciones divinas, y ponerlos en duda significa romper con creencias muy antiguas y con siglos de una profunda «opresión teológica». Es comprensible el vértigo que provoca hacerlo, pero ese paso era necesario si queríamos acercarnos al verdadero Jesús histórico.

Alguien podría preguntarse: ¿por qué revisar todo esto ahora, después de tantos siglos? La respuesta es sencilla: siempre vale la pena buscar la verdad histórica. Conocer al verdadero Jesús y su mensaje ya constituye una gran recompensa. Además, es importante señalar que las

reinterpretaciones de su figura por parte de la Iglesia complicaron considerablemente el camino hacia la salvación para los cristianos.

En medio de tantas conjeturas, no hay que perder de vista el objetivo principal de este libro: conocer al Jesús histórico, tratar de entender qué hizo y qué dijo realmente. Durante el recorrido por las etapas de su vida han surgido dudas razonables e importantes rechazos sobre la autenticidad de muchos pasajes de los evangelios, y estas cuestiones no deben quedar como simples curiosidades, sino que deben ser aclaradas.

¿Quién fue realmente Jesús de Nazaret?

«Algo» ocurrió en el bautismo de Jesús en el Jordán

Lo más sencillo será empezar por el principio. Jesús de Nazaret fue bautizado, ya de adulto, por Juan el Bautista en el río Jordán, aunque no se sabe con certeza si estaba solo o acompañado. Ese hecho marcó un antes y un después en su vida, ya que sintió que Dios le había encomendado una misión especial.

Las palabras que los evangelios atribuyen a Juan —como si conociera desde entonces la identidad y misión de Jesús— fueron probablemente añadidas con posterioridad. De hecho, en un pasaje posterior del mismo evangelio, Juan envió a sus discípulos a preguntarle a Jesús si era el enviado de Dios o si debían esperar a otro. Esto hace pensar que ambas escenas no fueron auténticas.

Los relatos del bautismo donde una voz del cielo declara a Jesús como Hijo de Dios fueron elaborados con intención

teológica: dejar claro que él era realmente el Hijo de Dios. En aquella época existían grupos cristianos —como los adopcionistas— que creían que fue un hombre excepcional «adoptado» por Dios durante el bautismo en el Jordán. Los evangelios presentan estas escenas como respuesta y oposición a esas ideas, aunque su tono sea más simbólico o legendario que histórico.

Curiosamente, según los propios evangelios, Jesús nunca bautizó a nadie ni afirmó que el bautismo fuera obligatorio.

Jesús de Nazaret no tuvo éxito como profeta

Según los estudios históricos, Jesús no formuló muchas profecías durante su vida, y varias de las más destacadas que se le atribuyen no resultan auténticas.

Por ejemplo, se dice que predijo que Pedro lo negaría tres veces, pero muchos especialistas dudan que pronunciara esas palabras. También se afirma que anunció la caída del Templo, pero esa profecía se redactó después de que el hecho ya hubiera ocurrido (lo que se denomina una profecía *ex eventu*). Igualmente, las predicciones sobre su propia muerte y resurrección parecen añadidos posteriores.

Entre otras profecías no genuinas figura la presentación de Pedro como líder de la Iglesia, vaticinando que su mensaje llegaría a todo el mundo —algo que, después de dos mil años, puede considerarse incumplido—.

Con todo, su error más grave, genuino e indiscutible fue anunciar repetidamente que el fin del mundo y la llegada del Reino de Dios estaban muy cerca. Esta profecía fallida en particular tuvo un gran impacto. Jesús llegó a citar cinco

condiciones para que ese fin llegara, pero hoy en día son imposibles, a menos que ocurriera una catástrofe global.

(Véase la Nota 1 al final del capítulo, en la página 169).

Jesús fue, sin duda, considerado un gran hacedor de milagros

Fue reconocido como sanador y exorcista, aunque resulte difícil comprobar la autenticidad histórica de la mayoría de sus milagros de manera individual. Aun así, sus acciones causaron gran impacto y atrajeron la atención del pueblo.

Entre los milagros que con mayor probabilidad se originaron en la tradición cristiana —y no en hechos genuinos de Jesús— figuran los llamados «milagros de la naturaleza», como caminar sobre el agua, calmar tormentas o convertir el agua en vino.

Lo curioso es que, a pesar de atribuírsele tantos milagros, Jesús no alcanzó fama histórica en su tiempo.

Jesús predicó incansablemente al pueblo de Palestina

Recorrió distintas zonas de Palestina durante un período que, según los evangelios, osciló entre uno y tres años. Su estilo de enseñanza se basaba en sermones breves y parábolas, lo que demuestra su talento como maestro.

Como predicador, Jesús debía tener una voz potente para hacerse oír al aire libre, y era un hábil narrador de parábolas: historias sencillas con enseñanzas profundas. El mensaje central de su predicación fue el Reino de Dios: cómo prepararse para él, quiénes podían entrar y la importancia de una fe sincera, más allá del cumplimiento literal de la ley.

Algunos de sus discursos parecen muy extensos porque los evangelistas recopilaron enseñanzas de distintos momentos para componer textos más desarrollados.

Sus cuatro sermones más importantes están totalmente cuestionados respecto a la autenticidad de su autoría:

- *El Sermón de la Montaña* (o de las Bienaventuranzas): recopilación de diversas enseñanzas. Solo las primeras cuatro bienaventuranzas parecen provenir realmente de Jesús; el resto, junto con los consejos sobre la vida justa ante Dios, fueron añadidos posteriormente como material catequético.
- *El Sermón Apocalíptico* (o de las Señales de Tribulación): contiene poco material original; el autor del *Evangelio Marcos*, para su elaboración, incorporó elementos propios y fragmentos de la literatura apocalíptica judía. Los otros evangelistas lo copiaron casi literalmente.
- *El Sermón del Juicio Final*: definía los criterios para ser considerado justo ante Dios, pero no fue pronunciado por el Jesús histórico.
- *El Sermón de despedida a sus discípulos*: contiene mensajes e instrucciones teológicas que difícilmente pueden atribuirse al Jesús real.

Son muy pocas las parábolas auténticas

Aunque los evangelios atribuyen más de cuarenta parábolas a Jesús, los estudiosos consideran auténticas apenas cinco. Esto dificulta conocer al Jesús histórico a través de ellas, aunque su fama como narrador siga siendo indiscutible.

Dada la escasa fiabilidad de muchas de estas parábolas, conviene ser prudentes al interpretarlas o buscarles significados ocultos.

Jesús mantuvo frecuentes conflictos con sacerdotes y fariseos

Durante su predicación, Jesús chocó a menudo con los líderes religiosos judíos. Los criticó con firmeza, lo cual jugó en su contra: sin su apoyo, su mensaje no fue aceptado por la mayoría judía. No lo reconocieron como el Mesías ni quisieron modificar su forma de vivir la religión.

Todo indica que Jesús no buscaba abolir la Ley judía, sino reformarla. Fue más un renovador que un transgresor. Tenía ideas claras sobre el ayuno, el divorcio, la pureza, la circuncisión, el sábado y el papel de la mujer.

Pero, sobre todo, afirmaba que la fe en el Reino de Dios era más importante que el cumplimiento estricto de la Ley de Moisés.

Es ampliamente aceptado que los evangelios exageraron sus enfrentamientos con los fariseos, a quienes Jesús probablemente respetaba por su propio rigor religioso. En cualquier caso, su intento de convencer a los líderes judíos fracasó por completo: todos se le opusieron.

¿Tuvo Jesús un plan definido para sus doce discípulos?

Cuando comenzó su predicación, Jesús eligió a doce seguidores. Vivió con ellos alrededor de dos años, viajando por Galilea y Judea. Gracias a la cercanía entre ellos, después de su muerte pudieron transmitir sus enseñanzas, dando origen a las primeras imágenes auténticas de Jesús.

Estaba convencido de que el fin del mundo se acercaba y prometió a sus discípulos que, cuando eso ocurriera, ellos serían jueces de las doce tribus de Israel.

Por el contrario, muchas otras afirmaciones —como darles poder para perdonar pecados, hacer milagros o fundar una Iglesia— fueron añadidos teológicos posteriores.

La Última Cena fue, históricamente, una cena de despedida entre amigos. Es probable que se realizara en la casa de María, madre de Marcos, al final de una semana intensa en Jerusalén. Jesús intuía que su muerte estaba próxima.

Durante esa cena expresó su tristeza por la traición inminente y mostró su afecto con un gesto sencillo: bendijo el pan y el vino, los compartió y pidió que repitieran ese gesto en su memoria. Esta escena fue transformada más tarde en un acto religioso con significado teológico.

Un final extraño, inmerecido y evitable

Desde su arresto hasta su muerte, la información histórica es escasa. Los primeros cristianos llenaron esos vacíos con relatos no comprobables, presentados como verdades sin pruebas. Usaron una estrategia conocida como «traslado de la prueba»: consiste en afirmar algo sin demostrarlo y esperar que sean los otros los que tengan que refutarlo.

Lo único cierto es que Jesús fue ejecutado de manera cruel, tras la presión de las autoridades religiosas judías. Murió con gran sufrimiento, sintiéndose solo y abandonado. Para sus seguidores fue una pérdida devastadora; para la Iglesia naciente, su muerte se reinterpretó como un sacrificio divino, aunque sin evidencias sólidas.

Otros rasgos destacables en la vida del Jesús histórico

Cabe mencionar algunos rasgos adicionales del Jesús histórico: fue un defensor de los marginados, por quienes mostró profunda compasión; vivió momentos de angustia y soledad; mantuvo una relación distante con su familia —sus hermanos incluso lo consideraron fuera de sí—; y en ocasiones recurrió a la violencia física (en el templo) o verbal (contra la clase sacerdotal).

Las afirmaciones más cuestionables sobre Jesús de Nazaret

Los historiadores especialistas consideran poco probables las siguientes afirmaciones acerca de su vida pública:

- Que Jesús se considerara el Mesías esperado.
- Que se proclamara Hijo natural de Dios.
- Que se identificara como «Hijo del Hombre».
- Que hablara de la Trinidad.
- Que instituyera el sacramento del bautismo.
- Que instituyera la eucaristía.
- Que fundara la Iglesia.
- Que enviara sus discípulos a predicar por todo el mundo.
- Que nombrara a Pedro como cabeza de la Iglesia.

En resumen

Jesús de Nazaret fue un hombre carismático, que vivió con sencillez, rodeado de gente común a la que ayudó cuanto pudo. Predicó con fuerza sobre el Reino de Dios y creyó sinceramente que el mundo estaba por terminar. Aunque se equivocó en esa predicción, su mensaje llegó a muchas personas. Murió de forma brutal e incomprensible.

5.2.- El Jesús modificado por el cristianismo

Hoy en día, muchos especialistas sostienen que el cristianismo no se basó en las enseñanzas de Jesús de Nazaret, sino en las ideas de Pablo de Tarso, quien afirmaba haber recibido su mensaje directamente de Dios a través de revelaciones personales.

Pablo de Tarso fue una figura muy particular.

Según los relatos, pasó de perseguir a los cristianos a convertirse en su principal defensor, gracias a una experiencia que él mismo interpretó como una intervención divina. A partir de entonces, afirmó que Dios le había encomendado continuar la misión de Jesús.

Desde ese momento se dedicó por completo a difundir su mensaje, y gracias a su labor dicho mensaje no se perdió tras la muerte de Jesús.

Su papel fue decisivo, aunque no el único responsable de las transformaciones posteriores. Pablo sentó las bases, pero fueron los líderes de la Iglesia —especialmente entre los siglos II y IV— quienes desarrollaron y organizaron el cristianismo.

Tras la muerte de Jesús, sus seguidores se encontraban confundidos. En ese difícil contexto, Pablo tomó la iniciativa, evitando que el emergente movimiento cristiano desapareciera, aunque su intervención modificó profundamente el mensaje original.

Con el tiempo, ese mensaje fue sustituido por nuevas reglas, rituales y creencias impuestas por la Iglesia.

Efectivamente, los evangelios fueron adaptándose a las necesidades de los líderes cristianos, y la figura de Jesús se fue alejando progresivamente de lo que realmente fue.

Sucedió, además, que los cristianos judíos, encabezados por Pedro en Jerusalén —que se mantenían más próximos al verdadero Jesús y a la tradición judía—, no salieron a predicar al mundo como lo hizo Pablo y permanecieron en la capital, esperando que el tiempo les diera la razón. Pero su influencia fue disminuyendo, sobre todo después de la destrucción total del Templo en el año 70, hasta casi desaparecer.

Desde el inicio, Pablo tenía un objetivo claro: llevar el mensaje de Jesús a los no judíos (los gentiles). Para conseguirlo, simplificó el mensaje y lo dotó de un mayor contenido teológico. Su principal aportación fue la de reinterpretar la muerte de Jesús como un sacrificio por los pecados de toda la humanidad, incluyendo el llamado pecado original. De esta manera, la salvación ya no dependía del cumplimiento de la Ley de Moisés, sino de la fe en que Jesús murió por todos los seres humanos.

Esta nueva visión facilitó enormemente la conversión de los gentiles, pues eliminaba muchas normas difíciles de observar.

A continuación, se resumen las principales ideas de Pablo que transformaron el mensaje original de Jesús:

- Su muerte fue sacrificio para expiar el pecado original.
- La salvación se obtiene por la fe en Jesús, el Salvador.
- La Ley de Moisés ya no es necesaria para la salvación.

- Jesús es el Hijo de Dios, nacido de una virgen.
- Judíos y no judíos pueden salvarse por igual.
- La Eucaristía es un sacramento.
- El pan y el vino se transforman (transubstanciación).
- Sin la resurrección, no hay fe ni mensaje posible.
- El bautismo es sacramento («circuncisión espiritual»).
- La obediencia y sumisión a los líderes es esencial.
- No cuestionó el orden social de la época: lo que significaba aceptar la esclavitud y la pobreza.
- Excluyó a las mujeres de posiciones de autoridad.
- Pidió a las mujeres no participar activamente en el culto.

Con el paso del tiempo, la diferencia entre el Jesús histórico (el que realmente vivió) y el Jesús teológico (el presentado por la Iglesia) se fue ampliando cada vez más.

Para resolver los conflictos internos y unificar las creencias, la Iglesia decretó hasta 44 dogmas oficiales, considerados verdades absolutas e inmutables reveladas por Dios.

Algunos parecen diseñados más para sostener la autoridad de la Iglesia que para transmitir valores espirituales. Otros resultan, cuando menos, curiosos, como el dogma que afirma: «Dios conserva en la existencia todas las cosas creadas», lo cual parece dudoso si recordamos que los dinosaurios ya no existen.

Los dogmas 29 a 37 declaran de manera rotunda e irrefutable que Jesús instituyó los siete sacramentos que la Iglesia católica reconoce oficialmente: bautismo, confirmación, eucaristía, matrimonio, unción de los

enfermos, confesión y orden sacerdotal. Por su parte, los cristianos protestantes solo aceptan dos de estos sacramentos (el bautismo y la eucaristía), y aun así se consideran verdaderos seguidores de Cristo.

Mientras tanto, los nazarenos —más cercanos al Jesús original— no reconocen ninguno de esos sacramentos como instituidos por el Jesús histórico.

Desde su perspectiva, los nazarenos, reclaman a la Iglesia cristiana «su verdad» simple y directa:

«Iglesia, si quieres crear una religión basada en Jesús, estás en tu derecho. Puedes establecer las normas que desees. Pero no digas que se basa en lo que Jesús dijo o hizo, corroborado por el *Nuevo Testamento*, porque eso no es cierto. Esos textos fueron escritos o modificados por tus líderes para sostener sus ideas, convirtiendo a Jesús de Nazaret en Jesucristo.

Nosotros deseamos recuperar al Jesús de Nazaret genuino: aquel que enseñó cómo vivir para entrar en el Reino de Dios, sin dogmas, reelaboraciones ni complicaciones innecesarias.»

En resumen, el cristianismo:

- Tomó a un hombre humano y lo convirtió en ser divino.
- Tomó a un predicador local y lo hizo maestro universal.
- Tomó a un ejecutado y lo transformó en redentor.
- Tomó a un muerto y lo hizo resucitar.
- Tomó al mensajero y lo convirtió en líder de una Iglesia.
- Tomó a Jesús de Nazaret y lo transformó en Jesucristo.

5.3.- El rincón de las herejías

Desde la visión de los nazarenos —seguidores del Jesús histórico—, este espacio no debería ni existir. Para ellos, si se siguiera fielmente el mensaje original de Jesús, no habría herejías. Por el contrario, desde el punto de vista de los cristianos institucionales, este apartado debería ser ilimitado, pues gran parte de lo dicho aquí, hasta el momento, podría considerarse una herejía.

Partiendo del hecho de que la Iglesia cristiana ha utilizado el término *herejía* de manera presuntuosa y autoritaria —como mecanismo para descalificar y condenar cualquier opinión contraria a la suya—, la mayoría de sus condenas recayeron sobre quienes se atrevieron a cuestionar sus afirmaciones dogmáticas en torno a Dios, María, Jesucristo, el mundo, los sacramentos o la propia Iglesia.

Pero estas cuestiones son, en su mayoría, asuntos de fe: no pueden demostrarse, no se comprenden plenamente con la razón y exigen un acto de voluntad para ser aceptadas como tales. En otras palabras, muchas herejías surgieron de diferencias de opinión que fueron zanjadas por decreto, gracias al peso del poder institucional dominante.

Aunque ello haya provocado la escisión de millones de creyentes que, con el tiempo, dieron origen a otras ramas del cristianismo, como la protestante o la ortodoxa. Para colmo, estos disidentes fueron condenados a la exclusión de la salvación... también por decreto.

Que una institución posea poder —y muchos seguidores— no significa que tenga más razón. Solo implica que puede

imponer sus ideas, aunque no representen la verdad absoluta. En este contexto, los dogmas y las herejías no se definen tanto por la verdad o la negación de ella, sino por quién tiene el control para decidir qué es lo verdadero.

Todo ello, a pesar de la solemne definición formal de herejía que la Iglesia sostiene: «La negación pertinaz de una verdad que ha de creerse con fe divina y católica, o la duda pertinaz sobre la misma.»

El extenso y rígido cuerpo de dogmas cristiano ha provocado, además, que muchas personas se alejen en lugar de acercarse. En vez de invitar de forma sencilla al mensaje del Reino de Dios, se abruma al creyente con normas, creencias y obligaciones que debe aceptar sin rechistar. Ello dificulta, paradójicamente, el cumplimiento del mandato de llevar el mensaje del Reino de Dios a todas las naciones.

Un claro ejemplo puede observarse en el prolongado debate sobre la naturaleza de Jesús. A continuación, algunos casos históricos de herejes condenados por la Iglesia:

- *Año 325:* Arrio fue condenado por afirmar que Jesús no era eterno, ya que, siendo Hijo, necesariamente tuvo que ser engendrado por el Padre.
- *Año 381:* Macedonio, patriarca de Constantinopla, fue excomulgado por negar que el Espíritu Santo fuera Dios.
- *Año 431:* Nestorio, arzobispo de Constantinopla, perdió su cargo al sostener que Jesús tenía dos naturalezas separadas (divina y humana), y que María no era madre de Dios, sino solo de su parte humana.

- *Año 451*: Eutiques fue condenado por decir que la parte divina de Jesús absorbió la humana.
- *Año 820*: Focio, también patriarca de Constantinopla, fue considerado santo por la Iglesia ortodoxa y hereje por la católica al afirmar que el Espíritu Santo procede solo del Padre y no del Hijo.

Hoy, gracias al análisis moderno de los manuscritos del *Nuevo Testamento*, se sabe que muchos pasajes y frases atribuidas a Jesús son falsas o manipuladas. A pesar de ello, la Iglesia cristiana sigue ignorando deliberadamente estos hallazgos. Resulta comprensible ya que está atrapada en su propia doctrina de la infalibilidad, la cual le impide retroceder en aquello que ya ha definido como revelación, especialmente en lo relativo a los dogmas.

Por ello, este *Rincón de las herejías* no pretende abrir un debate sobre si Jesús dijo o no dijo algo, o sobre cuál de las dos figuras —Jesús de Nazaret o Jesucristo— «tenía razón», sino resaltar los elementos que han complicado de forma innecesaria las creencias impuestas a los seguidores de Jesucristo como condición para alcanzar la salvación.

Conviene recordar, a este respecto, una advertencia del propio Jesús histórico dirigida a los intérpretes de la Ley:

«¡Ay de vosotros también, intérpretes de la Ley, porque cargáis a la gente con cargas que no pueden soportar, mientras vosotros no tocáis las cargas ni con un dedo! ¡Ay de vosotros, intérpretes de la Ley, porque os habéis apoderado de la llave del conocimiento!»

En definitiva: dos formas de entender a Jesús

La comparación entre Jesús de Nazaret —figura histórica— y Jesucristo —construcción teológica elaborada por la Iglesia— tiene un punto en común: ambos se presentan como mensajeros del único Dios, para explicar en qué consiste su Reino y cómo acceder a la salvación personal.

La gran diferencia radica en el método: Jesús de Nazaret eligió un camino sencillo, directo y accesible; mientras que Jesucristo apareció acompañado de múltiples obligaciones adicionales impuestas por la institución eclesiástica, muchas de ellas bajo la amenaza de condena eterna:

«Si un bautizado niega o duda deliberadamente de un dogma, comete herejía y queda excomulgado.»

Si el objetivo es la salvación personal —como sostenía Pablo de Tarso—, entonces «cuanto más sencillo sea, más accesible será para todos». Pero basta citar un caso concreto para comprobar lo difícil que le resulta a la Iglesia mantener esa declarada sencillez: su postura sobre los cristianos divorciados, que afecta a millones de personas, tal como establece el *Catecismo de la Iglesia Católica (CIC)*:

«La Iglesia muestra hacia ellos una atenta solicitud, invitándoles a una vida de fe, oración, obras de caridad y educación cristiana de los hijos; pero no pueden recibir la absolución sacramental, ni acercarse a la comunión eucarística, ni ejercer ciertas responsabilidades eclesiales mientras dure tal situación, que contrasta objetivamente con la ley de Dios.»

En definitiva, para comprender mejor el inmenso abismo creado, basta comparar los dos *credos*: el teológico, formulado en el Concilio de Nicea (año 325), y el que transmitió el Jesús histórico según la visión de los nazarenos —sus primeros seguidores—:

JESUCRISTO

(según el Credo de Nicea, 325 d.C.)

«Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día según las Escrituras, subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su Reino no tendrá fin.»

JESÚS DE NAZARET

(según la visión de los nazarenos)

- Soy un hijo muy especial de Dios, pero un ser humano.
- Mi padre fue José y mi madre, María.
- He venido tan solo para salvar al pueblo judío.
- No soy el Rey de los judíos ni descendiente de David.
- No soy el Mesías esperado por Israel para su liberación.
- Dios es único, indivisible y eterno.

- El pecado original ya fue perdonado por Dios.
- Fui crucificado como un malhechor político.
- Vendrá «alguien» al fin del tiempo para juzgar a todos.
- Fui sepultado en una fosa común.
- No ascendí físicamente al espacio celeste.
- No fundé ninguna Iglesia ni designé a Pedro su jefe.
- No instituí ninguno de los siete sacramentos.
- Soy mensajero del Reino de Dios.

Es esencial entender que la salvación individual puede alcanzarse tanto siguiendo a Jesús de Nazaret como a Jesucristo. El intento autoritario de la Iglesia cristiana de monopolizar la salvación —controlando sus fieles mediante la amenaza del castigo eterno— debería ser erradicado de la conciencia cristiana. Tal actitud no refleja el espíritu ni la esencia de las enseñanzas del Jesús histórico.

Para cerrar este epígrafe, solo cabe añadir:

«Seguro que el Reino de los Cielos está lleno de herejes.»

5.4.- El cristianismo, merecedor de un gran «zasca».

Para los seguidores de Jesús de Nazaret —los nazarenos—, lo más doloroso no fue solo que el cristianismo se apropiara de la figura de su maestro, sino comprobar cómo desperdició el gran regalo que recibió en el siglo IV. Fue una oportunidad única que pudo haber convertido al cristianismo en la religión más influyente del mundo, cumpliendo así su objetivo de expansión.

Lo que hizo el cristianismo con aquella ventaja durante los siguientes dos mil años merece una crítica severa. Recibió

el mayor privilegio que una religión haya obtenido jamás... y lo malgastó. Es cierto que algo similar podría haberle ocurrido a cualquier otro grupo, pero duele ver tanto poder desaprovechado, especialmente cuando fue obtenido de forma tan inesperada.

El siglo IV: un sueño hecho realidad

El siglo IV (años 300 al 399) fue un período dorado para el cristianismo, lleno de acontecimientos sorprendentes que cambiaron para siempre su historia. Aunque no comenzó bien.

En el año 303, bajo los emperadores Diocleciano y Galerio, se produjo la única gran persecución sistemática contra los cristianos. Murieron más de dos mil personas. Se destruyeron templos, se quemaron libros sagrados, se ejecutaron líderes religiosos y se retiraron derechos civiles. Fue una represión general, dura y sin precedentes.

Hasta entonces, las persecuciones habían sido más locales y menos graves —nada comparable a las leyendas que circularon—, pero esta fue real y devastadora.

¿Por qué, entonces, se habla de un «siglo de ensueño»?

Porque todo cambió rápidamente. En el año 311, el propio Galerio reconoció que las persecuciones habían fracasado y emitió un Decreto de Indulgencia que las puso fin.

Un año después, en 312, el joven emperador Constantino promulgó el famoso *Edicto de Milán*, que legalizó el cristianismo, lo apoyó con fondos públicos, le otorgó beneficios fiscales y le devolvió las propiedades confiscadas.

En 325 convocó el Concilio de Nicea —el primero de la historia—, que marcó un antes y un después en la organización y teología cristiana. Incluso, en el año 331, encargó la redacción de cincuenta Biblias para las nuevas iglesias que mandó construir en Constantinopla.

Gracias a estas medidas, el número de cristianos creció vertiginosamente: de unos pocos cientos de miles a principios de siglo, a casi tres millones hacia el año 380.

Y entonces llegó el gran golpe de suerte: el emperador Teodosio, mediante el *Edicto de Tesalónica* (380), convirtió al cristianismo en la religión oficial y obligatoria del Imperio Romano. En un solo acto, más de 45 millones de personas pasaron a ser cristianas.

Por si fuera poco, en 391 el mismo Teodosio prohibió el Mitraísmo, la mayor competencia del cristianismo.

¿Un regalo envenenado?

Aunque el *Edicto de Tesalónica* se considera el gran triunfo del cristianismo —al convertirlo en la religión oficial del Imperio—, muchos especialistas lo califican de «regalo envenenado», pues transformó profundamente el espíritu y los valores originales del movimiento cristiano.

Estos fueron algunos de los efectos negativos de aquella obligatoriedad:

1. *Desaparición del impulso espiritual.* Antes, las persecuciones fortalecían la fe. Morir por Cristo —el martirio— era la máxima expresión de amor y

compromiso con Dios. Con la legalización, desapareció la persecución, pero también el fervor y el ímpetu.

2. *Fin del entusiasmo misionero.* Inspirados por Pablo de Tarso, los primeros cristianos difundían el mensaje con pasión. Pero, con la religión ya establecida, el foco cambió: ahora había que administrar la Iglesia. Se necesitaban templos, jerarquías, dinero, liturgias... y el mensaje quedó relegado.
3. *Masas sin preparación espiritual.* De pronto, millones de personas se convirtieron al cristianismo sin entender bien en qué creían ni por qué. La fe, antes viva en pequeñas comunidades solidarias, se diluyó entre conversiones forzadas o interesadas.
4. *Conversión por poder.* Ser cristiano se volvió requisito para acceder a cargos públicos. Esto fomentó la hipocresía, el oportunismo y la corrupción, que pronto se infiltraron en la Iglesia.
5. *De víctima a verdugo.* La Iglesia, que había sido perseguida, se transformó en perseguidora. Mostró una intolerancia absoluta hacia otras creencias, convirtiéndose en aquello que había padecido: de mártir a inquisidora.
6. *Obsesión por el poder y las riquezas.* Con el respaldo del Estado, comenzó a acumular bienes y propiedades, muchas obtenidas por la fuerza. La ambición sustituyó al ideal de humildad y servicio, alejando a la institución del mensaje de Jesús.

El escenario resultante no auguraba nada bueno, y la historia lo confirmó.

La «foto» de las religiones en 2025

Observar la distribución estimada de las religiones en 2025 ayuda a comprender las consecuencias de aquel rumbo equivocado:

Estimación del posicionamiento religioso mundial (2025):

1. Islamistas: 25% (2.050 millones)
2. Católicos: 17% (1.394 millones)
3. Hinduistas: 16% (1.312 millones)
4. Ateos y agnósticos: 13% (1.066 millones)
5. Protestantes: 11% (902 millones)
6. Budistas: 6% (492 millones)
7. Practicantes chinos sin especificar 6% (492 millones)
8. Ortodoxos: 3% (246 millones)
9. Judaísmo: 0,2% (16 millones)
10. Otros: 2,8% (230 millones)

(Población mundial estimada: 8.200 millones.)

Una historia de grandes fracasos

La situación actual del cristianismo revela lo que muchos consideran un triple fracaso histórico:

1. *Un solo rebaño... que nunca fue.* El Evangelio de Juan hablaba de «un solo rebaño bajo un solo pastor». Ese ideal, ya inalcanzable en el siglo I, resulta hoy

completamente imposible ante la diversidad religiosa contemporánea.

2. *Divisiones irreparables.* La intransigencia del poder de la Iglesia fracturó el cristianismo en tres ramas irreconciliables: ortodoxos, protestantes y católicos. La causa fue siempre la misma: expulsar a quienes pensaban diferente.
3. *Incapacidad de autocrítica.* La Iglesia rara vez ha mostrado la humildad necesaria para reconocer sus errores. No puede culpar siempre a enemigos externos; la mayoría de sus fracasos proviene de su propia estructura.

Los grandes males estructurales

- Búsqueda constante de poder y riqueza
- Gobierno autoritario y cerrado al diálogo
- Soberbia institucional
- Dependencia del poder político
- Falta de flexibilidad y resistencia al cambio
- Fracaso en sus propios objetivos espirituales
- Luchas internas por el control
- Lujo, ostentación y corrupción generalizada

Cuatro grandes errores históricos

Estas actitudes, poco democráticas y sociales, se reflejan en los hechos históricos más relevantes del cristianismo. No es este el lugar para hacer un repaso detallado de aciertos y fallos, pero merece la pena recordar cuatro hechos clave que le impidieron alcanzar el esplendor deseado:

- 1.-Separación de la Iglesia Ortodoxa
- 2.-Separación de la Iglesia Protestante
- 3.-Cruzadas: las guerras que «usaron» el nombre de Dios
- 4.-La Inquisición: instrumento depurativo «nada cristiano»

1.- Escisión de los ortodoxos.

La separación de la Iglesia Ortodoxa fue algo «avisado» desde el comienzo. Los ocho primeros concilios oficiales que se celebraron entre el año 325 y el 869 se cebaron con las jerarquías eclesiásticas de Constantinopla, que desarrollaron las tesis opuestas más molestas para la Iglesia de Roma. En aquellas épocas se dictó la excomunión y la declaración de herejía para grandes figuras de la Iglesia Cristiana en Oriente como *Arrio*, *Nestorio*, *Eutiques*, *Macedonio* y *Focio*.

Este proceso culminó en el año 1054, con el «Cisma de Oriente y Occidente», cuando el Papa de Roma, León IX, excomulgó al Patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, y viceversa, de modo que se abrió una escisión que ya no se ha podido cerrar nunca. Esta escisión costó al cristianismo la pérdida de doscientos cincuenta millones de posibles fieles, los cuales para la Iglesia Católica figuran como excomulgados por rechazar unos cuantos dogmas (cuadro siguiente).

2.- Escisión de los protestantes.

En el año 1517, como respuesta a un largo período de la Iglesia de Roma muy corrupto y pleno de materialismo —manifestado por el constante mercadeo con la concesión de indulgencias papales—, Martín Lutero, teólogo y fraile

agustino alemán, quiso recuperar el espíritu original del primer cristianismo, y denunció en la iglesia de Wittenberg, en sus conocidas «95 Tesis», al Papa León X.

Esta acción causó una gran conmoción en Alemania y en Roma. Por supuesto fue excomulgado, dando origen a la segunda gran escisión irrevocable del cristianismo. Escisión que significó la separación de más de novecientos posibles millones de fieles, los cuales, como los ortodoxos, terminaron también excomulgados y excluidos del Reino de Dios, por no aceptar la totalidad de los dogmas exigidos por la Iglesia Católica (ver cuadro siguiente).

Como muestra del contenido de la acción reivindicativa de Lutero, se adjunta el texto de la «Tesis 86»:

«Del mismo modo ¿Por qué el Papa, cuya fortuna es hoy más abundante que la de los más opulentos ricos, no construye tan solo una basílica de San Pedro de su propio dinero, en lugar de hacerlo con el de los pobres creyentes?»

Cuando conviene a la Iglesia Católica, es frecuente escucharle que la religión cristiana es la más numerosa del mundo con sus más de 2.500 millones de fieles, con la lógica inclusión de ortodoxos y protestantes.

Además da la impresión de que es ella la que lidera la representatividad de todo el cristianismo.

Pero esta es una forma de hablar muy engañosa e incorrecta, ya que las diferencias irreconciliables entre las tres religiones es muy evidente y no soportan la integración de ningún tipo:

POSICIÓN IGLESIAS CRISTIANAS FRENTE A DOGMAS

<u>CONCEPTOS</u>	<u>Ortodoxos</u>	<u>Protestantes</u>	<u>Católicos</u>
Inmaculada Concepción	No	No	Si
Ascensión de María	No	No	Si
Pecado original	No	Si	Si
Autoridad papa de Roma	No	No	Si
Celibato obligatorio	No	No	Si
Número de sacramentos	7	2	7
Infalibilidad papal	No	No	Si
Santísima Trinidad	No	Si	Si
Concepción virginal	Si	Si	Si
Jesús Hijo de Dios	Si	Si	Si

3.- : Las cruzadas.

El tercer hito contrario al desarrollo del cristianismo fueron las ocho grandes Cruzadas que se llevaron a cabo «contra» Tierra Santa entre los años 1090 y 1300.

Con el aliento de los papas de turno en el poder, el empeñamiento por la Iglesia de Roma en recuperar los territorios de Jerusalén y someter a los musulmanes, a cualquier precio, fue nefasto.

Además de uno de los fracasos militares más estrepitosos de la historia de las naciones, fue la causa directa de la muerte de entre el cinco y el diez por ciento de la población joven europea de la época.

A eso hay que añadir la generación de un odio visceral, que, desde entonces, afecta a musulmanes, cristianos y judíos.

Resulta incomprensible que todavía se defienda la oportunidad de las cruzadas como un intercambio beneficioso de culturas entre Oriente y Occidente.

Por el contrario, de este período, quedó el absurdo ejemplo de la llamada «Cruzada de los niños» de 1212, en el que un pastorcillo «iluminado» de Orleans reclutó a treinta mil niños para ir a guerrear a Tierra Santa. Una buena parte de ellos murieron al atravesar los Alpes en invierno, y la parte restante o fueron hechos esclavos o murieron en la travesía.

Se desconoce si el pastorcillo «iluminado» fue con ellos o se quedó cuidando de sus ovejas en Orleans.

4.- La «Santa» Inquisición.

El cuarto hito que supuso una auténtica vergüenza para el desarrollo del cristianismo fue la creación del Santo Oficio, nacido en Francia en el año 1229, aunque se desarrolló con plenitud entre los siglos XV y XVI con el objetivo de «la persecución sistemática de los herejes y disidentes religiosos».

Por supuesto que la Iglesia Cristiana española se apuntó a la idea con todo el entusiasmo, y desde 1481 hasta 1788 la que se denominó como «Santa» Inquisición se dedicó a todo tipo de tropelías, torturas y asesinatos «para mayor honra y gloria de Dios». Se dice que las personas muertas por efecto de las torturas y las ejecuciones llegaron a superar las cincuenta mil en los trescientos años que estuvo vigente en España. Se persiguieron sobre todo a musulmanes, judíos conversos, protestantes y personas sospechosas de ejercer la brujería, muy en especial a las mujeres.

Conclusión

Con errores tan graves y reiterados, no sorprende que la evolución religiosa global muestre una tendencia

desfavorable para el Catolicismo. Es fácil prever que, en el futuro, el Islam y el Hinduismo superarán ampliamente su influencia.

Por ello, el cristianismo se ha hecho merecedor de este gran «zasca», que los seguidores de Jesús de Nazaret —los nazarenos— le dedican por haber desperdiciado una apropiación tan dolorosa como inútil.

Simplemente se trata de un acto de justicia histórica.

5.5.- Qué futuro aguarda a los nazarenos

Este libro ha mostrado quiénes son los verdaderos seguidores de Jesús de Nazaret, conocidos como *nazarenos*, quienes durante siglos vieron como su voz fue silenciada.

En efecto, con la victoria de las tesis de Pablo de Tarso dentro del cristianismo, los nazarenos fueron apartados y dejados sin representación, teniendo que ver, además, cómo su maestro fue utilizado por otros con fines diferentes a los originales.

Lo peor de todo fue que no pudieron vivir su fe de forma abierta y no se les permitió celebrar ni expresar su espiritualidad según sus creencias. Si querían hacerlo, tenían que hacerlo según las reglas de una Iglesia con la que no se sentían identificados ni representados, prefiriendo quedar en silencio.

Pero una religión necesita comunidad, compartir, y poder expresarse para mantenerse viva, si bien la Iglesia oficial fue muy clara desde el principio: si no estaban con ella, estaban en contra, y durante siglos no ha habido espacio para otras

formas de seguir a Jesús. Por eso, los nazarenos no tuvieron más opción que desaparecer de la vida pública.

Hoy, gracias a los nuevos descubrimientos y a las nuevas técnicas, los nazarenos vuelven a ser visibles y pueden gozar de una inesperada oportunidad. Es cierto que no se puede compensar tanto tiempo de olvido, pero al menos ahora pueden recuperar su lugar en la espiritualidad que Jesús les enseñó de forma simple: orar desde el corazón, vivir de forma justa y amar a los demás como a uno mismo.

En efecto, Jesús no les enseñó grandes rituales, ni les exigió el cumplir con normas complicadas, y aunque los nazarenos no pudieron tener sus templos o sus liturgias propias, quienes siguieron con fidelidad su mensaje han podido vivir su fe en privado y en la intimidad.

Muchas personas en el mundo sienten una profunda conexión con el Jesús histórico, pero no han tenido cómo vivir y expresar esa adhesión porque las iglesias tradicionales, como es lógico, no las representan en absoluto. Si van a una iglesia tradicional, encontrarán lecturas y rituales que no reflejan lo que Jesús dijo que había que hacer y decir, lo que les causa dolor, rechazo e incomodidad.

No parece fácil que esto cambie pronto —ni vaya tan siquiera a poder cambiar en el futuro—, pero este libro cuando menos ha ayudado a darles un poco de voz y un poco de espacio, abriendo una mirada más amplia: lo importante no es la religión que se siga, sino el camino personal de encuentro con Dios, y a los nazarenos les ha quedado muy claro que su camino es correcto.

Saben que la Iglesia Cristiana no puede dar marcha atrás ni corregir posiciones, lo que supone una barrera infranqueable para que los seguidores de Jesús de Nazaret —los nazarenos— tengan alternativas para expresar su religiosidad. Merecen mejor justicia, pero las posibilidades son escasas y ya están acostumbrados a vivir así. Mejor es aceptarlo.

Lo que distingue a los nazarenos es su sencillez espiritual. No tienen muchas reglas que cumplir y son capaces de centrarse en lo elemental, en lo que es la esencia de la doctrina del Reino de Dios, siguiendo los principios que su maestro les ofreció en su predicación.

Esa simplicidad y esa capacidad para centrarse en lo esencial, tienen la gran ventaja de facilitarles la relación con gentes de otras creencias que mantienen prácticas y pensamientos sencillos en torno a Dios, como los suyos, lejos de complicadas estructuras normativas que crean barreras de entendimiento.

En efecto, casi todas las religiones, con el tiempo, se llenan de normas y rituales. Jesús criticó duramente esto en su tiempo, especialmente en escribas y sacerdotes. Pero si se vuelve al origen, los principios son simples, y eso abre la puerta al entendimiento entre creencias diferentes. Los nazarenos pueden ser líderes en esa apertura universal, tras tantos años de espera y paciencia.

Un caluroso día de agosto de 2024, el anterior papa Francisco de pronto reconoció algo insólito al afirmar que la salvación personal era posible a través de cualquier religión. Esto fue impactante para la Iglesia Católica, que

siempre ha considerado que el único camino válido hacia Dios es el suyo, y dejó desconcertadas a sus jerarquías en el mundo. Pero muchas personas sintieron con alivio que esa declaración confirmaba lo que ya intuían: quien vive con fe verdadera, desde cualquier religión, llegará hasta Dios, sin duda alguna.

Bajo ese nuevo enfoque papal, se aceptaba la antigua teoría griega de la «Apocatástasis», en la cual se reconoce que todas las cosas tienen tendencia a volver con el tiempo a su estado original, y que en el terreno religioso se interpreta como que al final de los tiempos todos los seres, pecadores y no pecadores, justos e injustos e inclusive los demonios serán reconciliados en Dios.

Nota 1: Sobre las condiciones para el Fin del Mundo (página 141)

En la página 141 se ha escrito que el Jesús histórico, a lo largo de su predicación, fijó cinco condiciones que se debían cumplir antes de la llegada del final de los tiempos. Estas cinco condiciones fueron;

- Primera, que antes tendrá que ser proclamada la buena nueva del Reino de Dios a todas las naciones;
- Segunda, que se tendrá que producir la conversión del pueblo judío;
- Tercera, que previamente se tendrá que producir una apostasía general;
- Cuarta, que aparecerá el Anticristo;
- Quinta, que se producirán todo tipo de calamidades y desastres sobre toda la tierra.

Nota 2: Sobre las personalidades espirituales y la fe (página 88)

Jesús de Nazaret, aclaró en diversas ocasiones que la fe no era una cuestión de proponérselo, sino que era una gracia concedida por Dios para facilitar la aceptación de cuestiones complejas y complicadas, que sin el concurso de la fe no eran accesibles.

Empezando por el propio concepto del Reino de Dios, todos esos misterios adicionales que el cristianismo exige comprender y aceptar a sus seguidores para la salvación individual, requieren de un importante ejercicio de fe y aceptación de creencias, que no están al alcance por igual de todas las personas, ya que están condicionadas por el tipo de personalidad espiritual que tiene cada individuo.

Hay tres personalidades básicas espirituales: Analistas/Reflexivas, Emocionales/Sensitivas y Dependientes/Sumisas.

Las Analistas-Reflexivas:

Son dominadas por la intelectualidad y la mente lógica, sintiendo gran preferencia por el pensamiento crítico y la profunda interiorización de los procesos de aceptación, por lo que para ellas la cuestión de la fe es un asunto bastante complicado y les cuesta encontrar la motivación para cerrar su mente, aunque cuando lo hacen desarrollan un extraordinario potencial. En esta categoría encajan bien los clérigos, los maestros y los herejes, por ejemplo.

Las Emocionales-Sensitivas:

Son dominadas por la exaltación, la experimentación y el sentimiento. Están caracterizadas por una aceptación alegre del sufrimiento y del dolor, presumiendo de llevar el Reino de Dios en el interior de su corazón. Gustan de exteriorizar su estado de fusión con Dios, pero viven su fe con un gran potencial interior. Encajan bien en este grupo los mártires, los místicos y los

salmistas, por ejemplo. La fe para ellos es intimidad, alegría y pasión.

Las Sumisas-Dependientes:

Se trata de personas dominadas por la lealtad, la pasividad, la confianza, la justificación y la entrega. Fueron muy apreciadas por Pablo de Tarso por su facilidad para aceptar la autoridad y la obediencia. Poco críticas, les encanta la pertenencia a una comunidad y su fe, que es ciega y confiada, se justifica plenamente cuando es compartida. Confían en la promesa de una vida mejor. Encajan bien en este grupo los discípulos, los fieles en general y los miembros de comunidades.

CAPÍTULO FINAL

Buscando un buen «cierre» para el libro

«Cerrar» un libro, en el sentido literario, no suele ser tarea sencilla. El autor, en general, quiere despedirse con estilo y está deseando dejar una buena impresión final en el lector o la lectora. Por ello, esas últimas palabras, además de mantener el interés por el tema tratado —eso por descontado—, deben aportar algo añadido, entre original, novedoso y sorprendente.

Como un «¡tachán!» inesperado que aparece justo al final del número, cuando ya nadie lo espera, que captura de nuevo la atención del público y deja un buen sabor de boca. Similar al del rico cafecito que se toma con calma después de una buena comida.

En un tema tan delicado como el de Jesús de Nazaret, he comprendido que, para hacer una correcta despedida, no es suficiente con redactar un buen resumen de lo escrito, con exponer una acertada reflexión relacionada con el tema central o con aclarar aquellos puntos que, después de la decimosexta revisión, todavía pueden ser mejorados.

Tampoco me parece adecuado terminar con una lista de conclusiones. Este libro está pensado para que cada persona saque las suyas propias, sin que nadie le diga qué pensar ni por dónde seguir. Lo importante es que cada uno llegue a ellas como resultado de un proceso de reflexión y serena «digestión» de los temas tratados.

Entonces, después de darle varias vueltas he considerado que algo que podría aportar una información final añadida

—y quizás hasta valiosa— sería el propio conocimiento de cómo ha sido, en general, el proceso integral de confección del libro. Es decir, contar la evolución personal que he experimentado al escribir sobre un tema tan difícil como el del Jesús histórico.

Recordar dónde me encontraba al comienzo y cuáles eran mis intenciones iniciales, reflexionar sobre cómo me he ido moviendo a lo largo del tiempo, y sopesar cómo se han cumplido mis objetivos. Contar y compartir cuáles han sido mis hallazgos personales más importantes y los temores sentidos o recordar cuáles han sido los temas que más «guerra» me han dado.

Confío en que compartir mi experiencia ayude a entender mejor la experiencia personal que proporcione su lectura.

Necesidad de pasar por un proceso «doloroso»

Quedan ya bastante lejos los primeros pasos, en los que pensaba que iba a escribir un «trabajo adolescente» e inocente sobre Jesús de Nazaret —solo que realizado setenta años más tarde—, sin saber que me metía en un fregado de considerable dimensión.

Lo cierto es que aquel deseo personal de conocer con detalle a una figura que tanto llamaba mi atención no ha quedado en absoluto decepcionado.

A pesar de lo laborioso que ha sido, tengo la clara sensación de que, después de un año y medio largo de concentración en el tema, he podido aclarar bastante mejor de lo que pensaba lo que fue Jesús de Nazaret, su doctrina y su legado (cuando menos, para mí mismo).

Lo que me quedó bastante claro desde el comienzo fue que, para conocer en profundidad el tema, iba a tener que pasar necesariamente por un largo y áspero período previo de investigación de la autenticidad de los textos disponibles.

Y, además, hacerlo con valentía, ya que eso suponía aceptar un gran desafío respecto a las ideas tradicionales sobre Jesús desarrolladas dentro de la Iglesia cristiana.

Hay que tener muy presente que, al no existir libros de historia objetivos e imparciales sobre el personaje, no queda otra vía para conocer al Jesús histórico que pasar por los libros canónicos del *Nuevo Testamento*.

La diferencia esencial con respecto al pasado es que hoy ya no es necesario creer ciegamente en dichos textos, puesto que las modernas técnicas de análisis de manuscritos y de comprobación de la autenticidad histórica de contenidos, desarrolladas en los últimos ciento veinticinco años, han permitido detectar la dudosa autenticidad de muchos de los pasajes atribuidos a Jesús de Nazaret.

Este proceso de búsqueda, metodológico y científico, permite a quien estudia al Jesús histórico liberarse pronto de las ataduras del enfoque cristiano tradicional, que impone una visión teológica limitada que no se corresponde con la figura genuina de Jesús de Nazaret.

Al principio, asumir ese desafío resulta muy intimidante, pero una vez superada la barrera mental de tener que aceptar como buenos, por obligación, textos manipulados o alterados, con buena o mala intención, todo se vuelve mucho más sencillo.

¿Objetivos cumplidos al cincuenta por ciento?

Desde muy pronto me di cuenta de que no me iba a resultar fácil cumplir uno de mis dos objetivos básicos de partida. Por una parte, recuerdo que me propuse transmitir y compartir con fidelidad lo apasionante que me estaba resultando el proceso de la búsqueda de información, el análisis de los contenidos, la reflexión sobre los aspectos clave de Jesús de Nazaret y, por supuesto, la propia escritura de los capítulos.

Hoy me siento satisfecho en este aspecto: creo que he logrado contagiar algo de interés y admiración por un personaje tan especial.

En cuanto a mi intención de escribir *un libro fácil sobre un tema difícil*, no estoy tan seguro de haberlo logrado.

Reconozco, en mi defensa, que no esperaba encontrar tanta dificultad desde el comienzo. Pensaba que estudiar y comprender la figura del Jesús histórico sería una tarea más accesible. Pero, el temprano descubrimiento de la dudosa autenticidad en los textos me obligó a ponerme en guardia, lo que se tradujo en una mayor complejidad, que afectaba al modo de comunicar lo que quería expresar.

Por ello, en este aspecto me han quedado dudas sobre el grado de simplicidad conseguido en la escritura.

Feliz descubrimiento de los «nazarenos»

A medida que avanzaba en mi trabajo, observaba complacido como los seguidores genuinos del Jesús histórico —conocidos como nazarenos— volvían a cobrar

vida y visibilidad. Ocultos durante siglos bajo el peso de la oficialidad cristiana y su reinterpretación de la figura de Jesús, volvían a acceder al mensaje original y auténtico de su maestro: lograr la salvación individual a través de la participación activa en el Reino de Dios.

Eso no significa —no hay que alimentar falsas esperanzas— que los nazarenos vayan a disponer de un lugar específico de culto en el que practicar su manera sencilla de entender el mensaje de Jesús de Nazaret, libre de reelaboraciones e interpretaciones complejas. No.

Deberán seguir, como hasta ahora, con un seguimiento íntimo y personal de su maestro, pero con la firme convicción, confirmada, de estar en el camino correcto.

Dividir la vida de Jesús en tres etapas: una buena idea

La propuesta de dividir la vida de Jesús de Nazaret en tres tiempos principales resultó ser buena idea, ya que me ofreció una excelente ayuda para facilitar la «búsqueda y captura» del Jesús histórico, y poder diferenciarlo con claridad del Jesús teológico.

Pienso que este ha sido mi hallazgo personal más notable.

El primero de esos tres tiempos, que comprendió desde su concepción hasta el bautismo en el Jordán, fue un período marcado por una total escasez de información histórica fiable. Esta falta de datos cualificados permitió que dos de los autores de los evangelios canónicos «crearan» ya las primeras versiones teológicas sobre Jesús, referidas al comienzo de su vida y su infancia.

El *Evangelio Mateo* y el *Evangelio Lucas* —sin el «de»—, en lugar de narrar hechos verídicos, lo que hicieron fue construir relatos que demostraran, a toda costa, que Jesús era Hijo de Dios y que cumplía las profecías que lo identificaban como el Mesías salvador del pueblo de Israel.

Por mi parte, me gustaría pensar que, en ese tiempo, se formó un hombre excepcionalmente justo, y que Dios fijó sus ojos en él, pero también estaría construyendo una narración guiada por mis propios anhelos.

El segundo de los tiempos, que abarcó desde el bautismo en el Jordán hasta su arresto posterior a la Última Cena, fue un período —de uno a tres años— de intensa actividad pública. Jesús dedicó esos años a transmitir su doctrina por toda Judea y Galilea (que tampoco era un territorio tan extenso), sin volver nunca a su hogar, lo cual revela que su entrega a la causa fue total.

Viviendo del apoyo del pueblo, y acompañando sus viajes de predicación con numerosos actos de sanación, el Jesús histórico habló sin descanso del Reino de Dios y de Dios mismo. Discutió con las castas sacerdotales y las jerarquías judías (a las que no logró convencer), convivió de manera muy estrecha con sus doce discípulos, profetizó sobre el cercano fin de los tiempos y estableció normas para practicar la oración y llevar una vida justa.

Pero ya en este período, los primeros líderes cristianos hicieron una considerable reelaboración teológica de los sucesos, a los que añadieron las interpretaciones adecuadas para demostrar que el Jesús teológico había instituido los sacramentos, fundado la Iglesia, anunciado su papel como

redentor del mundo, y reafirmado su divinidad como Hijo de Dios.

En cualquier caso, a lo largo de estos dos primeros tiempos, los seguidores de Jesús no tuvieron que tomar decisiones teológicas. Se limitaron a escucharlo, seguirlo y participar en sus actividades públicas, ya que predicó sin pedir requisitos ni afiliaciones, y su mensaje fue accesible para cualquiera que lo deseara.

Por el contrario, tras su desaparición, fue la Iglesia cristiana la que tomó las riendas y definió cómo debía interpretarse su figura y su obra. De modo que entonces la pregunta dejó de ser: ¿qué significa creer en Jesús de Nazaret?, para convertirse en: ¿qué significa creer en Jesucristo?

La magnitud de este giro se puede vislumbrar muy bien gracias al trabajo de la crítica textual, que ha revelado múltiples manipulaciones y construcciones doctrinales sobre la figura de Jesús. Este proceso alcanzó su punto álgido durante el tercer tiempo, el correspondiente a los relatos de su crucifixión, muerte y resurrección, las apariciones a los discípulos y la ascensión celestial.

Se sabe con absoluta certeza que Jesús murió crucificado como un delincuente peligroso para el Imperio romano. Pero, como no hubo testigos directos de todo lo ocurrido—debido a los estrictos protocolos judiciales judíos y romanos, así como a las normas de la propia crucifixión—, las versiones posteriores de los evangelios están llenas de lagunas. Estas lagunas dieron lugar a una gran proliferación de conceptos teológicos complejos y hasta contradictorios.

La verdad: Jesús de Nazaret murió porque quiso

Ahora bien, puesto que está documentado que Jesús murió en la cruz bajo el rótulo de *Rey de los Judíos*, lo que dejó desconcertados a sus seguidores fue que nunca desmintiera esta acusación.

Este es, sin duda, el mayor enigma de toda su vida: sabiendo —como sabía— que no era cierto que fuera el rey de los judíos, cómo aceptó ser condenado sin negarlo ni resistirse.

Por tanto, la verdadera causa final de su muerte no fue ni el odio del Sanedrín ni la injusticia romana. La razón fue que Jesús eligió morir, aceptando y forzando su propio destino.

¿Por qué? ¿Por qué no negó lo evidente, aquello que lo habría salvado? Esta es la pregunta que tortura a todo seguidor sincero de Jesús de Nazaret. Es la gran interrogante para cualquier nazareno.

Y no se trata de especular con hipótesis del tipo «qué habría pasado si», puesto que lo cierto es que su muerte fue el dato más firme y contrastado de su biografía. Pero sí podríamos aplicar esas conjeturas a otros aspectos:

¿Qué habría pasado si no hubiera resucitado?

¿O si no hubiera ascendido al espacio celestial?

Imaginemos por un momento que existiera hoy en día una tumba venerada de Jesús de Nazaret, al estilo de La Meca. No hay duda de que se habría convertido en el gran centro de peregrinación de la cristiandad, y habría sido una opción muy positiva para la evolución histórica del cristianismo.

Volviendo al dilema principal, ¿qué pretendía Jesús al dejarse matar? Descartada la explicación tradicional de que lo hizo para redimir el pecado original de la humanidad, hay dos posibilidades que considero razonables:

1. Quiso demostrar que fue el mayor sufriente de todos los tiempos, capaz de sobrellevar un dolor incomparable, legitimándose así como alguien con suprema autoridad para mitigar cualquier dolor humano.
2. Se ofreció como sacrificio expiatorio para congraciarse al ser humano con Dios, un acto que la gente de su tiempo entendía muy bien, por estar muy familiarizada con las ofrendas sangrientas y los rituales de purificación habituales en el templo.

Tal vez fuera por eso, pero cuesta comprenderlo.

Jesús de Nazaret: el camino directo hacia «El Padre»

Simplificando al máximo, el objetivo estelar de la vida de Jesús de Nazaret —el Jesús histórico— fue recordar o, mejor dicho, volver a enseñar a la humanidad el camino correcto para acceder a Dios. En su tiempo, esa conexión estaba muy perdida, y los hombres necesitaban recuperarla.

En este sentido, Jesús ofreció una vía para satisfacer la profunda y persistente inclinación natural del hombre a aceptar la existencia de un Dios único.

Efectivamente, es cierto que a los seres humanos les cuesta aceptar muchos dogmas religiosos, pero los relacionados con la existencia, las cualidades y los atributos de un Dios único son, en general, los mejor comprendidos.

Y esto no es casual.

Se justifica, en gran medida, por varios factores universales:

- El ser humano siente, de forma natural, una fuerte presencia interior de lo divino, algo que no sabe explicar ni ubicar con precisión, pero que necesita manifestar.
- La limitación de la vida terrenal y la certeza de la muerte han impulsado en el ser humano, desde siempre, el deseo de trascendencia: la búsqueda de inmortalidad y la creencia en «otra vida».
- Existe una necesidad íntima de dar sentido a la grandeza del universo, al surgimiento de la vida y al propio papel del ser humano dentro de ese cosmos de creación.
- El anhelo de reencuentro con los seres queridos, a través de la resurrección o de alguna forma de continuidad espiritual, cobra fuerza mediante la idea de un lugar energético especial que Jesús llamó el Reino de Dios.
- La aspiración a una justicia plena, que retribuya los actos cometidos en la vida, conduce a la aceptación natural de un Ser Supremo con capacidad para impartir justicia.

Todo lo que Jesús construyó durante su vida tuvo como propósito facilitar ese acceso a Dios. Se definía a sí mismo como: «el camino que conduce al Padre», y esa fue su gran enseñanza y aportación.

Por el contrario, el Jesús teológico elaborado por el cristianismo desplazó el foco. Jesucristo se convirtió en el centro del culto, lleno de reglas e interpretaciones, y se fue

perdiendo el núcleo del mensaje original: el acceso sencillo y directo al Reino de Dios.

Y como decía Pablo de Tarso: «Si es sencillo, se logrará con mayor facilidad». Entonces, ¿para qué complicar la existencia, si el Reino de Dios puede ser algo tan simple?

El camino hacia el Reino de Dios: más cerca en el siglo XXI de lo que parece

El Reino de Dios será accesible a toda persona justa, sin importar la época que viva, siempre y cuando haya vivido conforme a los diez mandamientos transmitidos por Dios a Moisés: (Éxodo (20:1-17) y Deuteronomio (5:6-21))

1. Amarás a Dios sobre todas las cosas.
2. No tomarás el nombre de Dios en vano.
3. Santificarás las fiestas.
4. Honrarás a tu padre y a tu madre.
5. No matarás.
6. No cometerás actos impuros.
7. No robarás.
8. No darás falso testimonio ni mentirás.
9. No consentirás pensamientos ni deseos impuros.
10. No codiciarás los bienes ajenos.

A esto se suma el cumplimiento de los dos principios fundamentales que Jesús resumió como únicos y esenciales:

1. Amar a Dios sobre todas las cosas.
2. Amar al prójimo como a uno mismo.

Y si todavía se desea algo más sencillo, los nazarenos ponen

a disposición de todas las personas justas, con validez universal, su fórmula mágica para acceder al Reino de Dios:

1. Orar a Dios desde el interior del corazón.
2. Vivir la vida como una persona justa.
3. Amar a los demás como a uno mismo.

*El camino hacia el Reino de Dios,
está hoy más cerca de lo que imaginamos.*

Jesús de Nazaret no vino a fundar religiones, ni a dictar dogmas, ni a imponer credos. Vino a mostrar el camino hacia el Reino. Un camino simple y directo: amar a Dios, amar al prójimo, vivir con justicia.

Todo lo demás ha sido añadido —con buena o mala intención— tratando sin necesidad de encerrar lo infinito en estructuras finitas y limitadas.

Pero el Reino de Dios es intemporal. No requiere de grandes templos ni complejas teologías. Se construye en cualquier época con actos justos, con una conciencia despierta y con un corazón que busca la verdad con sinceridad. En lo cotidiano, en lo corriente, en lo silencioso, en lo verdadero... que es donde siempre estará el Reino.

Porque tal vez ese fue —y seguirá siendo por siempre— el mayor legado de Jesús de Nazaret: recordarnos que Dios no está lejos, y que el camino para llegar a Él está al alcance de cualquiera que decida vivir con coherencia, con humildad y con verdad. Sea el siglo I o el siglo XXI.

Efectivamente, Dios pudo hacerlo mejor, pero no quiso... quizá porque quiso dejarnos la libertad de hacerlo nosotros.

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

- Aland, K., & Aland, B. (1989). **The Text of the New Testament: An Introduction to the Critical Editions and to the Theory and Practice of Modern Textual Criticism**. Wm. B. Eerdmans Publishing.
- Arana, J. (2014). **Teología para incrédulos**. Rialp.
- Bourgeault, C. (2017). **El Jesús de la sabiduría**. Kairos.
- Brown, R. E. (1993). **The Birth of the Messiah: A Commentary on the Infancy Narratives in the Gospels of Matthew and Luke**. Doubleday.
- Crossan, J. D. (1991). **The Historical Jesus: The Life of a Mediterranean Jewish Peasant**. HarperOne.
- Dunn, J. D. G. (2003). **Jesus Remembered**. Wm. B. Eerdmans Publishing.
- Ehrman, B. D. (2005). **Misquoting Jesus: The Story Behind Who Changed the Bible and Why**. HarperOne.
- Ehrman, B. D. (2014). **Jesús no dijo eso**. HarperCollins.
- Eslava Galán, J. (2010). **El catolicismo explicado a las ovejas**. Booket.
- Fredriksen, P. (1999). **Jesus of Nazareth, King of the Jews**. Vintage.
- Grant, M. (1977). **Jesus: An Historian's Review of the Gospels**. Scribner.
- Hengel, M. (1974). **Judaism and Hellenism: Studies in Their Encounter in Palestine During the Early Hellenistic Period**. Fortress Press.

- Keating, T. (2008). *Meditaciones sobre las parábolas*. Desclée de Brouwer.
- Küng, H. (2013). *Ser cristiano*. Trotta.
- Meier, J. P. (1992–2017). *Un judío marginal: Nueva visión del Jesús histórico* (Vols. 1–4). Verbo Divino.
- Metzger, B. M., & Ehrman, B. D. (2005). *The Text of the New Testament: Its Transmission, Corruption, and Restoration*. Oxford University Press.
- Meyer, M. (Ed.). (2009). *The Nag Hammadi Scriptures: The Revised and Updated Translation of Sacred Gnostic Texts*. HarperOne.
- Pagels, E. (1989). *The Gnostic Gospels*. Vintage.
- Pagels, E. (2004). *Beyond Belief: The Secret Gospel of Thomas*. Vintage.
- Pagola, J. A. (2007). *Jesús. Aproximación histórica*. PPC.
- Piñero, A. (2010). *Guía para entender el Nuevo Testamento*. Trotta.
- Piñero, A., & Montserrat Torrents, G. (2016). *Los Evangelios Apócrifos*. Alianza Editorial.
- Reimarus, H. S. (1980). *Fragments*. Cambridge University.
- Sanders, E. P. (1993). *The Historical Figure of Jesus*. Penguin Books.
- Smith, H. (2011). *Las religiones del mundo*. Trotta.
- Spong, J. S. (2010). *Jesús para el mundo no religioso*. Trotta.
- Stanton, G. (2002). *The Gospels and Jesus*. Oxford University Press.

- Theissen, G., & Merz, A. (1998). **El Jesús histórico: Un manual**. Sígueme.
- Vermes, G. (1973). **Jesus the Jew**. SCM Press.
- Zubillaga, S. (2009). **El Evangelio de María Magdalena**. Ekkara.

BIBLIOGRAFÍA ORDENADA POR TEMAS

1. Estudios sobre el Jesús histórico

- Meier, John P. *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico*. 4 vols. Verbo Divino, 1992–2017.
- Sanders, E. P. *The Historical Figure of Jesus*. Penguin, 1993.
- Crossan, John Dominic. *The Historical Jesus: The Life of a Mediterranean Jewish Peasant*. HarperOne, 1991.
- Vermes, Geza. *Jesus the Jew*. SCM Press, 1973.
- Pagola, J. Antonio. *Jesús. Aproximación histórica*. PPC, 2007.
- Dunn, James D. G. *Jesus Remembered*. Wm. B. Eerdmans, 2003.
- Theissen, Gerd & Merz, Annette. *El Jesús histórico: Un manual*. Sígueme, 1998.

2. Crítica textual y fuentes del Nuevo Testamento

- Piñero, Antonio. *Guía para entender el Nuevo Testamento*. Trotta, 2010.
- Ehrman, Bart D. *Misquoting Jesus: The Story Behind Who Changed the Bible and Why*. HarperOne, 2005.
- Metzger, Bruce M. & Ehrman, Bart D. *The Text of the New Testament: Its Transmission, Corruption, and Restoration*. Oxford University Press, 2005.

- Aland, Kurt & Aland, Barbara. *The Text of the New Testament*. Wm. B. Eerdmans, 1989.
- Stanton, Graham. *The Gospels and Jesus*. Oxford University Press, 2002.

3. Evangelios apócrifos y literatura extracanáonica

- Piñero, Antonio & Montserrat Torrents, Gonzalo. *Los Evangelios Apócrifos*. Alianza Editorial, 2016.
- Pagels, Elaine. *The Gnostic Gospels*. Vintage, 1989.
- Meyer, Marvin (ed.). *The Nag Hammadi Scriptures: The Revised and Updated Translation of Sacred Gnostic Texts*. HarperOne, 2009.
- Zubillaga, Sebastián. *El Evangelio de María Magdalena*. Ekkara, 2009.
- Koester, Helmut. *Ancient Christian Gospels: Their History and Development*. Trinity Press, 1990.

4. Teología y espiritualidad contemporánea

- Bourgeault, Cynthia. *El Jesús de la sabiduría*. Kairos, 2017.
- Keating, Thomas. *Meditaciones sobre las parábolas*. Desclée de Brouwer, 2008.
- Arana, Juan. *Teología para incrédulos*. Rialp, 2014.
- Küng, Hans. *Ser cristiano*. Trotta, 2013.
- Spong, John Shelby. *Jesús para el mundo no religioso*. Trotta, 2010.
- Pagels, Elaine. *Beyond Belief: The Secret Gospel of Thomas*. Vintage, 2004.

5. Contexto histórico y religioso del siglo I

- Hengel, Martin. *Judaism and Hellenism*. Fortress Press, 1974.

- Fredriksen, Paula. *Jesus of Nazareth, King of the Jews*. Vintage, 1999.
- Brown, Raymond E. *The Birth of the Messiah*. Doubleday, 1993.
- Sanders, E. P. *Paul and Palestinian Judaism*. Fortress Press, 1977.
- Stark, Rodney. *The Rise of Christianity*. HarperCollins, 1997.
- Grant, Michael. *Jesus: An Historian's Review of the Gospels*. Scribner, 1977.

6. Divulgación y pensamiento crítico sobre la fe

- Eslava Galán, Juan. *El catolicismo explicado a las ovejas*. Booket, 2010.
- Smith, Huston. *Las religiones del mundo*. Trotta, 2011.
- Vidal, César. *La fuente Q*. Temas de Hoy, 2001.
- Dawkins, Richard. *El espejismo de Dios*. Espasa, 2006 (para contraste racionalista).
- Reimarus, Hermann Samuel. *Fragments*. Cambridge University Press, 1980 (clásico de crítica histórica).

